

PAULO COELHO



HIPPIES



se

En su libro más autobiográfico, Paulo Coelho narra el encuentro entre dos jóvenes: Paulo, que sueña con ser escritor y llega a Ámsterdam en busca de libertad y de un sentido para su vida, y Karla, una veinteañera de Rotterdam decidida a cambiar su forma de ver el mundo. Juntos recorrerán «la ruta Hippie» que realizaba el legendario Magic Bus, un viaje por Europa y Asia rumbo a Katmandú. Durante esta experiencia única y transformadora vivirán una gran historia de amor. Con ellos irán pasajeros de diferentes nacionalidades que a lo largo del recorrido se plantearán sus prioridades y valores vitales.



Paulo Coelho

Hippie

ePub r1.0
Titivillus 11.10.2019

Título original: *Hippie*
Paulo Coelho, 2018
Traducción: Ana Belén Costas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Oh, María, sin pecado concebida,
ruega por nosotros, que recurrimos a Ti.
Amén.*

Le dijeron: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte».

Él, respondiendo, les dijo: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

LUCAS 8, 20-21

Pensé que mi viaje había llegado al final.
Estaba al límite.
El camino, cerrado;
las provisiones, acabadas.
Había llegado el momento de buscar abrigo
en la oscuridad silenciosa,
pero descubrí que
tu deseo permanecía
cuando las viejas palabras fueron olvidadas
por la lengua cansada.
Nuevas melodías brotaban en mi corazón
donde los viejos caminos acaban.
Un nuevo mundo se revelaba.

RABINDRANATH TAGORE

*Para Kabir, Rumi, Tagore, Pablo de Tarso, Hafez,
que me acompañan desde que los descubrí,
que han escrito parte de mi vida,
que cuento en el libro, muchas veces con sus palabras.*

Las historias relatadas en este libro forman parte de mi experiencia personal. He modificado el orden, los nombres y los detalles particulares, he tenido que condensar algunas escenas, pero todo cuanto ocurrió es verdad. En el relato utilizo la tercera persona, lo cual me ha permitido darles a los personajes su propia voz en la descripción de sus vidas.

En septiembre de 1970, dos lugares se disputaban el privilegio de ser considerados el centro del mundo: Piccadilly Circus, en Londres, y el Dam, en Ámsterdam. Pero no todo el mundo lo sabía. Si se hubiese preguntado, la mayoría de la gente habría contestado: «la Casa Blanca, en Estados Unidos, y el Kremlin, en la Unión Soviética». Porque esa gente se informaba por periódicos, televisión, radio, medios de comunicación completamente desfasados y que nunca volverían a tener la misma relevancia que cuando se inventaron.

En septiembre de 1970, los billetes de avión eran carísimos, razón por la que sólo viajaba cierta élite. Bueno, eso no es del todo cierto para una gran multitud de jóvenes, de los cuales los antiguos medios de comunicación sólo destacaban su aspecto exterior: pelo largo, ropa de colores, que no se bañaban (lo cual era mentira, pero los jóvenes no leían periódicos, y los adultos se creían cualquier noticia que insultase a los que consideraban una «amenaza para la sociedad y las buenas costumbres»), que ponían en riesgo a toda una generación de chicos y chicas estudiosos tratando de triunfar en la vida con sus pésimos ejemplos de libertinaje y «amor libre», como solían decir con desprecio. Pues bien, esa multitud de jóvenes, cada vez más numerosa, tenía un sistema de divulgar noticias que nadie, absolutamente nadie, podía detectar.

El «Correo Invisible» no se ocupaba precisamente de divulgar y comentar el nuevo modelo de Volkswagen ni los nuevos tipos de jabón en polvo que se acababan de lanzar en todo el mundo. Sus noticias se concentraban en cuál sería la siguiente gran ruta que iban a recorrer aquellos jóvenes insolentes, sucios, practicantes del «amor libre» y que usaban ropa que nadie con buen gusto sería capaz de ponerse. Las chicas, con el pelo trenzado lleno de flores y sus largas faldas, sus blusas de colores sin sujetador, collares de todo tipo de colores y cuentas; los chicos, sin cortarse el pelo ni la barba durante meses, con vaqueros gastados y rotos de tanto usarlos, porque los vaqueros eran caros en todo el mundo, salvo en Estados Unidos, donde habían abandonado el gueto de los trabajadores de fábrica y ahora se veían en los macroconciertos en San Francisco y sus alrededores.

El «Correo Invisible» existía porque la gente siempre asistía a esos conciertos, intercambiaba ideas sobre dónde reunirse, cómo descubrir el mundo sin subirse a un autobús turístico con un guía que te va describiendo el paisaje mientras los más jóvenes se aburren y los viejos duermen. A través del boca a boca, todo el mundo sabía dónde era el siguiente concierto o la siguiente gran ruta que recorrer. No había limitaciones económicas para nadie, porque el autor preferido de todos los que pertenecían a esa comunidad no era ni Platón, ni Aristóteles, ni los cómics de algunos dibujantes que se habían ganado el estatus de famoso. El gran libro, sin el que nadie viajaba al viejo continente, se llamaba *Europe on five dollars a day*^[1], de Arthur Frommer. Gracias a él todos sabían dónde hospedarse, qué ver, dónde comer y los puntos de encuentro y los lugares donde se podía disfrutar de música en directo sin gastar prácticamente nada.

El único error de Frommer por aquel entonces fue haber limitado su guía solamente a Europa. ¿Es que no había otros sitios interesantes? ¿No estaba la gente más dispuesta a irse a la India que a París? Frommer corregiría el fallo algunos años después pero, mientras tanto, el «Correo Invisible» se encargó de promocionar una ruta en América del Sur, hacia la antigua ciudad perdida de Machu Picchu, recomendando que no se comentase demasiado con aquellos que no conocían la cultura hippie, o en breve el lugar se vería invadido de bárbaros con sus máquinas fotográficas y las extensas explicaciones (rápidamente olvidadas) de cómo una tribu de indios había creado una ciudad tan bien escondida que sólo podría ser descubierta desde el aire (algo que creían imposible, ya que los hombres no vuelan).

Seamos justos: había un segundo y enorme bestseller, no tan popular como el libro de Frommer, pero que leían aquellos que ya habían pasado por la fase socialista, la marxista, la anarquista, y habían acabado totalmente desilusionados con un sistema inventado por aquellos que decían que era «inevitable la toma del poder por parte de los trabajadores en todo el mundo». O que «la religión es el opio del pueblo», demostrando que el que había dicho una frase así de estúpida no sabía nada sobre el pueblo y mucho menos sobre el opio. Porque, entre otras cosas, esos jóvenes mal vestidos, con ropa distinta, que no se bañaban, etcétera, creían en Dios, dioses, diosas, ángeles y cosas por el estilo. El único problema es que dicho libro, titulado *El retorno de los brujos*, del francés Louis Pauwels y del soviético Jacques Bergier —matemático, exespía, investigador incansable de ocultismo—, decía justo lo contrario: el mundo se compone de cosas interesantes, hay alquimistas, magos, cátaros, templarios, y otras palabras que hacían que nunca fuese un gran éxito en las librerías, porque un ejemplar lo leían, por lo menos, diez personas, dado su precio exorbitante. En fin, Machu Picchu estaba en el libro y todos querían ir allí, a Perú; había jóvenes de todo el mundo (bueno, de todo el mundo es un poco exagerado, porque los que vivían en la Unión Soviética no lo tenían tan fácil para salir de sus países).

A lo que iba: en las conocidas como *rutas hippies* había jóvenes de todas partes del mundo, que al menos disponían de ese elemento imprescindible llamado *pasaporte*. Nadie sabía realmente qué quería decir la palabra *hippie*, pero no tenía la menor importancia. Tal vez significaba «una gran tribu sin líder» o «marginados que no asaltan», o todas las descripciones hechas al principio de este capítulo.

El pasaporte, ese pequeño cuaderno facilitado por el gobierno, guardado en una bolsa sujeta a la cintura junto con el dinero (poco o mucho, era irrelevante), tenía dos finalidades. La primera, como todos sabemos, era poder cruzar fronteras, siempre que los guardias no se dejasen influenciar por las noticias que leían y decidiesen enviarte de vuelta porque no estaban acostumbrados a aquellas ropas, ni a aquellos pelos, ni a

aquellas flores, ni a aquellos collares, ni a aquellos abalorios, ni a las sonrisas de aquellos que parecían estar en un permanente estado de éxtasis, normalmente, aunque de modo injusto, atribuido a drogas demoníacas que, decía la prensa, los jóvenes consumían en cantidades cada vez mayores.

La segunda función del pasaporte era librar a su portador de situaciones extremas (cuando se acababa todo el dinero y no había a quién recurrir). El «Correo Invisible» siempre facilitaba la información necesaria sobre los lugares en los que se podía vender. El precio variaba según el país: un pasaporte de Suecia, donde todos eran rubios, altos y de ojos claros, valía muy poco, porque sólo se podría revender a rubios, altos, de ojos claros, y éstos generalmente no estaban en la lista de los más buscados. Pero un pasaporte de Brasil valía una fortuna en el mercado negro, porque en Brasil, además de rubios, altos y de ojos claros, también hay negros altos y bajos, de ojos oscuros, orientales de ojos rasgados, mulatos, indios, árabes, judíos, en fin, una enorme mezcla de culturas que lo convertía en uno de los más codiciados documentos del planeta.

Una vez vendido el pasaporte, el portador original iba al consulado de su país y, fingiendo terror y depresión, decía que lo habían asaltado y se lo habían robado todo: no tenía dinero ni pasaporte. Los consulados de los países más ricos ofrecían pasaporte y billete gratis de regreso al país de origen, lo cual era inmediatamente rechazado, bajo el pretexto de que «alguien me debe una gran cantidad de dinero, primero tengo que cobrar lo que es mío». Los países pobres, normalmente regidos por severos sistemas de gobierno, en manos de militares, llevaban a cabo una verdadera investigación para comprobar si el solicitante estaba en la lista de «terroristas» buscados por subversión. Una vez que constataban que la chica (o el chico) tenía la ficha limpia, se veían obligados, contra su voluntad, a expedir el documento. No ofrecían billete de vuelta, porque no interesaba que dichos engendros influenciasen a una generación que se educaba en el respeto a Dios, a la familia y a la propiedad.

Volviendo a las rutas: después de Machu Picchu le tocó el turno a Tiahuanaco, en Bolivia. Después, a Lasa, en el Tíbet, donde era muy difícil entrar porque había, según el «Correo Invisible», una guerra entre los monjes y los soldados chinos. Resultaba difícil imaginar dicha guerra, pero todo el mundo se lo creía y nadie se arriesgaba a hacer un larguísimo viaje sólo para acabar prisionero de los monjes o de los soldados. Finalmente, los grandes filósofos de la época anunciaron poco tiempo antes de separarse, precisamente en abril de aquel año, que la gran sabiduría del planeta estaba en la India. Fue suficiente para que jóvenes de todo el mundo se dirigiesen a ese país en busca de sabiduría, conocimiento, gurús, votos de pobreza, iluminación, y de *My Sweet Lord*.

El «Correo Invisible», sin embargo, informó de que el gran gurú de los Beatles, Maharishi Mahesh Yogi, había intentado seducir y mantener relaciones sexuales con

Mia Farrow, una actriz que a lo largo de los años siempre había tenido experiencias amorosas infelices, y había ido a la India invitada por los Beatles, posiblemente para curar los traumas relacionados con la sexualidad, que parecían perseguirla como un mal karma.

Pero todo indica que el karma de Mia Farrow también iba al mismo sitio, junto a John, Paul, George y Ringo. Según ella, estaba meditando en la cueva del gran gurú cuando él la agarró e intentó forzarla para mantener relaciones sexuales. Para entonces, Ringo ya había regresado a Inglaterra porque su mujer detestaba la comida india, y Paul también decidió abandonar el retiro, convencido de que aquello no lo conducía a ningún sitio.

Sólo George y John permanecían en el templo de Maharishi cuando Mia llegó junto a ellos, llorando, y les contó lo que había pasado. Ambos hicieron inmediatamente sus maletas y, cuando el Iluminado les preguntó qué pasaba, la respuesta de Lennon fue contundente: «Coño, si eres tan iluminado, ya debes de saberlo».

En septiembre de 1970 las mujeres dominaban el mundo; mejor dicho, las jóvenes hippies dominaban el mundo. Los hombres andaban de acá para allá y sabían que lo que las seducía no era la moda —ellas eran mucho mejores que ellos en el asunto—, por lo que decidieron aceptar de una vez por todas que eran dependientes, vivían como si los hubiesen abandonado y con la petición implícita de «protégeme, estoy solo y no encuentro a nadie, creo que el mundo se olvidó de mí y el amor me abandonó para siempre». Ellas elegían a sus machos y nunca pensaban en casarse, sólo en pasar algún tiempo agradable y divertido con un intenso y creativo sexo. Tanto para las cosas importantes como para las superficiales e irrelevantes, la última palabra era de ellas. Entonces, cuando el «Correo Invisible» difundió la noticia del acoso sexual a Mia Farrow y de la frase de Lennon, inmediatamente decidieron cambiar de ruta.

Se creó otra ruta hippie: de Ámsterdam (Holanda) a Katmandú (Nepal), en un autobús que costaba aproximadamente cien dólares y atravesaba países que eran muy interesantes: Turquía, Líbano, Irán, Irak, Afganistán, Pakistán y parte de la India (bien lejos del templo de Maharishi, dicho sea de paso). El viaje duraba tres semanas y recorría un número infinito de kilómetros.

Karla estaba sentada en el Dam, preguntándose cuándo iba a aparecer el tipo que debía acompañarla en esa mágica aventura (según ella, claro). Había dejado su trabajo en Róterdam, que estaba a tan sólo una hora de tren; como necesitaba ahorrar cada céntimo, había hecho autostop y el viaje le había llevado casi un día. Había descubierto el viaje en autobús a Nepal en una de las decenas de periódicos alternativos hechos con mucho sudor, amor y trabajo por gente que creía tener algo que decirle al mundo, y que después se vendían por una cantidad insignificante.

Después de una semana esperando, empezó a ponerse nerviosa. Había abordado a una decena de chicos llegados de todo el mundo, interesados simplemente en quedarse allí, en aquella plaza sin el menor atractivo aparte de un monumento en forma de falo, lo cual al menos debería estimular la virilidad y el coraje. Pero no; ninguno de ellos estaba dispuesto a ir a lugares tan desconocidos.

No era por la distancia: la mayoría era de Estados Unidos, de América Latina, de Australia y de otros países que exigían dinero para los carísimos billetes de avión y con muchos puestos fronterizos donde podrían pararlos y tendrían que volver a sus países de origen sin conocer una de las dos capitales del mundo. Llegaban, se sentaban en aquella plaza sin gracia, fumaban marihuana, se alegraban porque podían hacerlo a la vista de la policía, y eran literalmente secuestrados por las sectas y cultos que abundaban en la ciudad. Durante un tiempo al menos, olvidaban su vida escuchando siempre lo mismo: «hijo mío, tienes que ir a la universidad, cortarte el pelo, no avergüences a tus padres porque los demás (¿los demás?) van a decir que te hemos dado una pésima educación, lo que tú escuchas NO es música, ya es hora de que te busques un trabajo, o sigue el ejemplo de tu hermano (o hermana), que es más joven que tú, ya tiene dinero suficiente para sus caprichos y no necesita pedirnos nada a nosotros».

Lejos de la eterna cantinela de la familia, eran personas libres, y Europa un lugar seguro (siempre que no se aventurasen a atravesar el famoso Telón de Acero, «invadiendo» un país comunista); estaban contentos, porque de viaje se aprende todo lo necesario para el resto de la vida, siempre que no tengan que explicárselo a sus padres:

«Papá, sé que quieres que tenga un título, pero es algo que puedo conseguir en cualquier momento de la vida, lo que necesito ahora es experiencia».

No había padre que entendiese esa lógica, y no quedaba más remedio que juntar algún dinero, vender alguna cosa, y salir de casa cuando estuviesen durmiendo.

Vale, Karla estaba rodeada de personas libres y determinadas a vivir cosas que la mayoría no tenía el coraje de probar. Pero ¿por qué no ir en autobús a Katmandú? «Porque no es Europa —contestaban—. Es completamente desconocida para nosotros. Si sucede algo, siempre podemos ir al consulado y pedir que nos repatrién.» (Karla no conocía un solo caso en el que eso hubiese ocurrido, pero era lo que decía la leyenda, y la leyenda se convierte en verdad cuando se repite mucho.)

Al quinto día de esperar al que ella iba a designar como su «acompañante», empezó a desesperarse (estaba gastando dinero en una habitación, cuando podría sencillamente dormir en el Magic Bus, el nombre oficial del autobús de cien dólares y miles de kilómetros). Decidió entrar en la consulta de una vidente por la que pasaba siempre antes de ir al Dam. La consulta, como siempre, estaba vacía (en septiembre de 1970, todo el mundo tenía poderes paranormales, o los estaba desarrollando). Pero Karla era una mujer práctica y, aunque también meditaba todos los días y estaba convencida de que había empezado a desarrollar su tercer ojo —un punto invisible entre los ojos—, hasta el momento sólo había dado con chicos equivocados, aunque su intuición le garantizaba que eran adecuados.

Entonces decidió consultar a la vidente, sobre todo porque aquella espera sin fin (ya había pasado casi una semana, ¡una eternidad!) la estaba llevando a considerar si seguir adelante con una compañía femenina, lo que podía ser un suicidio, sobre todo porque iban a cruzar muchos países en los que dos mujeres solas serían, cuando menos, mal vistas y, en el peor de los casos, según su abuela, acabarían vendidas como «esclavas blancas» (un término que, para ella, era erótico, pero que no quería experimentar en su propia carne).

La vidente, que se llamaba Layla y era un poco mayor que ella, toda vestida de blanco y con la sonrisa beatífica del que vive en contacto con el Ser Superior, la recibió con una reverencia (debía de pensar: «bueno, voy a ganar dinero para pagar el alquiler de hoy»), le pidió que se sentase, cosa que hizo, y la felicitó por haber elegido el punto de poder de la sala. Karla se engañó a sí misma pensando que realmente estaba consiguiendo abrir su tercer ojo, pero el inconsciente la avisó de que Layla debía de decirle aquello a todo el mundo, o, mejor dicho, a los pocos que entraban allí.

En fin, eso no venía al caso. Encendió incienso («de Nepal», comentó la vidente, pero Karla sabía que lo fabricaban allí cerca: los inciensos eran uno de los grandes negocios hippies, junto con los collares, las camisetas de batik y los adornos con el símbolo hippie o con flores, o con la frase FLOWER POWER para poner en la ropa). Layla cogió un mazo de cartas y empezó a barajar, le pidió a Karla que cortase por la mitad, colocó tres cartas y empezó a interpretarlas de la manera más tradicional posible. Karla la interrumpió.

—No he venido aquí para esto. Sólo quiero saber si voy a encontrar compañía para ir al mismo lugar del que dijiste... —enfaticó bastante el «del que dijiste» porque no quería un karma malo. Si sólo hubiese dicho «quiero ir al mismo sitio», tal vez habría acabado en uno de los suburbios de las afueras de Ámsterdam, donde estaba la fábrica de inciensos—, de donde dijiste que vino el incienso.

Layla sonrió, aunque la vibración hubiese cambiado por completo; en su interior hervía de rabia por haber sido interrumpida en un momento tan solemne.

—Sí, por supuesto. —Forma parte del deber de las videntes y los lectores de cartas decirles siempre a los clientes lo que quieren oír.

—Y ¿cuándo?

—Antes de que el día de mañana termine.

Las dos se quedaron sorprendidas.

Karla sintió por primera vez que decía la verdad, porque el tono era positivo, enfático, como si la voz proviniese de otra dimensión. Layla, por su parte, se asustó; las cosas no siempre sucedían así, y cuando sucedían ella temía ser castigada por entrar sin mucha ceremonia en aquel mundo que parecía falso y verdadero, aunque se justificaba todas las noches en sus oraciones, diciendo que todo lo que hacía en la Tierra era ayudar a los demás dando más positivismo a lo que querían creer.

Karla se levantó inmediatamente del «punto de poder», pagó media consulta y salió antes de que la persona que ella esperaba llegase. «Antes de que el día de mañana termine» es vago, podría ser hoy. Pero, en cualquier caso, sabía que ahora estaba esperando a alguien.

Volvió a su lugar en el Dam, abrió el libro que estaba leyendo y que pocos conocían, lo que daba a su autor el estatus de «autor de culto» (*El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien, que habla de lugares míticos como el que ella pretendía visitar). Fingió no escuchar a los chicos que cada dos por tres iban a molestarla con alguna pregunta estúpida, una vana excusa para dirigirse a ella.

Paulo y el argentino ya habían hablado de todo lo posible y ahora miraban aquellas tierras planas, sin estar allí realmente (con ellos viajaban recuerdos, nombres, curiosidad y, sobre todo, un enorme temor a lo que podría suceder en la frontera de Holanda, probablemente a unos veinte minutos de distancia).

Paulo trató de meter la melena dentro de la chaqueta.

—¿Piensas que vas a engañar a los guardias así? —le preguntó el argentino—. Están acostumbrados a todo, absolutamente a todo.

Paulo desistió de la idea. Le preguntó al argentino si no estaba preocupado.

—Claro que sí. Sobre todo porque ya tengo dos sellos de entrada en Holanda. Desconfían porque vengo con mucha frecuencia. Y eso sólo puede significar una cosa.

Tráfico. Pero, por lo que Paulo sabía, la droga allí era legal.

—De eso nada. Los opiáceos están estrictamente prohibidos. La cocaína igual. El LSD no tienen modo de controlarlo, porque sólo hay que mojar una página de un libro o un trozo de tela en la mezcla y, después, recortarlo y venderlo a trocitos. Con el resto, todo lo que es detectable, puedes acabar en la cárcel.

Paulo prefirió dejar la conversación en ese punto, porque sentía una enorme curiosidad por saber si el argentino llevaba algo, pero el simple hecho de saberlo lo convertía en cómplice de un delito. Lo habían detenido una vez, aunque era totalmente inocente, en un país que tenía un eslogan en todas las puertas de los aeropuertos: BRASIL: ÁMALO O DÉJALO.

Como sucede siempre con los pensamientos que tratamos de apartar de nuestra cabeza porque conllevan una enorme negatividad —y la negatividad atrae todavía más energía diabólica—, el simple hecho de haber recordado lo ocurrido en 1968 no sólo hizo que su corazón se disparase, sino que además revivió con todo detalle aquella noche en un restaurante en Ponta Grossa, en Paraná, un estado brasileño conocido por facilitar pasaportes de gente rubia y de ojos claros.

Volvía de su primer viaje largo por el camino hippie de moda. Con su novia —once años mayor que él, nacida y criada en el régimen comunista de Yugoslavia, hija de una familia noble que lo había perdido todo, pero que le había dado una educación que le permitía hablar cuatro lenguas, se fugó a Brasil, se casó con un millonario en régimen de separación de bienes, y se separó cuando descubrió que él ya la consideraba «vieja» a sus treinta y tres años y ahora andaba con una chica de diecinueve, cliente de un excelente abogado que le consiguió una indemnización suficiente para que no tuviera que trabajar ni un solo día el resto de su vida— había partido hacia Machu Picchu en el conocido como *el Tren de la Muerte*, un tren bastante distinto de aquél en el que estaba ahora.

—¿Por qué lo llaman *el Tren de la Muerte*? —le preguntó su novia al encargado de comprobar los billetes—. No pasamos por muchos precipicios.

A Paulo no le interesaba la respuesta lo más mínimo, pero la hubo igualmente.

—Antiguamente se usaba para transportar leprosos, enfermos y los cuerpos de las víctimas de una grave epidemia de fiebre amarilla que se extendió por la región de Santa Cruz.

—Supongo que habrán llevado a cabo un excelente trabajo de higienización de los vagones.

—Desde entonces, salvo algún que otro minero que decide vengarse de alguien, nadie más se ha puesto enfermo.

Los mineros a los que se refería no eran los nacidos en Minas Gerais, Brasil, sino los que trabajaban día y noche en las minas de estaño de Bolivia. Bueno, estaban en un mundo civilizado, esperaba que nadie decidiese vengarse aquel día. Para tranquilidad de ambos, la mayoría de los pasajeros eran pasajeras, con sus sombreros hongos y ropas de colores.

Llegaron a La Paz, la capital del país, cuya altitud es de 3610 metros, pero como habían subido en tren, no sintieron demasiado los efectos de la escasez de aire. Aun así, al bajar en la estación, vieron a un joven con la ropa típica de la tribu a la que pertenecía, sentado en el suelo y algo desorientado. Le preguntaron qué le ocurría («no puedo respirar bien»). Un hombre que pasaba les sugirió que mascasen todas las hojas de coca, una costumbre tribal que ayudaba a los habitantes a afrontar la altitud, y que se vendían libremente en los puestos de la calle. El chico ya se sentía mejor, y pidió que lo dejaran solo, se iba a Machu Picchu aquel mismo día.

La recepcionista del hotel que eligieron llamó a su novia a un lado, le dijo algunas palabras y después hizo el registro. Subieron a la habitación y se durmieron al momento, aunque primero Paulo le preguntó qué le había dicho:

—Nada de sexo los dos primeros días.

Era fácil de entender. No había la menor disposición para nada.

Pasaron dos días sin sexo en la capital de Bolivia, sin ningún efecto colateral por la falta de oxígeno, llamada *soroche*. Tanto él como su novia lo atribuyeron a los efectos terapéuticos de la hoja de coca, pero realmente no tenía nada que ver con eso; el soroche lo sufren personas que se apartan del nivel del mar y suben de repente a grandes altitudes —es decir, en avión—, sin darle tiempo al organismo a acostumbrarse. Y ambos habían pasado siete largos días subiendo en *el Tren de la Muerte*. Mucho mejor para adaptarse al lugar, y mucho más seguro que el transporte aéreo (Paulo vio en el aeropuerto de Santa Cruz de la Sierra un monumento a los «heroicos pilotos de la compañía, que sacrificaron sus vidas en el cumplimiento del deber»).

En La Paz vieron a los primeros hippies, que, como una tribu global consciente de la responsabilidad y la solidaridad que debían tener unos con otros, siempre llevaban el famoso símbolo de la runa vikinga invertida. En el caso de Bolivia, un país en el que todos llevaban ponchos, chaquetas, camisas y trajes de colores, era prácticamente imposible saber quién era quién sin la ayuda de la runa cosida en los abrigos o en los pantalones.



Esos primeros hippies eran dos alemanes y una canadiense. Invitaron a su novia, que hablaba alemán, a dar un paseo por la ciudad, mientras él y la canadiense se miraban el uno al otro sin saber muy bien qué decir. Cuando, media hora después, los tres volvieron del paseo, decidieron que debían partir enseguida en lugar de quedarse allí gastando dinero: se dirigirían al lago de agua dulce más alto del mundo, cruzarían en barco sus aguas, desembarcarían en el otro extremo, en territorio peruano, y seguirían directamente hacia Machu Picchu.

Todo habría salido según el plan si, al llegar a orillas del Titicaca (el mencionado lago más alto del mundo), no se hubiesen encontrado de frente un monumento antiquísimo, conocido como *Puerta del Sol*. Junto a ella, había más hippies reunidos, cogidos de la mano, en un ritual que ellos no querían interrumpir pero en el que, al mismo tiempo, les gustaría participar.

Una chica los vio, los llamó haciendo un gesto silencioso con la cabeza, y los cuatro pudieron unirse a los demás.

No era necesario explicar la razón de estar allí; la puerta hablaba por sí misma. Había una grieta justo en el centro del travesaño superior, posiblemente causada por un rayo, pero lo demás era una verdadera maravilla de bajorrelieves, que contaban la historia de un tiempo ya olvidado pero aún presente, que quería ser recordado y descubierto otra vez. Estaba esculpida en una única piedra, y en el travesaño superior estaban los ángeles, los señores, los símbolos perdidos de una cultura que, según cuenta la gente del lugar, muestran la manera de recuperar el mundo en caso de que sea destruido por la avidez humana. Paulo, que a través de la abertura de la puerta podía ver el lago Titicaca a lo lejos, empezó a llorar, como si estuviese en contacto con sus constructores; gente que abandonó el lugar con prisas, antes incluso de terminar el trabajo, temiendo algo o a alguien que apareció y les pidió que parasen. La chica que los había invitado a unirse a la rueda sonrió, también ella tenía lágrimas en los ojos. El resto tenía los ojos cerrados, mientras hablaban con los antiguos, tratando de averiguar lo que los había llevado hasta allí, respetando el misterio.

El que quiera aprender magia debe empezar por mirar a su alrededor. Todo lo que Dios le quiso decir al ser humano se lo puso justo delante, la Tradición del Sol.

La Tradición del Sol es democrática, no se hizo para los estudiosos ni los puros, sino para la gente común. El poder está en todas las pequeñas cosas que forman parte del camino de un hombre; el mundo es un aula, el Amor Supremo sabe que estás vivo y te va a enseñar.

Todos estaban allí, en silencio, prestando atención a algo que no comprendían bien, pero que sabían que era verdad. Una de las chicas cantó una canción en una lengua que Paulo no entendía. Un chico —tal vez el mayor de todos— se levantó, abrió los brazos e hizo una invocación:

*Que el Sublime Señor nos dé
un arco iris para cada tempestad,
una sonrisa para cada lágrima,
una bendición para cada dificultad,
un amigo para cada momento de soledad,
una respuesta para cada oración.*

Y justo en ese momento se oyó la bocina de un barco, que realmente era un navío construido en Inglaterra, desmontado y transportado hasta una ciudad de Chile,

cargado en piezas por mulas hasta los tres mil ochocientos metros de altura, donde se encuentra el lago.

Embarcaron todos hacia la antigua ciudad perdida de los incas.

Pasaron allí días inolvidables, porque rara vez alguien era capaz de llegar hasta allí, sólo aquellos que eran los niños de Dios, los libres de espíritu y dispuestos a afrontar sin miedo lo desconocido.

Durmieron en las casas abandonadas y sin techo mirando las estrellas, hicieron el amor, comieron lo que habían llevado, se bañaron todos los días completamente desnudos en el río que corría bajo la montaña, hablaron sobre la posibilidad de que los dioses fuesen realmente extraterrestres y hubiesen aterrizado en aquella región al llegar a la Tierra. Todos habían leído el mismo libro del suizo que interpretaba que los dibujos incas mostraban a los viajeros de las estrellas; asimismo, también habían leído a Lobsang Rampa, el monje del Tíbet que hablaba de la apertura del tercer ojo, hasta que un inglés les contó a todos los que estaban reunidos en la plaza central de Machu Picchu que dicho monje se llamaba Cyril Henry Hoskins, y era un fontanero del interior de Inglaterra, cuya existencia se había descubierto recientemente y cuya autenticidad ya había sido desmentida por el dalái lama.

Todo el grupo se sintió bastante decepcionado, sobre todo porque, al igual que Paulo, el resto estaba convencido de que realmente había una glándula entre los dos ojos, conocida como *pineal*, y cuya verdadera utilidad aún no había sido descubierta por los científicos. Así pues, el tercer ojo existía, aunque no del modo que Lobsang Cyril Rampa Hoskins había descrito.

Al tercer día, su novia decidió volver a casa, y también decidió —sin dejar ningún lugar a la duda— que Paulo debía acompañarla. Sin despedirse ni mirar atrás, partieron antes de salir el sol y pasaron dos días descendiendo por la cara este de la cordillera en un autobús lleno de gente, animales domésticos, comida, artesanía. Paulo aprovechó para comprar una bolsa de colores, que podía doblar y meter dentro de su mochila. También decidió que nunca más iba a volver a hacer viajes en autobús que durasen más de un día.

Desde Lima hicieron autostop hasta Santiago de Chile (el mundo era seguro, los coches paraban aunque sintiesen cierto miedo de la pareja, por la manera como iban vestidos). Allí, después de una noche de buen descanso, le pidieron a alguien que les dibujase un mapa para cruzar la cordillera y volver a través de un túnel que unía el país con Argentina. Siguieron hacia Brasil, haciendo autostop otra vez, porque su novia decía que el dinero que aún le quedaba podía ser necesario para alguna emergencia médica (siempre prudente, siempre mayor, siempre con su práctica educación comunista, que nunca la dejaba relajarse del todo).

Ya en Brasil, en el estado en el que la mayoría de los que tienen pasaporte es gente rubia y de ojos azules, decidieron parar una vez más, por una sugerencia de su novia.

—Vamos a visitar Vila Velha. Dicen que es un lugar fantástico.

No vieron la pesadilla.

No presintieron el infierno.

No se prepararon para lo que les esperaba.

Habían pasado por varios lugares fantásticos, únicos, en los que ya se atisbaba cierta sombra de destrucción en el futuro por hordas de turistas que sólo pensaban en comprar y comparar las delicias de su propia casa. Pero, tal como su novia lo dijo, no dejó lugar a dudas, no había signo de interrogación al final de la frase, era sencillamente una forma de decirlo.

Vamos a visitar Vila Velha, por supuesto. Es un lugar fantástico. Un yacimiento geológico con impresionantes esculturas naturales, esculpidas por el viento (que el ayuntamiento de la ciudad más cercana trataba de promocionar a toda costa, gastando una fortuna). Todos sabían que Vila Velha existía, pero algunos más fiesteros iban a una playa en un estado cercano a Río de Janeiro; otros la encontraban muy interesante, pero muy lejana para ir hasta allí.

Paulo y su novia eran los únicos visitantes del lugar, y los impresionó el modo en que la naturaleza crea cálices, tortugas, camellos; mejor dicho, el hecho de ser capaces de darle un nombre a todo, aunque dicho camello realmente a su novia le pareciese una granada y a él una naranja. En fin, al contrario de lo que vimos en Tiahuanaco, dichas esculturas en arenisca estaban abiertas a todo tipo de interpretaciones.

Allí volvieron a hacer autostop hasta la ciudad más próxima. Su novia, sabiendo que faltaba poco para llegar a casa, decidió —en realidad era ella la que lo decidía todo— que esa noche, por primera vez en muchas semanas, ¡iban a dormir en un buen hotel y comer carne para cenar! Carne, una de las tradiciones de aquella región de Brasil, algo que no probaban desde que habían salido de La Paz (el precio siempre les parecía exorbitante).

Se registraron en un hotel de verdad, se bañaron, hicieron el amor y bajaron a recepción con la intención de preguntar por algún buen restaurante donde poder comer la cantidad que quisieran, un sistema conocido como bufet libre.

Mientras esperaban al recepcionista, dos hombres se acercaron y les pidieron, sin ninguna educación, que los acompañasen fuera del hotel. Ambos llevaban las manos en los bolsillos, como si estuviesen sujetando un arma y quisieran que les quedase claro.

—Tranquilos —dijo ella, convencida de que los estaban atracando—. Arriba tengo un anillo de brillantes.

Pero ya los habían agarrado por el brazo y los empujaban hacia fuera, separándolos inmediatamente. En la calle desierta había dos coches sin marca, y otros dos hombres, uno de los cuales los apuntaba con un arma.

—No os mováis ni hagáis ningún movimiento extraño. Vamos a registraros.

Y se pusieron, de manera brusca, a palparlos. La novia trató de decir algo más, mientras él entraba en una especie de trance, de pavor absoluto. Lo único que podía hacer era mirar de reojo para ver si había alguien viendo aquello y que llamase a la policía.

—Cierra la boca, puta —le dijo uno de ellos.

Les arrancaron las bolsas que llevaban en la cintura con el pasaporte y el dinero y los metieron en el asiento trasero de los coches aparcados, separados. A Paulo no le dio ni tiempo a ver qué hacían con ella; tampoco ella sabía lo que le estaban haciendo a él.

Dentro había otro hombre.

—Ponte esto —dijo tendiéndole una capucha—. Y acuéstate en el suelo del coche.

Hizo exactamente lo que le ordenaron. Su cerebro no reaccionaba. El coche arrancó a toda velocidad. Le habría gustado decirles que su familia tenía dinero, que pagaría cualquier rescate, pero las palabras no salían de su boca.

La velocidad del tren iba disminuyendo, lo que tal vez significaba que estaban llegando a la frontera de Holanda.

—¿Estás bien, tío? —preguntó el argentino.

Paulo hizo una señal afirmativa con la cabeza, tratando de buscar algo de que hablar y, así, exorcizar aquellos pensamientos. Ya hacía más de un año desde que había estado en Vila Velha, y habitualmente conseguía controlar los demonios de su cabeza, pero siempre que la palabra POLICÍA entraba en su campo de visión, aunque fuese un simple guardia aduanero, el pánico volvía otra vez. Pero esta vez el pánico venía acompañado de una historia completa, que ya les había contado a algunos amigos, manteniendo siempre la distancia como observador de sí mismo. Sin embargo, en esta ocasión —y por primera vez— se estaba contando la historia a sí mismo.

—Si nos paran en la frontera, no hay problema. Vamos a Bélgica y entramos por otro sitio —continuó el argentino.

Ya no le apetecía demasiado hablar con aquel individuo; la paranoia había vuelto. ¿Y si realmente traficaba con drogas duras? ¿Y si pensaban que era su cómplice y decidían meterlo en la cárcel hasta que pudiese demostrar su inocencia?

El tren paró. No era la aduana, sino una pequeña estación en medio de ningún sitio, en la que subieron dos personas y bajaron cinco. El argentino, viendo que Paulo no estaba por la labor de charlar, decidió dejarlo con sus pensamientos, pero estaba preocupado: su rostro había cambiado completamente. Le preguntó sólo una vez más:

—Entonces, estás bien, ¿no?

—Estoy haciendo un exorcismo.

Lo entendió y no dijo nada más.

Paulo sabía que allí, en Europa, aquellas cosas no pasaban. Mejor dicho, habían sucedido en el pasado, y él siempre se preguntaba cómo la gente, caminando hacia las cámaras de gas en los campos de concentración, o alineadas ante una fosa común después de haber visto cómo el pelotón de fusilamiento ejecutaba a los de la fila de delante, no mostraba ninguna reacción, ni intentaba fugarse, ni atacaba a sus ejecutores.

Es sencillo: el pánico es tal que ya no están ahí. El cerebro lo bloquea todo, no hay ni terror ni miedo, sólo un extraño sometimiento ante lo que sucede. Las emociones desaparecen para dejar paso a una especie de limbo, donde todo ocurre en una zona que hasta hoy los científicos no han podido explicar. Los médicos lo definen como «esquizofrenia temporal causada por estrés», y nunca se paran a investigar en profundidad las consecuencias del *flat affect*, que es como lo denominan.

Tal vez para expurgar completamente los fantasmas del pasado, revivió la historia hasta el final.

El hombre que estaba en el asiento trasero parecía más humano que los que los habían abordado en el hotel.

—No te preocupes, no te vamos a matar. Acuéstate en el suelo del coche.

A Paulo no le preocupaba nada; su cabeza ya no funcionaba. Parecía haber entrado en una realidad paralela, su cerebro se negaba a aceptar lo que estaba sucediendo. Lo único que dijo fue:

—¿Puedo agarrarme a tu pierna?

—Desde luego —contestó él. Paulo lo agarró con fuerza, tal vez más de la que él esperaba, tal vez le estaba haciendo daño, pero no reaccionó, lo dejó hacer lo que sentía. Él sabía lo que Paulo sentía, y no creo que le hiciese mucha gracia que un chico joven, lleno de vida, pasase por aquella experiencia. Pero obedecía órdenes.

El coche anduvo durante un tiempo indeterminado y, cuanto más andaba, más se convencía Paulo de que lo iban a ejecutar. Empezaba a entender lo que estaba pasando: lo habían capturado los paramilitares y oficialmente estaba desaparecido. Pero ¿qué importaba eso ahora?

El coche se detuvo. Lo sacaron con brutalidad y lo empujaron a lo largo de lo que parecía ser una especie de pasillo. De repente, su pie tropezó con algo en el suelo, una especie de viga.

—Por favor, más despacio —pidió.

Fue entonces cuando recibió el primer golpe en la cabeza.

—¡Cierra la boca, terrorista!

Se cayó al suelo. Le ordenaron que se levantara y se quitara la ropa con cuidado para que no se le cayese la capucha. Hizo lo que le mandaban. Acto seguido, empezaron a pegarle y, como no sabía de dónde le llegaban los golpes, su cuerpo no podía prepararse ni era capaz de contraer los músculos, de modo que el dolor era más intenso que el que había experimentado nunca en cualquiera de las peleas en las que se había metido en su juventud. Se cayó otra vez, y los golpes fueron sustituidos por patadas. La paliza duró unos diez o quince minutos, hasta que una voz los mandó parar.

Estaba consciente, pero no sabía si tenía algo roto, porque no podía moverse con tanto dolor. Aun así, la voz que había puesto fin a la primera tortura le pidió que se pusiera de pie y le hizo una serie de preguntas sobre la guerrilla, sobre sus integrantes, sobre lo que había ido a hacer a Bolivia, si estaba en contacto con los compañeros de Che Guevara, dónde estaban escondidas las armas, amenazándolo con arrancarle un ojo en cuanto estuviesen seguros de que estaba involucrado. Otra voz, la del llamado *policía bueno*, dijo lo contrario. Que era mejor que confesase el atraco cometido a un banco de la región; así quedaría todo aclarado, meterían a Paulo en la cárcel por sus delitos, pero ya no le iban a pegar más.

Fue en ese momento, mientras se levantaba con mucha dificultad, cuando salió de ese estado letárgico en el que se encontraba y volvió a tener algo que siempre pensó que formaba parte de la naturaleza humana: el instinto de supervivencia. Tenía que salir de aquella situación. Tenía que decir que era inocente.

Le pidieron que les contase todo lo que había hecho la semana anterior. Se lo contó con todo detalle, aunque era consciente de que ellos jamás habían oído hablar de Machu Picchu.

—No pierdas el tiempo tratando de engañarnos —dijo el «policía malo»—. Encontramos el mapa en la habitación del hotel. A la rubia y a ti os vieron en el lugar del atraco.

¿Mapa?

Por la abertura de la capucha, el hombre le enseñó el dibujo que alguien en Chile les había hecho, indicándoles dónde estaba el túnel que atraviesa la cordillera de los Andes.

—Los comunistas creen que van a ganar las próximas elecciones. Que Allende va a usar el oro de Moscú para corromper toda América Latina. Pero están muy equivocados. ¿Cuál es tu postura respecto a la alianza que se está formando? ¿Cuáles son tus contactos en Brasil?

Paulo les imploraba, les juraba que nada de aquello era verdad, que sólo era alguien que quería viajar y conocer mundo, al mismo tiempo que les preguntaba qué estaba ocurriendo con su novia.

—¿La que enviaron desde un país comunista, desde Yugoslavia, para acabar con la democracia en Brasil? Recibe el trato que se merece —fue la respuesta del «policía malo».

El terror amenazó con volver, pero tenía que controlarse. Tenía que salir de aquella pesadilla. Tenía que despertar.

Alguien puso una caja con cables y una manivela entre sus pies. Otro comentó que a aquello lo llamaban *teléfono*: había que sujetar las pinzas metálicas al cuerpo y girar la manivela, y Paulo recibiría una descarga que «no había macho que resistiese».

De repente, al ver aquella máquina, se le ocurrió la única salida que tenía. Dejó de someterse y levantó la voz:

—¿Creéis que me asustan las descargas? ¿Creéis que me asusta el dolor? Pues no os preocupéis: me voy a torturar yo mismo. He estado internado en un manicomio no una, ni dos, sino tres veces; ya he sufrido muchas descargas eléctricas, así que puedo hacer yo mismo vuestro trabajo. Seguro que ya lo sabéis, supongo que lo sabéis todo de mi vida.

Dicho eso, empezó a arañarse el cuerpo, arrancándose sangre y piel, mientras les gritaba que lo sabían todo, que no le importaba que lo matasen, que creía en la reencarnación y que volvería a buscarlos. A ellos y a sus familias, en cuanto llegase al otro mundo.

Alguien se acercó y le sujetó las manos. A todos parecía asustarles lo que estaba haciendo, aunque nadie dijo nada.

—Para, Paulo —dijo el «policía bueno»—. ¿Me explicas lo del mapa?

La voz de Paulo daba la sensación de que sufría un brote de locura. Les explicó gritando lo sucedido en Santiago: necesitaban que los orientasen para llegar hasta el túnel que unía Chile y Argentina.

—Y ¿mi novia?!, ¿dónde está mi novia?!

Gritaba cada vez más alto, con la esperanza de que ella pudiese oírlo. El «policía bueno» trataba de calmarlo (por lo visto, a principios de los años de plomo, la represión aún no era demasiado brutal).

Le pidió que dejase de temblar, le dijo que si era inocente no tenía que preocuparse, pero antes debían comprobar todo lo que les había dicho, de modo que aún tenía que permanecer allí algún tiempo. No dijo cuánto, pero le ofreció un cigarrillo. Paulo se dio cuenta de que la gente salía de la sala, ya no les resultaba interesante.

—Espera a que salga, cuando oigas que la puerta se cierra, puedes quitarte la capucha. Cada vez que venga alguien, dará unos golpecitos en la puerta y tienes que volver a ponértela. En cuanto tengamos toda la información necesaria, serás liberado.

—Y ¿mi novia?! —repetía gritando.

No se merecía aquello. Por muy mal hijo que hubiese sido, por más dolores de cabeza que les hubiese dado a sus padres, no se merecía aquello. Era inocente, aunque, si en aquel momento hubiese tenido un arma en la mano, habría sido capaz de dispararles a todos los que estaban allí. No hay sensación más horrorosa que ser castigado por algo que no has hecho.

—No te preocupes. No somos monstruos violadores. Sólo queremos eliminar a los que tratan de acabar con el país.

Salió, cerró la puerta y Paulo se quitó la capucha. Estaba en una sala insonorizada, por eso había tropezado al entrar con el batiente. Había un gran cristal opaco en el lado derecho, que posiblemente servía para monitorizar al preso que estuviese allí. Había dos o tres agujeros de bala en la pared y parecía que de uno de ellos sobresalía un pelo. No obstante, tenía que fingir que no le interesaba nada de aquello. Se vio el cuerpo, las cicatrices con la sangre que él mismo había derramado, se palpó por todas partes y vio que no le habían roto nada; estaban entrenados para no dejar marcas permanentes, y tal vez su reacción los asustó precisamente por eso.

Supuso que el siguiente paso sería ponerse en contacto con Río de Janeiro y confirmar la historia de los internamientos, de las descargas eléctricas, de sus pasos y de los pasos de su novia, cuyo pasaporte extranjero podía protegerla o condenarla, porque procedía de un país comunista.

Si mentía, lo torturarían sin parar durante muchos días. Si decía la verdad, tal vez llegasen a la conclusión de que era realmente un hippie drogadicto, hijo de una familia rica, y lo dejarían marchar.

No mentía y anhelaba que lo descubriesen pronto.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí; no había ventanas, la luz estaba permanentemente encendida, y el único rostro que había podido ver era el del fotógrafo del centro de tortura. ¿Cuartel? ¿Comisaría? Le mandó quitarse la capucha, puso la cámara delante de su cara, de modo que no se viese que estaba desnudo, le pidió que se colocase de perfil, sacó otra foto y salió sin mediar palabra alguna.

Los golpecitos en la puerta no obedecían a una pauta que le permitiese determinar una rutina (a veces, al desayuno lo seguía la comida tras sólo un pequeño intervalo de tiempo, y la cena tardaba muchísimo). Cuando necesitaba ir al baño, golpeaba la puerta con la capucha ya puesta, hasta que, a través del cristal opaco, deducían lo que quería. A veces intentaba hablar con el tipo que lo llevaba hasta el baño, pero no obtenía respuesta. Sólo silencio.

Dormía la mayor parte del tiempo. Un día (¿o noche?) intentó usar la experiencia para meditar o concentrarse en algo superior; recordó que san Juan de la Cruz hablaba de la noche oscura del alma, recordó que hay monjes que permanecen años en cuevas en el desierto o en las montañas del Himalaya. Podría seguir ese ejemplo, usar aquello que le estaba pasando para tratar de ser mejor persona. Dedujo que el recepcionista del hotel —debían de ser los únicos huéspedes— los había denunciado; algunos momentos quería volver allí y matarlo en cuanto lo soltasen, pero, en otros momentos, pensaba que la mejor manera de servir a Dios sería perdonarlo desde el fondo de su corazón, porque no sabía lo que hacía.

No obstante, el perdón es un arte muy difícil. Él buscaba el contacto con el universo en todos los viajes que había hecho, pero eso no incluía, al menos en ese momento de su vida, aguantar a los que siempre se reían del pelo largo, que preguntaban en mitad de la calle cuánto tiempo hacía que no pisaba la ducha, que decían que la ropa de color demostraba que no estaba convencido de su sexualidad, cuántos hombres habían estado en su cama, deja de hacer el vago, apártate de la droga y busca un trabajo decente, colabora para que el país salga de la crisis.

El odio de la injusticia, el deseo de venganza y la ausencia de perdón no lo dejaban concentrarse bien, y pensamientos sórdidos y justificados, en su opinión, le impedían meditar. ¿Habrían avisado a su familia?

Sus padres no sabían cuándo iba a volver, así que no deberían extrañarse ante la prolongada ausencia. Ambos le echaban la culpa al hecho de tener una novia once años mayor que él, que lo utilizaba para sus deseos inconfesables, para romper su rutina de famosa fracasada, extranjera en el país equivocado, una manipuladora para los chicos que necesitan una madre postiza en lugar de una compañera (como todos sus amigos, como todos sus enemigos, como el resto del mundo que seguía adelante sin causar problemas a nadie, sin obligar a la familia a dar explicaciones, a ser reprochada por no haber sabido educar bien a sus hijos). La hermana de Paulo estaba haciendo la carrera de Ingeniería Química y destacaba como una de las alumnas más brillantes, pero no era un motivo de orgullo; a sus padres les preocupaba mucho más meterlo a él en su mundo.

Al final, pasado un tiempo, cuya duración era imposible calcular, Paulo empezó a creer que se merecía todo lo que le estaba pasando. Algunos de sus amigos se habían unido a la lucha armada y sabían lo que les esperaba, pero él sólo había pagado las consecuencias; aquello debía de ser un castigo del cielo, no de los hombres. Por todas las penurias provocadas se merecía estar desnudo, en el suelo de una celda, buscando en su interior y sin encontrar fuerza, ni consuelo espiritual, ni una voz que le hablase igual que en la Puerta del Sol.

Lo único que hacía era dormir. Siempre pensaba que se iba a despertar de una pesadilla, pero se despertaba siempre en el mismo sitio, y en el mismo suelo. Siempre creyendo que lo peor ya había pasado, pero despertando siempre sudado, con miedo, cada vez que oía los golpes en la puerta (podía ser que no hubieran encontrado nada de lo que les había contado y que la tortura volviese con más violencia).

Alguien golpeó la puerta. Paulo acababa de cenar, pero sabía que podían servirle el desayuno para desorientarlo aún más. Se puso la capucha, oyó que abrían y que alguien tiraba cosas al suelo.

—Vístete. Ten cuidado de que no te caiga la capucha.

Era la voz del «policía bueno», o del «torturador bueno», así prefería llamarlo en sus pensamientos. Se quedó allí mientras se vestía y se ponía los zapatos. Cuando terminó, lo agarró del brazo, le indicó que tuviese cuidado con el travesaño inferior de la puerta —ya había pasado muchas veces, para ir al baño, pero tal vez el otro sintió la necesidad de decir algo amable— y le recordó que las únicas cicatrices que tenía se las había causado él mismo.

Caminaron unos tres minutos y otra voz dijo:

—La variante espera en el patio.

¿Variante? Más tarde descubrió que era una marca de coches, pero en aquel momento supuso que sería un código secreto, algo como «el pelotón de fusilamiento ya está listo».

Lo llevaron hasta el vehículo y, por debajo de la capucha, le dieron un papel y un bolígrafo. No pensaba ni leerlo, iba a firmar lo que quisieran, una confesión que al menos acabase con aquel aislamiento enloquecedor. Pero el «torturador bueno» le explicó que era la lista de sus pertenencias, que habían encontrado en el hotel. Las mochilas estaban en el maletero.

¡Las mochilas! Había hablado en plural. Pero estaba tan aturdido que no se dio cuenta.

Hizo lo que le ordenaba. Se abrió la puerta del otro lado. Por la rendija de la capucha vio la ropa: ¡era ella! Le pidieron lo mismo, que firmase un documento, pero ella se negó, tenía que leer lo que ponía. El tono de su voz mostraba que en ningún momento la había invadido el pánico, controlaba perfectamente sus emociones, y el tipo —obedientemente— aceptó que ella lo leyese. Cuando terminó, por fin estampó su firma y luego su mano tocó la de Paulo.

—No podéis tener contacto físico —dijo el «torturador bueno».

Ella lo ignoró, y Paulo, por un momento, pensó que iban a llevarlos de nuevo adentro y a castigarlos por no obedecer sus órdenes. Intentó retirar la mano, pero ella la agarró con más fuerza y no lo dejó.

El «torturador bueno» se limitó a cerrar la puerta y ordenó que el coche arrancase. Paulo le preguntó si estaba bien y su respuesta fue un discurso contra todo lo que había pasado. Alguien soltó una carcajada en el asiento delantero, Paulo le pidió que se callase POR FAVOR, podían hablar después o algún otro día, o en el sitio al que los llevaban, tal vez una cárcel de verdad.

—Nadie hace que firmes un documento que pone que nos han devuelto las cosas si no tiene intención de soltarnos —contestó ella.

El hombre que iba en el asiento delantero volvió a reírse (en realidad, fueron dos carcajadas: no estaba solo).

—Siempre me han dicho que las mujeres son más valientes y más inteligentes que los hombres —comentó uno de ellos—. Lo hemos comprobado con estos prisioneros.

Esta vez fue el policía el que le pidió a su compañero que se callase. El coche circuló durante un tiempo indeterminado, paró, y el que iba en el lado del acompañante les pidió que se quitasen la capucha.

Era uno de los hombres que los había cogido en el hotel, un descendiente de orientales, esta vez, sonriente. Se bajó del coche con ellos, fue al maletero, sacó las mochilas y se las entregó, en lugar de tirarlas al suelo.

—Podéis iros. Doblad a la izquierda en el próximo cruce, caminad unos veinte minutos y llegaréis a la estación.

Volvió al coche y arrancó sin prisas, como si no le preocupase lo que había pasado. Ésa era la nueva realidad en el país, estaban en el poder y ya no había a quién reclamar.

Paulo miró a su novia, ella lo miró, se abrazaron y se dieron un largo beso; después se dirigieron a la estación. Era peligroso quedarse en el mismo sitio, pensaba. Ella no parecía haber cambiado nada, como si aquellos días —¿semanas, meses, años?— sólo hubiesen sido una interrupción del viaje de ensueño, y lo acontecido no pudiese empañar los recuerdos positivos que prevalecían. Él aceleraba el paso, evitando decir que la culpa era de ella, que no deberían haber ido a ver esculturas hechas por el viento, que de haber seguido adelante nada de aquello habría ocurrido, aunque la culpa no fuese de su novia, ni de Paulo, ni de nadie que conociese.

Qué ridículo y débil podía llegar a ser. De repente sintió un enorme dolor de cabeza, tan grande que prácticamente le impedía andar, huir hacia su ciudad o volver a la Puerta del Sol para preguntarles a los antiguos y olvidados habitantes del lugar qué había sido aquello. Se apoyó en un muro y dejó que la mochila se deslizase hasta el suelo.

—¿Sabes lo que pasa? —le preguntó su novia, y ella misma contestó—: Sé la respuesta porque ya he pasado por eso durante los bombardeos en mi país. Durante todo este tiempo tu actividad cerebral ha disminuido, los vasos sanguíneos de tu cuerpo no se irrigaban igual que siempre. Se te pasará en dos o tres horas, pero podemos comprar unas aspirinas en la estación.

Cogió su mochila, lo amparó, lo obligó a andar; primero lentamente, luego más rápido.

Ah, mujer, qué mujer. Fue una pena que, cuando le sugirió que fueran juntos a los dos centros del mundo —Piccadilly Circus y el Dam—, ella dijera que estaba cansada de viajar y, para ser honesta, ya no lo quería. Cada uno debía seguir su propio camino.

El tren paró y la temida placa se podía ver fuera, escrita en varios idiomas: ADUANA.

Entraron algunos guardias y recorrieron los vagones. Paulo estaba más tranquilo, el exorcismo había acabado, pero una frase de la Biblia, más concretamente del Libro de Job, no se le iba de la cabeza:

«Lo que yo más temía sucedió».

Tenía que controlarse: cualquiera es capaz de oler el miedo.

Perfecto. Si, como decía el argentino, lo peor que podía pasar era tener que dar media vuelta, no había problema. Había otras fronteras para cruzar. Y, en caso de no poder, siempre estaba el otro centro del mundo: Piccadilly Circus.

Sentía una gran calma después de haber revivido el terror que había experimentado hacía año y medio. Como si consistiese en afrontarlo todo sin miedo, sencillamente como un hecho más de la vida (no elegimos lo que nos sucede, pero podemos elegir la manera de reaccionar ante ello).

Se daba cuenta de que hasta aquel momento el cáncer de la injusticia, de la desesperación, de la impotencia, se estaba convirtiendo en metástasis por su cuerpo astral, pero ahora estaba libre.

Empezaba de nuevo.

Los guardias entraron en el vagón en el que estaban él y el argentino y otras cuatro personas completamente desconocidas. Como si ya se lo esperase, los guardias los mandaron bajar a los dos. Fuera hacía un poco de frío a pesar de que todavía no era totalmente de noche.

Pero en la naturaleza hay un ciclo que se repite en el alma del ser humano: la planta produce la flor para que las abejas vayan y puedan dar el fruto. El fruto produce semillas, que se transforman en plantas otra vez, éstas hacen que las flores broten, vienen las abejas, que fertilizan la planta y hacen que den fruto, y así sucesivamente hasta el fin de la eternidad. Bienvenido, otoño, el momento de abandonar lo viejo, los terrores del pasado y permitir que surja lo nuevo.

A unos diez chicos y chicas los llevaron adentro de la estación de la aduana. Nadie decía nada, y Paulo intentó permanecer lo más lejos posible del argentino, que se dio cuenta y no trató de imponerle su presencia ni sus conversaciones. Tal vez en aquel momento entendió que lo estaban juzgando, que el chico de Brasil debía de sospechar algo, pero había visto cómo su rostro había sido invadido por una sombra oscura y ahora resplandecía otra vez (tal vez decir «resplandecía» era una exageración, pero al menos la intensa tristeza de unos minutos antes había desaparecido).

Los iban llamando uno a uno a una sala; nadie sabía lo que se hablaba allí dentro porque salían por otra puerta. Paulo fue el tercero al que llamaron.

Sentado detrás de una mesa había un guardia de uniforme, que le pidió el pasaporte y hojeó un gran clasificador, lleno de nombres.

—Uno de mis sueños es conocer... —intentó, pero le dijeron que no debía interrumpir el trabajo del guardia.

Su corazón empezó a latir más rápido, y Paulo luchaba contra sí mismo para creer que el otoño había llegado, las hojas muertas empezaban a caer, un nuevo hombre surgía de aquello que hasta entonces había sido un amasijo de emociones.

Las vibraciones negativas atraen más vibraciones negativas, de modo que trató de calmarse, sobre todo después de darse cuenta de que el guardia tenía un pendiente en la oreja, algo impensable en cualquier otro país que hubiese conocido. Intentó distraerse mirando la sala llena de documentos, una foto de la reina y un cartel con un molino de viento. El hombre dejó la lista y ni siquiera le preguntó qué iba a hacer en Holanda: sólo quería saber si tenía dinero para volver a su país.

Paulo asintió. Ya sabía que ése era el principal requisito para viajar por cualquier país extranjero, y había comprado el carísimo billete a Roma, adonde había llegado primero, aunque la fecha de regreso estuviese marcada para al cabo de un año. Acercó su mano para coger la bolsa que llevaba escondida en la cintura, dispuesto a demostrar lo que había dicho, pero el guardia le dijo que no era necesario, quería saber cuánto dinero tenía.

—Unos mil seiscientos dólares. Algo más tal vez, no sé cuánto gasté en el tren.

Había desembarcado en Europa con mil setecientos dólares, que había ganado ejerciendo de profesor del curso de pregrado de la escuela de teatro a la que iba. El billete más barato era para Roma, adonde llegó y se enteró por el «Correo Invisible» de que los hippies allí solían reunirse en la plaza de España. Descubrió un sitio para dormir en un parque, se alimentaba de bocadillos y helado, y podría haberse quedado en Roma, donde conoció a una española de Galicia con la que trabó amistad rápidamente, para convertirse, más tarde, en pareja. Después compró el gran bestseller de su generación, que con toda seguridad iba a marcar la diferencia en su vida: *Europe on five dollars a day*. Durante los días que pasó en la plaza de España advirtió que no sólo los hippies, sino también la gente convencional, a los que llamaban *cuadriculados*, utilizaban ese libro con la lista de los hoteles y restaurantes más baratos, además de los lugares turísticos importantes de cada ciudad.

No se iba a sentir perdido al llegar a Ámsterdam. Decidió seguir hacia su primer destino (el segundo era Piccadilly Circus, no se cansaba de recordarlo) cuando la española le dijo que se iba a Atenas, en Grecia.

Iba a mostrar el dinero otra vez, pero le devolvieron el pasaporte sellado. El guardia le preguntó si llevaba alguna fruta o vegetal. Tenía dos manzanas, y el guardia le pidió que al salir las tirase a la papelera que había fuera de la estación.

—¿Qué hago ahora para llegar a Ámsterdam?

Lo informaron de que tenía que coger un tren local, que pasaba cada media hora por allí; el billete que había comprado en Roma le valía hasta el destino final.

El guardia le indicó una puerta diferente de la que había utilizado para entrar y enseguida se vio de nuevo al aire libre, esperando el próximo tren, sorprendido y contento porque habían creído en su palabra respecto al billete y la cantidad de dinero.

Realmente, estaba en otro mundo.

Karla no pasó toda la tarde sentada en el Dam, sobre todo porque empezó a llover y la vidente le había garantizado que la persona que esperaba llegaría al día siguiente. Decidió ir al cine a ver *2001: Una odisea en el espacio*, porque todos decían que era una obra maestra, aunque a ella no le gustaban demasiado las películas de ciencia ficción.

Realmente era una obra maestra, la ayudó a pasar el tiempo de espera, y el final demostraba lo que ya creía saber; es decir, no se trataba de juzgar o no juzgar, era una realidad absoluta e incontestable: el tiempo es circular y siempre vuelve al mismo punto. Nacemos de una semilla, crecemos, envejecemos, morimos, volvemos a la tierra y nos convertimos de nuevo en la semilla, que, tarde o temprano, volverá a reencarnarse en otra persona. Aunque de familia luterana, había flirteado durante algún tiempo con el catolicismo, y en uno de los momentos de la misa a la que solía acudir recitaba todas las profesiones de fe. Allí estaba el versículo que más le gustaba: «Creo [...] en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Amén».

Resurrección de la carne... Trató de hablar una vez con un cura sobre ese pasaje, haciéndole preguntas sobre la reencarnación, pero el cura le dijo que no se refería a eso. Le preguntó a qué se refería. La respuesta —totalmente estúpida— fue que aún no era lo suficientemente madura para entenderlo. Desde ese momento se fue apartando poco a poco del catolicismo, porque se dio cuenta de que el cura tampoco sabía a qué se refería aquella frase.

«Amén», repetía ahora mientras volvía al hotel. Se mantenía atenta para escuchar cualquier cosa, si Dios decidía hablar con ella. Después de alejarse de la Iglesia, decidió buscar en el hinduismo, en el taoísmo, en el budismo, en los cultos africanos, en los diversos tipos de yoga, alguna clase de respuesta sobre el significado de la vida. Un poeta dijo hace muchos siglos: «Su luz llena todo el Universo / La llama del amor quema y salva el Conocimiento».

Como el amor era una cosa complicada en su vida, tan complicada que siempre evitaba pensar en ello, llegó a la conclusión de que el Conocimiento estaba en su interior, lo cual, por cierto, era lo que predicaban los fundadores de esas religiones. Ahora, todo lo que veía le recordaba a la Divinidad, trataba de que cada uno de sus gestos fuese su forma de dar gracias por el hecho de estar viva.

Suficiente. El peor de los asesinatos es el que acaba matando nuestra alegría de vivir.

Entró en un *coffee shop* —lugar donde se vendían diferentes tipos de marihuana y hachís—, pero lo único que hizo fue tomar un café y charlar un rato con una chica, también holandesa, que parecía no ser de allí y también tomaba café. Se llamaba Wilma. Decidieron ir al Paradiso, pero cambiaron de idea, tal vez porque ya no era una novedad para nadie, como tampoco eran novedad las drogas que allí vendían.

Buenas para los turistas, pero aburridas para el que siempre las ha tenido al alcance de la mano.

Un día —un día en un futuro lejano—, los gobiernos llegarían a la conclusión de que la mejor manera de acabar con el «problema» era legalizarlo todo. Gran parte de la mística del hachís se basaba en el hecho de estar prohibido, y por eso resultaba atractivo.

—Pero eso no le interesa a nadie —comentó Wilma cuando Karla le dijo lo que pensaba—. Ganan miles de millones de dólares con la represión. Se creen superiores. Salvadores de la sociedad de la familia. Excelente plataforma política, acabar con las drogas. ¿Qué otra idea se les iba a ocurrir después de ésa? Sí, acabar con la pobreza, pero ya nadie se lo creía.

Dejaron de hablar y se quedaron mirando sus tazas. Karla pensaba en la película, en *El Señor de los Anillos* y en su vida. Nunca había experimentado realmente nada interesante. Nacida en una familia puritana, estudió en un colegio luterano, conocía la Biblia de memoria, perdió la virginidad siendo todavía adolescente con un holandés que también era virgen, viajó durante algún tiempo por Europa, consiguió un trabajo al cumplir los veinte años (ahora tenía veintitrés), los días parecían largos y repetitivos, se hizo católica sólo para contrariar a su familia, decidió irse de casa y vivir sola, tuvo una serie de amantes que entraban y salían de su vida y de su cuerpo con una frecuencia que variaba entre los dos días y los dos meses, pensó que los culpables de todo aquello eran Róterdam y sus grúas, sus calles grises y su puerto, con historias mucho más interesantes que las que solía oírles a sus amigos.

Se le daba mejor con los extranjeros. La única vez que su rutina de libertad absoluta se rompió fue cuando decidió enamorarse perdidamente de un francés diez años mayor que ella y se convenció a sí misma de que sería capaz de hacer que aquel amor arrebatador fuese mutuo (aunque sabía perfectamente que al francés sólo le interesaba el sexo, especialidad en la que ella era genial y que trataba de perfeccionar cada vez más). Una semana después dejó al francés en París, al llegar a la conclusión de que realmente no era capaz de descubrir la función del amor en su vida. Y era una enfermedad, porque toda la gente que conocía hablaba, tarde o temprano, de la importancia de casarse, tener hijos, cocinar, tener compañía para ver la televisión, ir al teatro, viajar por el mundo, llevar pequeñas sorpresas al volver a casa, quedarse embarazada, cuidar a los hijos, ignorar las pequeñas traiciones del marido o de la mujer, decir que los hijos son la única razón de su vida, preocuparse por lo que van a cenar, lo que serán en el futuro, cómo van en el colegio, en el trabajo, en la vida.

Y así prolongar durante algunos años más la sensación de utilidad en esta Tierra, hasta que, tarde o temprano, todos se iban. La casa se quedaba vacía y lo único realmente importante era la comida de los domingos, la familia reunida, fingiendo constantemente que todo va bien, fingiendo constantemente que no hay celos ni competitividad entre ellos, mientras se lanzan dardos invisibles por el aire, porque yo

gano más que tú, mi mujer es arquitecta, acabamos de comprar una casa increíble, cosas así.

Dos años antes llegó a la conclusión de que ya no tenía sentido seguir viviendo la libertad absoluta. Empezó a pensar en la muerte, flirteó con la idea de entrar en un convento, llegó incluso a visitar el lugar en el que vivían las carmelitas descalzas, sin ningún contacto con el mundo. Dijo que se había bautizado, que había descubierto a Cristo y que quería ser su Novia el resto de su vida. La madre superiora le pidió que reflexionase durante un mes antes de tomar la decisión. Durante ese mes tuvo tiempo de imaginarse en una celda, obligada a rezar desde la mañana hasta la noche, repitiendo las mismas palabras hasta que perdían su significado, y se descubrió incapaz de llevar una vida cuya rutina podría llevarla a la locura. La madre superiora tenía razón. Nunca volvió; por mala que fuese la rutina de la libertad absoluta, siempre podría descubrir cosas más interesantes que hacer.

Un marinero de Bombay, además de ser un amante excelente —algo que rara vez encontraba—, la hizo descubrir el misticismo oriental, y fue a partir de ese momento cuando empezó a considerar que su destino final en esta existencia era marcharse muy lejos, vivir en una cueva en el Himalaya, creer que los dioses acudirían a hablar con ella tarde o temprano, alejarse de todo lo que la rodeaba ahora y que parecía aburrido, aburridísimo.

Sin entrar en muchos detalles, le preguntó a Wilma qué pensaba de Ámsterdam.

—Aburrido. Aburridísimo.

Eso es. No sólo Ámsterdam, sino toda Holanda, donde ya naces protegida por el gobierno, sin miedo al desamparo en la vejez porque tienen asilos y pensiones vitalicias, seguro médico gratuito o por un precio mínimo, y los reyes más recientes eran en realidad reinas (la reina madre Guillermina, la reina actual Juliana y la futura heredera del trono, Beatrix). Mientras en Estados Unidos las mujeres quemaban los sujetadores y exigían igualdad, Karla —que no usaba sujetador, a pesar de que sus pechos no eran precisamente pequeños— vivía en un lugar en el que esa igualdad ya había sido conquistada hacía mucho, sin ruido, sin exhibicionismo, sino siguiendo la lógica ancestral por la que el poder es de las mujeres. Son ellas las que gobiernan a sus maridos e hijos, sus presidentes y reyes, tratan de demostrarles a todos que son excelentes generales, jefes de Estado, empresarios.

Hombres. Se creen que mandan en el mundo, pero no dan un paso sin preguntar por la noche la opinión de su compañera, amante, novia, madre.

Tenía que dar un paso radical, descubrir un país interior o exterior que no hubiese sido explorado antes, y salir de aquel tedio que parecía drenar sus fuerzas cada día.

Esperaba que la vidente tuviese razón. Si la persona que le había prometido no llegaba, al día siguiente se iría a Nepal así, sola, corriendo el riesgo de verse convertida en una «esclava blanca» y vendida a un gordo sultán de un país en el que los harenes estaban a la orden del día (aunque dudaba que alguien se atreviese a hacer

algo así con una holandesa que sabía defenderse mejor que un hombre de ojos amenazadores, con un sable afilado en la mano).

Se despidió de Wilma, quedaron en el Paradiso al día siguiente y se dirigió a la habitación en la que pasaba sus monótonos días en Ámsterdam, la ciudad de los sueños de mucha gente que cruzaba el mundo para llegar allí. Caminó por las callejuelas adoquinadas, con el oído siempre alerta por si oía alguna señal; no sabía qué esperar, las señales son así, sorprendentes y camufladas en cosas rutinarias. Una lluvia fina en la cara la devolvió a la realidad, pero no a la realidad de su entorno, sino al hecho de estar viva, caminando con total seguridad por callejones oscuros, cruzándose con traficantes llegados de Surinam que operaban allí en las sombras (ésos sí eran un verdadero peligro para sus consumidores, porque ofrecían las drogas del demonio: cocaína y heroína).

Pasó por una plaza; daba la impresión de que, al contrario que Róterdam, aquella ciudad tenía una plaza en cada esquina. La lluvia aumentó su intensidad y ella agradeció el hecho de sonreír a pesar de todo lo que había pensado en el *coffee shop*.

Caminaba rezando en silencio, sin palabras luteranas ni católicas, dando gracias a la vida de la que horas antes se quejaba, adorando el cielo, la tierra, los árboles y los animales, cuya simple visión hacía que las contradicciones de su alma se resolviesen y una profunda paz lo envolviese todo; no esa paz de ausencia de desafíos, sino la que la preparaba para una aventura que estaba decidida a vivir, aunque no encontrase compañía, sabiendo que los ángeles la acompañaban con una música que no podía oír, pero que hacía vibrar su cerebro y lo limpiaba de pensamientos impuros, la hacía entrar en contacto con su propia alma y decirse a sí misma «Te amo», aunque no hubiese conocido el Amor.

«No me siento culpable por lo que pensaba antes, tal vez sea por la película, tal vez por el libro, pero aunque sea yo misma y mi incapacidad para ver la belleza que hay dentro de mí, te pido que me perdones, te amo y agradezco que me acompañes, tú, que me bendices con tu compañía y me apartas de la tentación de los placeres y del miedo al dolor.»

Para variar, empezó a sentirse culpable por ser quien era, viviendo en un país con la mayor concentración de museos del mundo, atravesando en aquel momento uno de los 1281 puentes de la ciudad, mirando las casas de tres únicas ventanas en la fachada —más de tres se consideraba ostentación y un intento de humillar al vecino—, orgullosa de las leyes que regían su pueblo, de los grandes navegantes holandeses del pasado, aunque la gente sólo recordase a los españoles y a los portugueses.

Sólo hicieron un mal negocio una vez: venderles la isla de Manhattan a los americanos. Pero no todo el mundo es perfecto.

El vigilante del turno de noche le abrió la puerta de la habitación, entró tratando de hacer el menor ruido posible, cerró los ojos y, antes de quedarse dormida, pensó en lo único que su país no tenía.

Montañas.

Sí, iría a la montaña, lejos de aquellas llanuras inmensas conquistadas al mar por hombres que sabían lo que querían y que fueron capaces de domar una naturaleza que se negaba a ser subyugada.

Decidió levantarse más temprano que de costumbre: a las once de la mañana ya estaba vestida y lista para salir, cuando su horario normal era la una de la tarde. Aquél, según la vidente, era el día que iba a encontrar al que estaba esperando, y la vidente no podía estar equivocada, porque las dos habían entrado en un trance misterioso, más allá de su propio control, como ocurre en la mayoría de los trances, por cierto. Layla dijo algo que no salió de su boca, sino de un alma superior, que ocupaba todo el ambiente de su «consulta».

Aún no había mucha gente en el Dam; la hora más animada empezaba después del mediodía. Pero vio —¡por fin!— una cara nueva. Pelo igual que todo el mundo, chaqueta sin demasiados adornos (el más llamativo era una bandera con la palabra BRASIL en la parte superior), una bandolera de punto de colores, hecha en América del Sur y que estaba de moda entre los jóvenes que recorrían el mundo (igual que los ponchos y los gorros que tapaban las orejas). Fumaba un cigarrillo, normal, porque pasó cerca de donde él estaba sentado y no olió nada especial, aparte del tabaco.

Estaba ocupadísimo en no hacer nada, observando el edificio al otro lado de la plaza y a los hippies a su alrededor. Seguro que le apetecía charlar con alguien, pero sus ojos delataban timidez; exceso de timidez, mejor dicho.

Se sentó a una distancia segura, para vigilarlo y no dejar que se fuese sin antes sugerirle lo del viaje a Nepal. Si ya había estado en Brasil y en América del Sur, como indicaba su bolsa, ¿quién sabía si no estaría interesado en ir más lejos? Tenía más o menos su edad, poca experiencia, y no iba a ser difícil convencerlo. No importaba si era feo o guapo, gordo o delgado, alto o bajo. Lo único que le interesaba era conseguir compañía para su aventura particular.

Paulo también se fijó en la hermosa hippie que pasó cerca de donde él estaba sentado y, si no hubiese sido por su paralizante timidez, tal vez se habría atrevido a sonreírle. Pero no tuvo el coraje. Ella parecía distante, tal vez esperaba a alguien o tal vez sólo quería contemplar la mañana sin sol, aunque sin amenaza de lluvia.

Volvió a concentrarse en el edificio que tenía delante, una verdadera maravilla arquitectónica que *Europe on five dollars a day* describía como un palacio real, construido sobre 13 659 estacas (también según la guía, la ciudad entera estaba construida sobre estacas, aunque nadie era consciente de ello). No había guardias en la puerta y los turistas entraban y salían, montones de ellos, colas enormes, la clase de lugar que nunca visitaría mientras estuviese allí.

Siempre sabemos si alguien nos está mirando. Paulo sabía que la hermosa hippie ahora estaba sentada fuera de su campo de visión, con los ojos fijos en él. Giró la cabeza y ella, efectivamente, estaba allí, pero se puso a leer en cuanto sus ojos se encontraron.

«¿Qué hago?» Durante casi media hora estuvo pensando que debería levantarse y sentarse a su lado; era lo que se esperaba en Ámsterdam, donde la gente se conoce sin necesidad de disculpas ni explicaciones, sólo por la voluntad de charlar e intercambiar experiencias. Pasada esa media hora, después de repetirse mil veces que no tenía absolutamente nada que perder, que no sería la primera ni la última vez que lo rechazasen, se levantó y fue hacia ella. Ella no apartaba los ojos del libro.

Karla vio que él se acercaba, cosa rara en un lugar en el que todos respetan el espacio individual. Se sentó a su lado y dijo lo más absurdo que se puede decir:

—Disculpa.

Ella se limitó a mirarlo, esperando el resto de la frase, que no llegó. Pasaron cinco incómodos minutos hasta que decidió tomar la iniciativa.

—¿Disculpa el qué, exactamente?

—Nada.

Pero, para su alegría y felicidad, no dijo las tonterías de siempre, como «espero no molestar» o «¿qué edificio es ese de ahí?» o «qué guapa eres» (a los extranjeros les encantaba esa frase), o «¿de dónde eres?», «¿dónde compraste esa ropa?», cosas por el estilo.

Ella decidió suavizar un poco la situación, ya que su interés era mucho mayor de lo que él podía imaginar.

—¿Por qué el escudo de Brasil en la manga?

—Por si me cruzo con brasileños: soy de allí. No conozco a nadie en la ciudad, me pueden ayudar a encontrar gente interesante.

Entonces aquel chico, que parecía inteligente y tenía unos ojos negros que brillaban con una intensa energía y un cansancio más intenso todavía, ¿había atravesado el Atlántico para conocer brasileños en el extranjero?

Le parecía el colmo de lo absurdo, pero decidió darle algún crédito. Podía tocar inmediatamente el asunto de Nepal y seguir con la conversación o dejarla para siempre, cambiar de sitio en el Dam, decir que había quedado o sencillamente marcharse sin dar ninguna explicación.

Pero decidió no moverse, y el hecho de seguir sentada con Paulo —ése era su nombre—, mientras barajaba sus opciones, cambiaría completamente su vida.

Porque el amor es así, aunque lo último en lo que pensaba en aquel momento era en esa palabra secreta y en los peligros que conlleva. Estaban juntos, la vidente estaba en lo cierto, el mundo interior y el exterior se encontraban rápidamente. Puede que él sintiese lo mismo, pero, al parecer, era demasiado tímido; o tal vez sólo le interesaba fumarse un cigarrillo de hachís con alguien o, lo que era mucho peor, que viese en ella una futura compañera para ir al Vondelpark a hacer el amor y después despedirse como si nada importante hubiese sucedido, aparte de un orgasmo.

¿Cómo definir lo que alguien es o no es en unos minutos? Desde luego, sabemos que cuando alguien nos produce rechazo, nos alejamos de esa persona, pero ése no era el caso. Era demasiado delgado y su pelo parecía estar bien cuidado. Seguro que se había duchado aquella mañana porque aún podía percibir el olor a jabón en su cuerpo.

Cuando se sentó a su lado y dijo la absurda palabra «disculpa», Karla sintió un gran bienestar, como si ya no estuviese sola. Ella estaba con él, él estaba con ella y ambos lo sabían, aunque no hubiesen dicho nada más y ninguno supiese lo que estaba ocurriendo. Los sentimientos escondidos no se habían revelado pero tampoco permanecían ocultos, sólo esperaban el momento de manifestarse. Ése era el punto en el que muchas relaciones que podían ser grandes amores se echaban a perder (sea porque cuando las almas se encuentran sobre la faz de la Tierra ya saben hacia dónde se dirigen juntas y eso les da miedo, o porque estamos tan condicionados que ni les damos tiempo a las almas para conocerse, buscamos algo «mejor» y dejamos escapar la oportunidad de nuestras vidas).

Karla dejaba que su alma se manifestase. A veces sus palabras nos engañan porque las almas no son precisamente fieles y aceptan situaciones que en verdad no corresponden a nada, tratan de agradar al cerebro e ignoran aquello en lo que Karla se sumergía cada vez más: el Conocimiento. Tu Yo visible, que crees que eres tú, no es más que un lugar limitado, ajeno al verdadero Yo. Por eso a la gente le cuesta mucho escuchar lo que dice el alma, intentan controlarla para que siga exactamente lo planeado, los deseos, las esperanzas, el futuro, el deseo de decirles a los amigos «por fin he encontrado al amor de mi vida», el miedo a acabar solo en un asilo de viejos.

Ella ya no podía seguir engañándose. No sabía lo que sentía y trató de dejar las cosas como estaban, sin muchas excusas ni explicaciones. Sabía que, al final, tendría que levantar el velo que cubría su corazón, pero no sabía cómo y no iba a descubrirlo ahora, tan de repente. Lo ideal era mantenerlo a una distancia segura hasta ver cómo

les iba en las próximas horas, o días, o años. No, no pensaba en años, porque su destino era una cueva en Katmandú, sola, en contacto con el universo.

El alma de Paulo aún no se había revelado y no podía saber si aquella chica iba a desaparecer de un momento a otro. Ya no sabía qué más decir, ella también se había quedado muda, los dos habían aceptado el silencio y miraban fijamente hacia delante, sin ver nada realmente. Los holandeses se dirigían a las cafeterías y restaurantes, los tranvías pasaban atestados de gente, pero ellos tenían la mirada perdida y las emociones en otra dimensión.

—¿Quieres comer?

Paulo entendió la pregunta como una invitación, se sorprendió y se alegró. No podía entender cómo una chica tan guapa lo invitaba a comer; sus primeras horas en Ámsterdam habían empezado muy bien.

No había planeado nada de aquello, y cuando las cosas suceden sin planificación ni expectativas resultan más agradables y más provechosas. Hablar con una extraña sin pensar en ninguna conexión romántica permitía que todo fluyese con más naturalidad.

¿Estaba sola? ¿Cuánto tiempo podría prestarle atención? ¿Qué tenía que hacer para mantenerla a su lado?

Nada. La secuencia de preguntas estúpidas desapareció en el espacio y, aunque había comido hacía poco, iba a comer con ella. Sólo esperaba que no eligiese un restaurante muy caro: el dinero tenía que durarle un año, hasta la fecha del billete de vuelta.

Peregrino, estás distraído; cálmate.

Porque no todos los que son llamados serán los elegidos, no todos duermen con una sonrisa en los labios, no todos verán lo que tú ves.

Tenemos que compartir. Aunque sea información que ya todos conocen, es importante no dejarse llevar por el pensamiento egoísta de llegar solo al final del día. El que lo haga descubrirá un paraíso vacío, sin ningún interés especial, y pronto se estará muriendo de aburrimiento.

No podemos coger las luces que iluminan el camino y llevárnoslas.

Si lo hacemos, llenaremos nuestras mochilas de linternas. En ese caso, a pesar de toda la luz que portamos, no vamos a contar con una buena compañía. ¿De qué vale?

Pero era difícil calmarse: tenía que fijarse en todo lo que veía a su alrededor. Una revolución sin armas, una carretera sin control de pasaportes ni curvas peligrosas. Un mundo que de repente era joven, independientemente de la edad de la gente y de sus creencias religiosas y políticas. El sol había salido, como para decir que por fin volvía el Renacimiento, cambiando los hábitos y las costumbres de todo el mundo, y un hermoso día, en un futuro muy cercano, la gente ya no iba a depender de la opinión de los demás, sino de su propia manera de ver la vida.

Gente vestida de amarillo que bailaba y cantaba en la calle, ropa de todos los colores, una chica repartiendo rosas entre los que pasaban, todo el mundo sonriendo. Sí, el mañana sería mejor, a pesar de lo que pasaba en América Latina y en otros países. El mañana sería mejor simplemente porque no había otra alternativa, no se podía volver al pasado y permitir que, otra vez, el moralismo, la hipocresía y la mentira ocupasen los días y las noches de los que caminaban por esa tierra. Recordaba su exorcismo en el tren y los cientos de críticas que oía de todos, conocidos y desconocidos. Recordaba el sufrimiento de sus padres y quería llamarlos por teléfono en ese momento para decirles:

«No os preocupéis, estoy contento y pronto os daréis cuenta de que no nací para ir a la universidad, conseguir un título y buscar un trabajo. Nací para ser libre y puedo vivir así, siempre encontraré qué hacer, siempre habrá una manera de ganar dinero, puede que un día me case y forme una familia, pero ahora no es el momento. Es el momento de vivir el presente, aquí y ahora, con la alegría de los niños a los que Jesús destinó el reino de los cielos. Si tengo que dedicarme a labrar, lo haré sin el menor problema, porque me permitirá estar en contacto con la tierra, el sol y la lluvia. Si un día tengo que encerrarme en una oficina, lo haré también sin el menor problema, porque tendré a mi lado a otra gente, formaremos un grupo, el grupo descubrirá lo bueno que es sentarse alrededor de una mesa y charlar, rezar, reírse y desconectar todas las tardes del trabajo repetitivo. Si tengo que estar solo, estaré solo, si me enamoro y decido casarme, me casaré, porque estoy seguro de que mi mujer, la que será el amor de mi vida, aceptará mi alegría como la mayor bendición que un hombre puede darle a una mujer».

La chica que estaba a su lado paró, compró flores, pero, en lugar de llevárselas para ponerlas en algún sitio, hizo dos adornos y los puso en su cabeza y en la de él. Aquello, lejos de parecer ridículo, era una manera de celebrar las pequeñas victorias de la vida, igual que los griegos celebraban hace miles de años a sus vencedores y héroes: en lugar de oro, con coronas de laurel. Podían marchitarse y desaparecer, pero no eran pesadas y no exigían una constante vigilancia como las coronas de los reyes y las reinas. Mucha gente con la que se cruzaban llevaba ese tipo de adorno en el pelo, lo hacía todo más hermoso.

La gente tocaba flautas de madera, violines, guitarras, cítaras, formando una senda sonora confusa que armonizaba naturalmente con aquella calle adoquinada, como la mayoría de las calles de la ciudad: llena de bicicletas, donde el tiempo pasaba más despacio y más rápido. Paulo tenía miedo de que prevaleciese lo más rápido y que el sueño se acabase.

Porque no estaba en una calle, estaba en un sueño en el que los personajes eran de carne y hueso, hablaban en lenguas diferentes, miraban a la mujer que tenía a su lado

y sonreían ante su belleza, ella les devolvía la sonrisa, él sentía un atisbo de celos que pronto se convertía en orgullo por haberlo elegido a él para acompañarla.

Alguna gente vendía inciensos, pulseras, abrigos de colores probablemente hechos en Perú o en Bolivia; a él le apetecía comprarlo todo porque le sonreían y no se ofendían ni insistían como los vendedores de las tiendas. El dinero que gastase podría significar una noche más, un día más en el paraíso, aunque sabía que todos, absolutamente todos, sabrían sobrevivir en este mundo. Paulo tenía que ahorrar todo lo posible, y tratar de descubrir un modo de vivir en aquella ciudad hasta que su billete de avión le pesase en la bolsa con goma que llevaba sujeta a la cintura y debajo del pantalón, y sintiese que había llegado el momento, que tenía que salir del sueño y volver a la realidad.

Una realidad que surgía de vez en cuando en aquellas calles y parques, en mesas con carteles denunciando las atrocidades cometidas en Vietnam, la foto de un general ejecutando a un vietnamita a sangre fría. Sólo pedían la firma de un manifiesto y todos colaboraban.

En ese momento se daba cuenta de que aún faltaba mucho para que el Renacimiento invadiese el mundo, pero empezaba, sí, empezaba, y de que cada joven —de la gran cantidad de jóvenes de aquella calle— recordaría lo que estaban viviendo y, al volver a su país, se convertiría en evangelista de la paz y del amor. Porque era posible, un mundo por fin libre de la opresión, del odio, de los maridos que pegan a sus mujeres, de los torturadores que cuelgan a sus víctimas cabeza abajo y las matan lentamente con...

... No había perdido su sentido de la justicia y se escandalizaba con toda la injusticia del mundo, pero, al menos, en aquel momento, necesitaba descansar y recuperar sus energías. Parte de su juventud la había pasado muerto de miedo; ahora era el momento de ser valiente ante la vida y el camino desconocido que recorría.

Entraron en una de las muchas tiendas que vendían pipas, chales de colores, imágenes orientales, adornos, y Paulo compró lo que buscaba: una serie de adornos de metal en forma de estrella para poner en su chaqueta al volver a la habitación.

En uno de los numerosos parques de la ciudad había tres chicas sin blusa y sin sujetador, con los ojos cerrados en posición de yoga, de cara hacia un sol que tal vez desaparecería en breve y tardaría dos estaciones en volver la primavera. Se fijó con más atención, cruzaba la plaza gente mayor que iba o volvía del trabajo y ni se molestaba en mirar a las chicas, porque la desnudez no estaba castigada ni se reprimía; cada uno es dueño de su cuerpo y hace lo que mejor le parece.

Y las camisetas, las camisetas eran mensajes que caminaban, algunas con fotos de ídolos —Jimi Hendrix, Jim Morrison, Janis Joplin—, pero la mayoría proclamaba el Renacimiento:

«Hoy es el primer día del resto de tu vida».

«Un simple sueño es más poderoso que mil realidades.»

«Todo sueño necesita un soñador.»

Una en particular le llamó la atención:

«El sueño es algo espontáneo y, por tanto, peligroso para los que no tienen el coraje de soñar».

Eso. Eso era lo que el sistema no toleraba, pero el sueño llegaría a vencer, vencería antes de que los americanos fuesen derrotados en Vietnam.

Así lo creía él. Había elegido su locura y ahora pretendía vivirla intensamente, quedarse allí hasta que oyese la llamada para hacer algo que ayudase a cambiar el mundo. Su sueño era ser escritor, sin embargo, aún era pronto para eso y dudaba que los libros tuviesen ese poder, pero iba a hacer todo lo posible para demostrar lo que los demás aún no veían.

Una cosa era segura: no había vuelta atrás, ahora sólo estaba el camino de la luz.

Conoció a una pareja brasileña, Tiago y Tabita, que vieron la bandera y se identificaron.

—Somos Niños de Dios —dijeron, y lo invitaron a visitar el sitio en el que vivían.

Todos eran Niños de Dios, ¿no?

Sí, pero ellos participaban en un culto cuyo fundador había tenido una revelación. ¿Le gustaría saber más al respecto?

Paulo les aseguró que sí (para cuando Karla lo dejase antes del final del día, ya tendría nuevos amigos).

Pero, en cuanto se alejaron, Karla cogió el adorno de su chaqueta y lo arrancó.

—Ya has comprado lo que querías. Las estrellas son mucho más bonitas que las banderas. Si quieres, puedo ayudarte a ponerlas en forma de cruz egipcia o de símbolo hippie.

—No deberías haberlo hecho. Deberías habérmelo dicho y haberme dejado decidir si quería seguir o no con el adorno en la manga. Amo y odio mi país, pero es mi problema. Acabo de conocerte, si crees que puedes dirigirme y controlarme porque piensas que dependo de la única persona que realmente conozco aquí, nos separamos ahora mismo. No creo que sea difícil encontrar un restaurante barato.

Su voz se había endurecido y, sorprendida, Karla pensó que su reacción era positiva. No era un tontaina que hacía lo que los demás le mandaban, aunque estuviese en una ciudad extraña. Ya debía de haber pasado por muchas cosas en esta vida.

Le devolvió el adorno.

—Guárdalo en otro sitio. Es una falta de educación hablar en una lengua que no entiendo y una falta de imaginación haber venido tan lejos para conocer gente que

puedes conocer en tu tierra. Si vuelves a hablar en portugués, yo me pondré a hablar en holandés y entonces el diálogo será imposible.

El restaurante no sólo era barato: era gratis, esa palabra mágica que generalmente hace que todo parezca muy sabroso.

—¿Quién mantiene esto? ¿El gobierno holandés?

—El gobierno holandés no deja que ninguno de sus ciudadanos pase hambre, pero en este caso el dinero lo pone George Harrison, que adoptó nuestra religión.

Karla participaba en la conversación con una mezcla de falso interés y visible tedio. La caminata en silencio había confirmado lo que le había dicho la vidente el día anterior: aquel chico era la compañía perfecta para hacer el viaje a Nepal. No hablaba mucho, no trataba de imponer sus opiniones, pero sabía luchar por sus derechos perfectamente, como sugería la anécdota del adorno con la bandera. Sólo tenía que encontrar el momento adecuado para abordar el tema.

Se acercaron al bufet, se sirvieron varias delicias vegetarianas mientras una de las personas vestidas de naranja explicaba que eran para los recién llegados. Debían de ser muchos, y convertir a alguien en aquel momento era facilísimo, ya que a los occidentales les encantaba todo lo que procedía de las tierras exóticas de Oriente.

—Seguro que os habéis cruzado con algunas personas de nuestro grupo mientras caminabais hacia aquí —dijo el que parecía el mayor, de barba blanca y con el aire beatífico del que nunca ha pecado en su vida—. El nombre original de nuestra religión es muy complicado, así que podéis llamarnos simplemente Hare Krishna. Se nos conoce así desde hace siglos porque creemos que repetir «*Hare Krishna / Hare Rama*» vacía nuestra mente, dejando espacio para que la energía penetre. Creemos que todo es una única cosa, tenemos un alma colectiva y cada gota de luz de esta alma contagia los puntos oscuros a su alrededor. Nada más. El que quiera puede coger el libro *Bhagavad Gita* al salir y rellenar una ficha para solicitar formalmente la filiación. Nada os faltará, porque así lo prometió el Señor Iluminado antes de la gran batalla, en la que uno de los guerreros se sintió culpable por participar en una guerra civil. El Señor Iluminado contestó que nadie mata y nadie muere; tenía que limitarse a cumplir su deber y hacer lo que se le había ordenado.

Cogió uno de los ejemplares del libro en cuestión. Paulo miraba con interés al gurú y Karla observaba con interés a Paulo, aunque dudaba que no hubiese oído aquello antes.

—«Oh, hijo de Kunti, o te matan en el campo de batalla y te llevan a los planetas del cielo, o vences a tus enemigos y conquistas tu sueño. Así, en lugar de preguntarte cuál es el propósito de esta guerra, levántate y lucha.»

El gurú cerró el libro.

—Es eso lo que tenemos que hacer. En lugar de perder el tiempo diciendo «eso es bueno», o «eso es malo», tenemos que cumplir nuestro destino. Es el destino el que

os ha traído hoy aquí. El que quiera puede salir con nosotros a bailar y a cantar a la calle después de terminar de comer.

Los ojos de Paulo brillaron, y Karla no necesitó que dijese nada: lo había entendido.

—No estarás pensando en ir con ellos, ¿verdad?

—Desde luego que sí. Nunca he cantado ni bailado en la calle de ese modo.

—¿Sabías que no permiten el sexo hasta después del matrimonio, y sólo para procrear, no para obtener placer? ¿Te puedes creer que un grupo que se dice tan iluminado rechace, niegue y condene algo tan bello?

—No pienso en sexo, sino en el baile y la música. Hace tiempo que no escucho música ni canto, y eso es un agujero negro en mi vida.

—Te puedo llevar esta noche a cantar y a bailar.

¿Por qué aquella chica parecía tan interesada en él? Podía conseguir al hombre que quisiera, en el momento que quisiera. Recordó al argentino; tal vez necesitaba a alguien que la ayudase en un trabajo que él no tenía la menor intención de hacer. Decidió indagar:

—¿Conoces la Casa del Sol Naciente?

Su pregunta se podía interpretar de tres formas: la primera, si conocía la canción (*The House of the Rising Sun*, de The Animals). La segunda, si sabía lo que quería decir la canción. Y la tercera, para terminar, si le gustaría ir.

—Déjate de tonterías.

Ese chico, que al principio pensó que era tan inteligente, encantador, callado, fácil de controlar, parecía haberlo entendido todo al revés. Y, por increíble que parezca, ella lo necesitaba más a él que él a ella.

—Vale. Ve con ellos y te sigo a distancia. Nos vemos al final.

Pensó añadir: «Ya he pasado la fase Hare Krishna», pero se controló para no asustar a la presa.

Qué alegría estar allí botando, saltando, cantando a todo pulmón, siguiendo a aquella gente que se vestía de naranja, tocaba campanillas y parecía en paz con la vida. Otras cinco personas habían decidido sumarse al grupo, y a medida que caminaban por las calles, se unía más gente. Cada dos por tres giraba la cabeza para ver si la holandesa lo seguía. No quería perderla, se acercaron por algún misterio, misterio que había que preservar; no entenderlo, sino conservarlo. Sí, estaba allí, a una distancia segura, evitando ser identificada con los monjes o aprendices de monjes y, cada vez que sus ojos se encontraban, se sonreían el uno al otro.

Se estaba creando un vínculo y se hacía fuerte.

Recordó un cuento de su infancia, *El flautista de Hamelín*, en el que el personaje principal, para vengarse de una ciudad que había prometido pagarle y no lo hizo, decidió encantar a los niños y llevárselos lejos con el poder de su música. Era lo que ocurría ahora: Paulo se había convertido en un niño y bailaba en medio de la calle, algo muy diferente de los años que pasó sumergido en libros de magia, haciendo complicados rituales y pensando que se acercaba a los verdaderos avatares. Tal vez sí, tal vez no, pero bailar y cantar también ayudaba a alcanzar el mismo estado de espíritu.

De tanto repetir el mantra y saltar, entró en un estado en el que el pensamiento, la lógica y las calles de la ciudad ya no importaban tanto. La cabeza estaba completamente vacía y volvía a la realidad sólo de vez en cuando para comprobar si Karla lo acompañaba. Sí, estaba allí, y le encantaría que siguiera en su vida durante mucho tiempo, aunque sólo la conocía desde hacía tres horas.

Estaba seguro de que a ella le sucedía lo mismo, o sencillamente podría haberlo dejado en el restaurante.

Entendía mejor las palabras de Krishna al guerrero Arjuna, antes de la batalla. No era exactamente lo que ponía en el libro, sino en su alma:

«Lucha porque hay que luchar, porque estás ante un combate.

»Lucha porque estás en armonía con el universo, con los planetas, los soles que explotan y las estrellas que encogen y se apagan para siempre.

»Lucha para cumplir tu destino, sin pensar en ganancias ni beneficios, ni pérdidas ni estrategias, ni victorias ni derrotas.

»No trates de complacerte a ti mismo, sino al Amor Superior, que nada ofrece aparte de un contacto breve con el Cosmos, y para eso exige un acto de devoción total, sin cuestionamientos, sin preguntas, amar por el hecho de amar y nada más.

»Un amor que no se debe a nadie, que no está obligado a nada, que se alegra simplemente por el hecho de existir y poder manifestarse».

El cortejo llegó al Dam y rodeó la plaza. Paulo decidió parar y dejar que la chica que había conocido volviese a su lado. Parecía distinta, más relajada, más cómoda con su

presencia. El sol ya no calentaba como antes, difícilmente iba a ver a más chicas con los pechos al aire, pero, como todo lo que pensaba parecía suceder justo al contrario, vieron unas luces intensas a la izquierda de donde estaban sentados. Como no tenían absolutamente nada que hacer, decidieron ir a ver qué pasaba.

Los reflectores iluminaban a una modelo completamente desnuda que sujetaba un tulipán que sólo le tapaba el sexo. El fondo era precisamente el obelisco que había en el centro del Dam. Karla le preguntó a uno de los asistentes qué era aquello.

—Un póster encargado por la oficina de turismo.

—¿Es esa Holanda la que se les vende a los extranjeros? ¿Anda la gente desnuda en la ciudad?

El asistente se alejó sin contestar. En ese momento se interrumpió la sesión y Karla se dirigió a otro asistente mientras la maquilladora se acercaba para retocar el seno derecho de la modelo. Repitió la misma pregunta. El hombre, ligeramente estresado, le pidió que no lo interrumpiera, pero Karla sabía lo que quería.

—Pareces tenso. ¿Qué es lo que te preocupa?

—La luz. La luz se está yendo rápido y dentro de nada el Dam estará a oscuras — contestó el asistente para librarse de aquella criatura.

—No eres de aquí, ¿verdad? Estamos a principios de otoño y el sol aún va a brillar hasta las siete de la tarde. Además, yo tengo poder para parar el sol.

El hombre la miró sorprendido. Había conseguido lo que quería: llamar su atención.

—¿Por qué hacéis un póster con una mujer desnuda sujetando un tulipán sobre su sexo? ¿Es ésa la Holanda que queréis venderle al mundo?

La respuesta llegó de una voz enfadada pero contenida:

—¿Qué Holanda? ¿Quién ha dicho que estás en Holanda, un país en el que las casas tienen ventanas bajas que dan a la calle y las cortinas abiertas para que todo el mundo pueda ver lo que pasa dentro, que nadie peca, que la vida de cada familia es un libro abierto? Eso es Holanda, hija mía: un país dominado por el calvinismo, en el que todos son pecadores hasta que se demuestre lo contrario; el pecado está en el corazón, en la mente, en el cuerpo, en las emociones. Donde sólo la gracia de Dios puede salvar a algunos, pero no a todos, sólo a los elegidos. ¿Eres de aquí y aún no lo sabías?

Encendió un cigarrillo y vio que la chica, antes tan arrogante, ahora parecía intimidada.

—Esto no es Holanda, jovencita, es Ámsterdam, con sus prostitutas en los escaparates y las drogas en la calle, delimitada por un cordón sanitario invisible. Pobre del que se atreva a llevar esas ideas más allá del distrito de la ciudad. Aparte de ser mal recibido, no encontrará ni una habitación de hotel si no lleva la ropa adecuada. Lo sabes, ¿verdad? Entonces, por favor, márchate y déjanos trabajar.

El que se alejó fue él, dejando a Karla con la misma cara que si hubiese recibido una bofetada. Paulo intentó consolarla, pero ella murmuró para sí:

—Realmente es así. Tiene razón, es así realmente.

¿Cómo que realmente era así? ¡El guardia de la frontera llevaba pendiente!

—Hay un muro invisible alrededor de la ciudad —contestó ella—. ¿Queréis hacer el loco? Entonces vamos a buscar un sitio en el que todo el mundo pueda hacer casi todo lo que quiera, pero no paséis de ese límite, porque acabaréis presos por tráfico de drogas, aunque sólo las estéis consumiendo, o por atentado contra el pudor, porque si no se usan sujetadores, y se mantienen el recato y la moral, este país jamás saldrá adelante.

Paulo estaba un poco sorprendido. Ella se alejó.

—Nos vemos aquí a las nueve de la noche. Te prometí que iba a llevarte a escuchar verdadera música y a bailar.

—Pero no...

—Claro que sí. No faltes, porque nunca un hombre me ha dejado plantada y se ha ido.

Karla tenía sus dudas. Se arrepentía de no haber participado en el baile y los cantos en la calle, se habría acercado más a él. Pero, en fin, son riesgos que corre cualquier pareja.

¿Pareja?

—Me creo todo lo que la gente me dice y siempre acabo decepcionada —solía oír—. ¿A ti no te pasa?

Claro que sí, pero con veintitrés años sabía defenderse mejor. Y la única alternativa —además de confiar en la gente— es convertirse en alguien que vive siempre a la defensiva, incapaz de amar, de tomar decisiones, culpando siempre a los demás por todo lo que sale mal. ¿Qué gracia tiene vivir así?

Todo el que confía en sí mismo confía en los demás. Porque sabe que, cuando lo traicionen —y lo traicionarán, forma parte de la vida—, será capaz de devolver el golpe. Parte de la gracia de la vida está precisamente en eso: correr riesgos.

La discoteca a la que Karla lo había invitado, con el sugerente nombre de *Paradiso*, era en realidad una... iglesia. Una iglesia del siglo XIX, originalmente construida para acoger a un grupo religioso local, que ya a mediados de los años cincuenta se dio cuenta de que no atraía a más gente, a pesar de ser una especie de reforma de la Reforma luterana. En 1965, debido a los costes de mantenimiento, los últimos fieles decidieron abandonar el edificio; dos años después fue ocupado por los hippies, que encontraron allí, en la nave principal, el lugar perfecto para debates, exposiciones, conciertos y actividades políticas.

La policía los expulsó poco después, pero el sitio siguió vacío y los hippies volvieron a manadas; la solución era usar la violencia o dejar que las cosas siguiesen como estaban. Después de una reunión entre representantes de los libertinos peludos y los de la alcaldía, impecablemente vestidos, les permitieron instalar un palco donde estaba el antiguo altar, siempre y cuando pagasen impuestos por cada entrada vendida y tuviesen extremo cuidado con las vidrieras de la parte posterior.

Los impuestos, obviamente, nunca se pagaron; los organizadores siempre alegaban que las actividades culturales eran deficitarias, pero a nadie pareció importarle ni se consideró otra expulsión. Por otro lado, las vidrieras se mantenían limpias, la más mínima grieta se restauraba enseguida con plomo y vidrio de colores, demostrando así la gloria y la belleza del Rey de reyes. Cuando les preguntaban por qué tenían tanto cuidado, los encargados decían:

—Porque son bonitas. Y dio trabajo hacerlas, diseñarlas, ponerlas en su sitio. Estamos aquí para mostrar nuestro arte y respetamos el arte de los que nos precedieron.

Cuando entraron, la gente bailaba al ritmo de uno de los clásicos de la época. La acústica no era de las mejores debido a la gran altura del techo, pero ¿qué más daba? ¿Acaso Paulo había pensado en la acústica al cantar *Hare Krishna* por la calle? Lo más importante era que todos sonreían, se divertían, fumaban, intercambiaban miradas que podían ser de seducción o de simple admiración. En ese momento, ya nadie pagaba ni entradas ni impuestos: el ayuntamiento se había encargado no sólo de evitar que se saltasen la ley, sino también de cuidar la propiedad, subvencionándola.

Por lo visto, además de la mujer desnuda con el tulipán sobre su sexo, había un gran interés en convertir *Ámsterdam* en la capital de cierto tipo de cultura. Los hippies resucitaron la ciudad, y la ocupación hotelera, le había dicho Karla, había aumentado; todos querían ver a esa tribu sin líder, cuyas chicas, se decía —falsamente, por supuesto—, siempre estaban dispuestas a hacer el amor con el primero que pasase.

—Los holandeses son inteligentes.

—Desde luego. Llegamos a conquistar todo el mundo, incluido Brasil.

Subieron a uno de los balcones que rodeaban la nave principal; allí, por un milagro de la acústica inexistente, podían charlar un poco sin la interferencia del elevado volumen de abajo. Pero ni Paulo ni Karla querían charlar; se inclinaron sobre la barandilla de madera para ver a la gente bailar. Ella le sugirió bajar y hacer lo mismo, pero Paulo dijo que lo único que realmente sabía bailar era *Hare Krishna / Hare Rama*. Los dos se rieron, encendieron un cigarrillo que compartieron, y después Karla le hizo un gesto a alguien. A través del humo, Paulo pudo ver que era otra chica.

—Wilma —dijo presentándose.

—Nos vamos a Nepal —comentó Karla.

Paulo se rió de la broma.

Wilma se asustó con el comentario, pero no dejó ver sus emociones. Karla se excusó para hablar con su amiga en holandés y Paulo siguió observando a la gente que bailaba abajo.

¿Nepal? ¿Entonces la chica que acababa de conocer y que parecía disfrutar de su compañía se iba a marchar pronto? Había utilizado un «nos vamos», como si tuviera compañía para esa aventura. ¿A un sitio tan lejano, adonde el billete debía de costar una fortuna?

Le encantaba Ámsterdam, pero sabía la razón: no estaba solo. No se veía obligado a hablar con nadie, había tenido compañía desde el primer momento y le gustaría navegar con ella por todos los sitios de allí. Decir que se estaba enamorando era exagerado, pero Karla tenía un carácter que le encantaba; sabía exactamente adónde quería llegar.

Pero ¿a Nepal? ¿Con otra chica, a la que, aunque no quisiese, se vería obligado a vigilar y proteger, porque así se lo habían enseñado sus padres? Eso iba más allá de sus posibilidades económicas. Sabía que, tarde o temprano, tendría que irse de aquel lugar encantado y su siguiente destino —si se lo permitía la aduana local— sería Piccadilly Circus y la gente de todo el mundo que iba allí.

Karla seguía hablando con su amiga y él fingía que prestaba atención a la música —Simon & Garfunkel, los Beatles, James Taylor, Santana, Carly Simon, Joe Cocker, B. B. King, Creedence Clearwater Revival—, una larga lista que crecía cada mes, cada día, cada hora. Siempre le quedaba la pareja brasileña que había conocido por la tarde, y que podría servirle de puerta hacia otras personas, pero ¿dejar que se marchara así si acababa de llegar?

Oyó los familiares acordes de The Animals y recordó que le había pedido a Karla que lo llevase a una Casa del Sol Naciente. El final de la canción asustaba, sabía de qué trataba la letra, pero aun así el peligro atrae y fascina.

*Oh, mother, tell your children
not to do what I have done.
Spend your lives in sin and misery,
in the House of the Rising Sun.*

[Oh, madre, díles a tus hijos
que no hagan lo que yo hice.
Pasar la vida en la miseria y el pecado
en la Casa del Sol Naciente.]

A Karla le vino la inspiración, tenía que explicárselo a Wilma.

—Menos mal que te has controlado. Podrías haberlo echado todo a perder.

—¿Nepal?

—Sí. Porque un día envejeceré, engordaré, tendré un marido celoso, unos hijos que no me dejarán tiempo para mí, un trabajo de oficina repetitivo, y acabaré acostumbrándome a eso, a la rutina, a la comodidad, al lugar donde vivo. Siempre puedo volver a Róterdam. Siempre puedo disfrutar de las maravillas del seguro de desempleo o de la seguridad social que los políticos nos dan. Siempre puedo llegar a ser presidenta de Shell o de Philips o de United Fruit, porque soy holandesa y sólo confían en la gente de su país. Pero ir a Nepal tiene que ser ahora o nunca: ya estoy envejeciendo.

—¿Con veintitrés años?

—Pasan más rápido de lo que piensas, Wilma, y te aconsejo que hagas lo mismo. Arriésgate ahora, que aún te queda salud y coraje. Estamos de acuerdo en que Ámsterdam es un lugar aburridísimo, pero lo pensamos porque nos hemos acostumbrado. Hoy, al ver al brasileño y cómo le brillaban los ojos, he descubierto que la aburrida era yo. Ya no aprecio la belleza de la libertad, porque me he acostumbrado a ella.

Giró la cabeza y vio a Paulo con los ojos cerrados, escuchando *Stand by Me*. Continuó:

—Necesito redescubrir la belleza, tan sólo eso. Saber que, aunque vaya a regresar un día, todavía hay muchas cosas que no he visto ni experimentado. ¿Adónde irá mi corazón, si no conoce todos los caminos que hay? ¿Cuál será mi próximo destino, si aún no me he marchado de aquí tal como debería haber hecho? ¿Qué colinas voy a escalar, si no tengo cuerda para agarrarme? Vine de Róterdam a Ámsterdam con ese propósito, invité a varios hombres a seguir los caminos inexistentes, a los barcos que nunca llegan a puerto, al cielo sin límites, pero todos se negaron; todos tuvieron miedo de mí o del destino desconocido. Hasta que esta tarde he conocido al brasileño; sin importarle mi opinión, ha seguido a los Hare Krishna por la calle, cantando y bailando. Me han dado ganas de hacer lo mismo, pero mi ansiedad por mostrarme como una mujer fuerte me lo ha impedido. Ahora ya no voy a volver a dudar.

Wilma seguía sin entender muy bien por qué Nepal y cómo la había ayudado él.

—Cuando has llegado y he comentado lo de Nepal, he presentido que era lo más acertado. Porque en ese mismo momento me he dado cuenta de que él no sólo ha sentido asombro, sino también miedo. Supongo que ha sido la diosa la que me ha inspirado para decirlo. No estoy tan ansiosa como por la mañana, como toda la semana; llegué a pensar que no iba a poder cumplir este sueño.

—¿Este sueño es de hace mucho tiempo?

—No. Empezó con el recorte de un anuncio de un periódico alternativo. Desde entonces no se me va de la cabeza.

Wilma iba a preguntarle si había fumado mucho hachís durante el día, pero Paulo se acercó.

—¿Vamos a bailar? —preguntó.

Ella lo cogió de la mano y bajaron juntos a la nave central de la iglesia. Wilma se quedó allí, sin saber adónde ir, pero eso no debería ser un problema durante mucho tiempo; en cuanto la viesen sola, se acercaría alguien para charlar: todo el mundo hablaba con todo el mundo.

Cuando salieron a la fina lluvia y al silencio, sus oídos zumbaban por culpa de la música. Tenían que gritar para hablar.

—¿Vas a andar por aquí mañana?

—Estaré en el mismo sitio en el que nos vimos por primera vez. Después tengo que ir al lugar en el que venden los billetes de autobús para Nepal.

¿Nepal otra vez? ¿Billete de autobús?

—Puedes venir conmigo, si quieres —dijo como si le estuviese haciendo un gran favor—. Pero me gustaría llevarte a pasear fuera de Ámsterdam; ¿has visto algún molino de viento?

Ella se rió de su propia pregunta; era así como el resto del mundo imaginaba su país: zuecos, molinos de viento, vacas, escaparates con prostitutas.

—Nos veremos en el lugar de siempre —contestó Paulo entre ansioso y contento porque ella, aquella belleza con el pelo adornado con flores, una falda larga, un chaleco bordado con espejos, bien peinada, el perfume de pachuli, aquella gran maravilla quería volver a verlo—. Estaré aquí a eso de la una de la tarde. Necesito dormir un poco. Pero ¿no íbamos a una de las casas del sol naciente?

—Dije que te iba a enseñar una. No que iría contigo.

Caminaron menos de doscientos metros hasta un callejón en el que había una puerta sin letrero y no se oía música.

—Ahí tienes una. Me gustaría hacerte dos sugerencias. —Había pensado en la palabra *consejo*, pero habría sido la elección más equivocada del mundo—. No salgas de ahí con nada. La policía, que no vemos, debe de estar en una de esas ventanas, vigilando quién visita el local. Generalmente revisan a los que salen. Y el que lleva algo va directamente a prisión.

Paulo asintió con la cabeza y le preguntó cuál era la segunda sugerencia.

—No pruebes.

Dicho eso, le dio un beso en los labios, un casto beso que prometía mucho, pero que no daba nada, se volvió y se dirigió hacia su habitación. Paulo se quedó allí solo, preguntándose si debía entrar o no. Tal vez fuese mejor volver a la habitación y colocar en la chaqueta los adornos de metal en forma de estrella que había comprado aquella tarde.

Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte y se dirigió hacia la puerta.

El pasillo era estrecho, bajo y mal iluminado. Al final, un hombre de cabeza afeitada y con alguna experiencia en la policía de algún país lo miró de arriba abajo; la famosa «lectura corporal», con la que es posible calcular las intenciones, el grado de nerviosismo, la situación económica y la profesión de la persona. Le preguntó si tenía dinero para gastar. Sí, pero no iba a hacer como en la aduana y tratar de mostrárselo. El hombre dudó durante un segundo, pero lo dejó pasar; no debía de ser un turista, a los turistas no les interesaba aquello.

Había alguna gente acostada en colchones esparcidos por el suelo, otra se apoyaba en las paredes pintadas de rojo. ¿Por qué estaba allí? ¿Para satisfacer una curiosidad mórbida?

Nadie hablaba ni escuchaba música. Incluso su curiosidad mórbida se limitaba a lo que veía, y lo que veía era el mismo brillo —o la falta de él— en los ojos de todos. Intentó hablar con un chico de su edad, tenía la piel dañada y algunas marcas en la cara y en el torso sin camisa, como si le hubiese picado algún insecto y se hubiese rascado hasta que se inflamaron y se pusieron rojas.

Entró otro hombre; parecía diez años mayor que la mayoría de los jóvenes de fuera, pero estaba seguro de que debía de tener, más o menos, su edad. Era, al menos por el momento, el único sobrio. En breve estaría en otro universo, y Paulo se acercó para ver si conseguía algo, aunque sólo fuese una simple frase para un libro que pretendía escribir en el futuro. Su sueño era ser escritor, había pagado un precio muy alto por ello: ingresos en hospitales psiquiátricos, la cárcel y la tortura, la prohibición de la madre de su novia de la adolescencia de acercarse a él, el desprecio de sus compañeros de clase al ver que se vestía de manera diferente.

Y, como venganza, la envidia de todos cuando consiguió su primera novia —guapa y rica— y empezó a viajar por el mundo.

Pero ¿por qué pensaba en sí mismo en un ambiente de tanta decadencia? Porque necesitaba hablar con alguien de allí. Se sentó al lado del joven/viejo que acababa de entrar. Vio que sacaba una cuchara con el mango torcido y una jeringuilla que parecía haber sido usada muchas veces.

—Me gustaría...

El joven/viejo se levantó para sentarse en otro sitio, pero él sacó el equivalente a tres o cuatro dólares del bolsillo y los puso junto a la cuchara en el suelo. El otro lo miró sorprendido.

—¿Eres policía?

—No, no soy policía, ni siquiera soy holandés. Sólo me gustaría...

—¿Eres periodista?

—No. Soy escritor. Por eso estoy aquí.

—¿Qué libros has escrito?

—Ninguno. Primero tengo que investigar.

El otro miró el dinero en el suelo, miró de nuevo a Paulo, dudó que alguien tan joven se dedicase a escribir (a no ser que fuese para los periódicos que formaban

parte del «Correo Invisible»). Alargó la mano hasta el dinero, pero Paulo lo interrumpió.

—Dame cinco minutos solamente. No más de cinco minutos.

El joven/viejo estuvo de acuerdo. Nunca nadie había pagado ni un céntimo por su tiempo desde que había dejado el prometedor puesto de ejecutivo en un gran banco multinacional, desde que había probado por primera vez «el beso de la aguja».

¿El beso de la aguja?

—Eso es. Pinchamos varias veces antes de inyectar la heroína, porque eso que vosotros llamáis *dolor* para nosotros es el prólogo de un encuentro con algo que nunca podréis entender.

Susurraban para no llamar la atención de los demás, pero Paulo sabía que, aunque soltasen en aquel momento una bomba atómica allí dentro, nadie iba a salir corriendo.

—No puedes mencionar mi nombre.

El otro había empezado a hablar y los cinco minutos iban a pasar rápido. Podía sentir la presencia del demonio en aquella casa.

—Y ¿entonces? ¿Qué se siente?

—No se puede describir, hay que probarlo. O creer en la descripción de Lou Reed y la Velvet Underground.

*Cause it makes me feel like I'm a man
when I put a spike into my vein.
And I tell you things aren't quite the same
when I'm rushing on my run
and I feel just like Jesus' son.*

Paulo había escuchado a Lou Reed. No era suficiente.

—Trata de describirlo, por favor. Los cinco minutos se acaban.

El chico respiró hondo. Tenía un ojo en Paulo y el otro en la jeringuilla. Tenía que contestarle ya y librarse del impertinente «escritor» antes de que lo echasen de la casa y se llevase el dinero.

—Supongo que tienes experiencia con las drogas. Sé lo que hacen el hachís y la marihuana: paz y euforia, confianza en uno mismo, ganas de comer y de hacer el amor. Para mí nada de eso es importante, son cosas de una vida que nos han enseñado a vivir. Fumas hachís y piensas: «El mundo es hermoso, al fin me fijo en las cosas», pero, dependiendo de la dosis, haces viajes que te llevan al infierno. Tomas LSD y piensas: «Caramba, cómo no me había fijado antes, la tierra respira y los colores cambian a cada momento». ¿Es eso lo que quieres saber?

Era eso lo que él quería saber. Pero esperó a que el joven/viejo continuase.

—Con la heroína es algo completamente diferente: lo controlas todo: tu cuerpo, tu mente, tu arte. Una enorme, una indescriptible felicidad se apodera del universo.

Jesús en la Tierra. Krishna en tus venas. Buda sonriéndote desde el cielo. No hay alucinaciones, todo es realidad, pura realidad. ¿Te lo puedes creer?

No. Pero no dijo nada, sólo hizo un gesto con la cabeza.

—Al día siguiente no hay resaca, sólo el sentimiento de haber ido hasta el paraíso y haber vuelto a este mundo de patrañas. Entonces vas a trabajar y te das cuenta de que todo es una mentira, la gente trata de justificar su vida, de parecer importante, provocando dificultades a cada momento porque eso les da sensación de autoridad, de poder.

»No soportas más toda esa hipocresía y decides volver al paraíso, pero el paraíso es caro, la puerta es estrecha. El que entra descubre que la vida es bella, que el sol efectivamente tiene rayos, ya no es aquella bola redonda, monótona, a la que no puedes ni mirar. Al día siguiente, vuelves del trabajo en un tren lleno de gente con la mirada vacía, más vacía que la mirada de la gente que hay aquí, pensando en llegar a casa, preparar la cena, encender el televisor, olvidar la realidad. ¡Hombre, la realidad es ese polvo blanco, no la televisión!

A medida que el joven/viejo hablaba, Paulo se sentía más tentado de probar por lo menos una vez, una única vez. El chico lo sabía.

—Con el hachís sé que hay un mundo al cual no pertenezco. Lo mismo ocurre con el LSD. Pero la heroína, tío, la heroína soy yo. Hace que merezca la pena vivir la vida, independientemente de lo que digan los demás. Sólo hay un problema...

Menos mal que tenía un problema. Paulo debía saber cuál era ya, porque estaba a pocos centímetros de la punta de la aguja y de su primera experiencia.

—El problema es que el organismo va aumentando la tolerancia. Yo empecé gastando cinco dólares al día, hoy necesito veinte para llegar al paraíso. Ya he vendido todo lo que tenía; el siguiente paso es mendigar, y después de mendigar me veré obligado a robar porque al demonio no le gusta que la gente conozca el paraíso. Ya sé todo lo que va a pasar, porque les ha pasado a todos los que están hoy aquí. Pero no me importa.

Qué curioso. Cada uno tenía una idea diferente de en qué lado de la puerta estaba el paraíso.

—Creo que ya han pasado los cinco minutos.

—Sí, lo has explicado bien, y te lo agradezco.

—Cuando escribas sobre esto, no hagas como los demás, que condenan lo que no entienden. Sé honesto. Rellena los vacíos con tu imaginación.

Ambos dieron la conversación por terminada, pero Paulo no se movió. Al joven/viejo no le importó. Metió el dinero en el bolsillo pensando que, si había pagado, tenía derecho a mirar.

Puso un polvo blanco en la cuchara de mango torcido y encendió un mechero debajo. Poco a poco, el polvo empezó a hervir y a convertirse en líquido. Le pidió a Paulo que lo ayudase a ponerse la goma para destacar la vena.

—A algunos ya no les queda sitio y se inyectan en el pie, en el dorso de la mano, pero a mí, gracias a Dios, aún me queda un largo camino por delante.

Llenó la jeringuilla con el líquido de la cuchara y, tal como había dicho al principio, clavó la aguja varias veces, anticipando el momento de abrir la puerta. Por fin se inyectó y sus ojos dejaron de estar ansiosos y pasaron a la satisfacción. Cinco o diez minutos después, perderían esa luz y se fijarían en un punto cualquiera del espacio en el que, según él, Buda, Krishna y Jesús debían de estar flotando.

Paulo se levantó y, pasando por encima de la gente tirada en los colchones sucios, haciendo el menor ruido posible, se dirigió hacia la salida, pero el portero de cabeza afeitada no lo dejó pasar.

—Has entrado hace poco tiempo. ¿Ya te vas?

—Sí, no tengo dinero para eso.

—Mentira. Alguien ha visto que le diste algunos billetes a Ted —que debía de ser el nombre del joven/viejo con el que había hablado—. ¿Has venido a buscar clientes?

—De ninguna manera. Sólo he hablado con una persona; más tarde puedes preguntarle de qué hablábamos.

Intentó salir otra vez, pero el cuerpo del gigante se lo impedía. Sintió miedo, aunque sabía que nada malo podía sucederle; Karla había dicho que allí fuera, en las ventanas, los policías vigilaban el local.

—A un amigo mío le gustaría hablar contigo —dijo el gigante señalando una puerta al final de la sala y dejando claro con su tono de voz que tenía que obedecer. Tal vez la historia de los policías había sido una invención de Karla para protegerlo.

Viendo que no tenía otra elección, se dirigió hacia la puerta indicada. Antes incluso de llegar, la abrió un hombre discretamente vestido, con el pelo y las patillas al estilo Elvis Presley. Amablemente le pidió que entrase y le ofreció una silla.

La oficina no tenía nada que ver con lo que solía ver en el cine: mujeres sensuales, champán, hombres con gafas oscuras y alguna arma de gran calibre. Al contrario, era discreta: pintada de blanco, con algunas reproducciones baratas en la pared y nada encima de la mesa, salvo un teléfono. Justo detrás del escritorio, un mueble antiguo pero en excelente estado de conservación, había una foto enorme.

—*La torre de Belém* —dijo Paulo, sin darse cuenta de que hablaba en su lengua.

—Exacto —contestó el hombre, también en portugués—. De allí salimos a conquistar el mundo. ¿Te gustaría tomar algo?

Nada. El corazón aún no le latía con normalidad.

—Bien, supongo que eres una persona ocupada —continuó el hombre, usando una frase que no venía a cuento para nada, pero que indicaba amabilidad—. Te hemos visto entrar, salir, hablar con uno de nuestros clientes, y no pareces un policía disfrazado, sino alguien que, con mucho esfuerzo, ha conseguido llegar a esta ciudad y disfrutar de todo lo que ella ofrece.

Paulo no dijo nada.

—Tampoco te has interesado por el excelente material que ofrecemos aquí. ¿Te importaría enseñarme el pasaporte?

Claro que le importaba, pero ¿iba a negarse? Metió la mano en la bolsa sujeta con elástico en la cintura, lo sacó y se lo tendió. Se arrepintió al momento: ¿y si se quedaba con su pasaporte?

Pero el hombre sólo hojeó las páginas, sonrió y se lo devolvió.

—Ah, pocos países, perfecto. Perú, Bolivia, Chile, Argentina e Italia. Además de Holanda, por supuesto. Supongo que habrás pasado la frontera sin problema.

Sin ningún problema.

—¿Adónde vas ahora?

—A Inglaterra.

Fue lo único que se le ocurrió, aunque no tenía la menor intención de darle a aquel hombre su itinerario completo.

—Me gustaría hacerte una oferta. Tengo que llevar cierta mercancía, que ya imaginarás qué es, hasta Düsseldorf, en Alemania. Son sólo dos kilos, que puedes esconder fácilmente debajo de la camisa. Te compraremos un jersey más grande, por supuesto; todo el mundo lleva jersey y abrigo en invierno. Por cierto, tu chaqueta no va a soportar la temperatura durante mucho tiempo: el otoño está al caer.

Paulo esperó a la propuesta.

—Te pagaremos cinco mil dólares: dos mil quinientos en Ámsterdam, y el resto cuando entregues el material a nuestro proveedor en Alemania. Sólo tienes que cruzar una frontera, nada más. Estoy seguro de que así tu viaje a Inglaterra será muchísimo más confortable. Los de aduanas allí suelen ser muy rígidos, normalmente exigen ver cuánto dinero lleva el «turista».

Aquella propuesta no podía ser de verdad. Era demasiado tentadora, con ese dinero podría pasar dos años viajando.

—Sólo queremos que nos des la respuesta lo antes posible. Lo ideal sería mañana. Por favor, llama a las cuatro de la tarde a este teléfono público.

Paulo cogió la tarjeta que le tendían, con un número imprimido, tal vez porque era un momento en el que estaban distribuyendo mucha mercancía, tal vez por miedo a que analizaran la caligrafía.

—Ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando. Muchas gracias por haber venido a mi modesta oficina. Todo lo que hago es permitir que la gente sea feliz.

Y dicho eso se levantó, abrió la puerta y Paulo salió de nuevo a la sala con la gente apoyada en la pared o acostada en colchones sucios en el suelo. Pasó por el de seguridad, que esta vez sólo le dedicó una sonrisa cómplice.

Salió a la fina lluvia que caía, rogando a Dios que lo ayudase, que lo iluminase, que no lo dejase solo en aquel momento.

Estaba en un lugar de la ciudad que no conocía, no sabía cómo llegar hasta el centro, no tenía mapa, no tenía nada. Un taxi siempre podría ser la solución de emergencia, pero necesitaba andar bajo aquella fina lluvia, que al poco se convirtió

en lluvia de verdad pero seguía sin lavar nada: ni el aire a su alrededor, ni su mente, que no dejaba de pensar en los cinco mil dólares.

Le preguntaba a la gente dónde estaba el Dam y seguía su camino; otro hippie loco que había ido hasta allí y no sabía buscar a su gente. Por fin, un alma caritativa, un hombre que estaba en un quiosco colocando los periódicos del día siguiente, le vendió un mapa y le enseñó el camino que tenía que seguir.

Llegó a la habitación, el portero del turno de noche encendió la luz especial para ver si llevaba el sello del día (siempre se sellaba a los huéspedes antes de salir, con una especie de tinta invisible). No, tenía el sello del día anterior, acababa de pasar veinticuatro horas que parecían no tener fin. Tuvo que pagar otra noche más, pero, «por favor, no me pongas el sello ahora porque voy a ducharme, necesito lavarme, estoy sucio en todos los sentidos».

El portero asintió y le pidió que volviese al cabo de media hora como mucho, porque su turno acababa pronto. Entró en el baño mixto, la gente hablaba en alto, pero volvió a la habitación, cogió el papel con el teléfono que había llevado durante todo el trayecto, volvió de nuevo al baño ya desnudo, con el papel en la mano. Lo primero que hizo fue romperlo en cachitos, mojarlo para no poder volver a unirlo, y lo tiró al suelo. Alguien se quejó; aquél no era el sitio para tirar nada, había que hacerlo en una papelería situada debajo de los lavabos. Otros se quedaron mirando al maleducado que no sabía cuidar del sitio en el que estaba, pero él ni contestó a la mirada ni dio explicación alguna. Sólo obedeció, como hacía mucho tiempo que no obedecía a nadie.

Después volvió a meterse en la ducha y sintió que, sí, ahora era libre. Siempre podía volver al sitio donde se lo habían dado y conseguir otro, pero sabía que lo echarían, había tenido su oportunidad y no la había aprovechado.

Lo cual lo alegraba un montón.

Se echó en la cama. Los demonios se habían ido, estaba seguro. Los demonios que esperaban que hubiese aceptado la oferta para conseguir más súbditos para su reino. Le parecía ridículo pensar de aquella manera, al fin y al cabo la droga ya estaba bastante demonizada, pero en este caso la gente tenía razón. Era realmente ridículo, él, que siempre había defendido las drogas como una forma de ampliación de la conciencia, ahora se veía allí deseando que la policía holandesa dejase de tolerar ninguna Casa del Sol Naciente, los encarcelase a todos y los enviase bien lejos de la gente que sólo deseaba la paz y el amor para el mundo.

Habló con Dios, o con un ángel, porque no podía dormir. Se dirigió al armario en el que guardaba sus cosas, sacó la llave de su cuello, cogió un cuaderno en el que solía anotar algunos pensamientos y algunas experiencias. Pero su intención no era relatar lo que Ted le había contado (era poco probable que escribiese sobre ello en el futuro). Sólo escribió las palabras que, según él, le había dictado Dios:

No hay diferencia entre el mar y las olas.

Cuando la ola sube, está hecha de agua, y cuando rompe en la arena, también está hecha de la misma agua.

Dime, Señor: ¿por qué son iguales? ¿Dónde está el misterio y el límite?

El Señor responde: todas las cosas y las personas son iguales; ése es el misterio y el límite.

Cuando Karla llegó, el brasileño ya estaba allí: ojeras profundas, como si hubiese pasado la noche en vela, o como... Prefirió no pensar en la segunda posibilidad, porque significaba que era alguien en quien no podría confiar nunca más, y ya se había acostumbrado a su presencia y a su olor.

—¿Vamos entonces a ver uno de los símbolos de Holanda, un molino de viento?

Se levantó sin demasiadas ganas y la siguió. Cogieron un autobús y se alejaron de Ámsterdam. Karla le dijo que tenía que comprar un billete —había una máquina expendedora en el tren—, pero él prefirió ignorar el aviso; había dormido mal, estaba cansado de todo, necesitaba recuperar fuerzas. Poco a poco fue recobrando la energía.

El paisaje era siempre el mismo: llanuras enormes, cortadas por diques y puentes levadizos por los que pasaban barcazas transportando algo a algún sitio. No veía molinos de viento por ninguna parte, pero era de día, el sol brillaba otra vez, lo cual hizo que Karla comentase que aquello era raro: siempre llovía en Holanda.

—Ayer escribí algo —dijo Paulo, sacando el cuaderno de su bolsa y leyendo en voz alta.

Ella no dijo ni que le había gustado ni que le había disgustado.

—¿Dónde está el mar?

—El mar estaba aquí. Hay un viejo proverbio: «Dios hizo el mundo y los holandeses hicieron Holanda». Ahora está lejos; no podemos ver un molino de viento y el mar el mismo día.

—No, no quiero ver el mar. Ni siquiera quiero ver el molino de viento, algo que, imagino, les debe de encantar a los turistas. Mi viaje no es de esa clase, como ya deberías saber.

—Y ¿por qué no lo has dicho antes? Estoy harta de hacer este mismo trayecto para enseñarles a mis amigos extranjeros algo que ya ni sirve para su propósito original. Podríamos habernos quedado en la ciudad.

«... e ir directamente al sitio en el que venden los billetes de autobús», pensó. Pero omitió esa parte, había que atacar en el momento adecuado.

—No lo había dicho antes porque...

... sin querer, la historia salió.

Karla se limitaba a escuchar, aliviada y preocupada al mismo tiempo. ¿No era su reacción demasiado exagerada? ¿Era alguien que pasaba de la euforia a la depresión y viceversa?

Cuando terminó de contárselo todo, se sintió mejor. Ella lo había escuchado en silencio y sin juzgarlo. Al parecer, ella no pensaba que había tirado cinco mil dólares a la papelera del baño. No pensaba que era débil (este pensamiento lo hizo sentirse más fuerte).

Por fin llegaron al molino de viento, un grupo de turistas escuchaba las explicaciones: «El más viejo se encuentra en —nombre impronunciable—, el más alto está en —nombre impronunciable—, servían para moler maíz, granos de café, de

cacao, producían aceite, les sirvieron a nuestros navegantes para convertir grandes tablas de madera en navíos y, así, llegamos lejos, se expandió el imperio...».

Paulo oyó el ruido del autobús anunciando su partida, cogió a Karla de la mano y le pidió que volviesen ya a la ciudad, en el mismo autobús en el que habían llegado. Al cabo de dos días ni él ni los turistas iban a recordar para qué servía un molino de viento. No viajaba para aprender ese tipo de cosas.

De regreso, en una de las paradas, entró una mujer, se puso un brazalete con la palabra CONTROL y le fue pidiendo el billete a todo el mundo. Cuando le tocó a Paulo, Karla miró para otro lado.

—No tengo —contestó—. Creí que era gratis.

Seguro que ya había oído ese tipo de disculpa un millón de veces, porque en su respuesta casi ensayada dijo que Holanda era muy generosa, sin duda alguna, pero sólo la gente con un cociente intelectual muy bajo podía creer que también suministraba transporte gratis.

—¿Ha visto algo así en algún lugar del mundo?

Claro que no, pero tampoco había visto... Notó una discreta patada de Karla y decidió no argumentar nada más. Pagó veinte veces el valor del billete, además de tener que sufrir las miradas de los demás pasajeros, todos calvinistas, honestos, respetuosos con el orden establecido y ninguno con pinta de frecuentar el Dam ni sus alrededores.

Cuando bajaron del autobús, Paulo se sentía incómodo. ¿Trataba de imponerle su presencia a aquella chica siempre tan amable, aunque determinada a conseguir siempre lo que quería? ¿No sería el momento de decir adiós y dejar que siguiera con su vida? Apenas se conocían y ya habían pasado más de veinticuatro horas juntos, unidos el uno al otro, como si aquello fuese normal.

Karla debió de leerle el pensamiento, porque lo invitó a ir con ella hasta la agencia en la que iba a comprar el billete para Nepal.

¡En autobús!

Eso iba más allá de cualquier locura que pudiese imaginar.

La agencia en realidad era una oficina diminuta, con un solo trabajador; se presentó como Lars Nosequé, uno de esos nombres imposibles de memorizar.

Karla preguntó cuándo salía el próximo Magic Bus (así lo llamaban).

—Mañana. Sólo quedan dos plazas y seguro que se acaban. Si no, alguien nos parará en la carretera para seguir el trayecto con nosotros.

Bueno, al menos no le iba a dar tiempo a prepararlo todo...

—Y ¿no es peligroso para una mujer ir sola?

—Dudo que estés sola más de veinticuatro horas. Mucho antes de llegar a Katmandú, ya te habrás ligado a todos los pasajeros del sexo masculino. Tú y las demás mujeres que viajan solas.

Por curioso que resulte, Karla JAMÁS había pensado en aquella posibilidad. Había perdido muchísimo tiempo buscando compañía, una panda de chicos cobardes

que sólo estaban dispuestos a conocer aquello que ya conocían (para ellos, incluso América Latina debía de ser una amenaza). Les gustaba sentirse libres siempre que se hallasen a una distancia segura de las faldas de sus madres. Notó que Paulo trataba de disimular su agitación y aquello la alegró.

—Quiero comprar un billete de ida. Ya pensaré en la vuelta.

—¿A Katmandú?

Porque el Magic Bus hacía varias paradas para recoger o dejar pasajeros: Múnich, Atenas, Estambul, Belgrado, Teherán o Bagdad (dependiendo de qué ruta estuviese abierta).

—Hasta Katmandú.

—¿No sientes curiosidad por conocer la India?

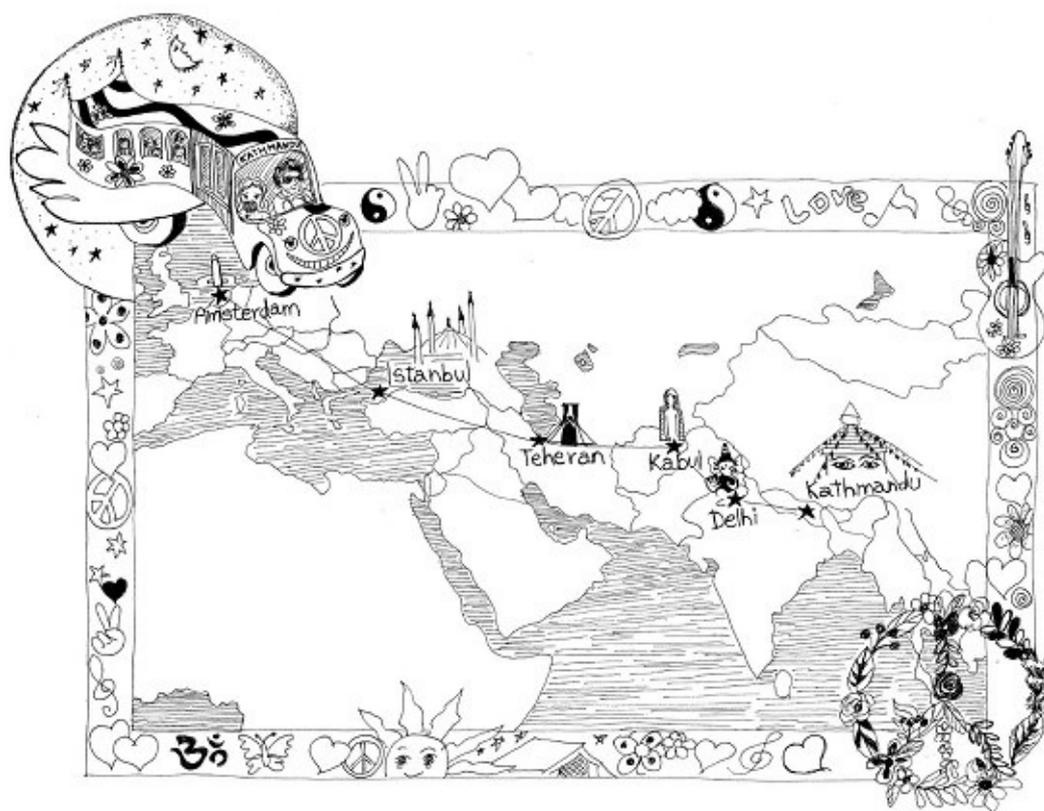
Paulo notó que Karla y Lars flirteaban. ¿Y qué? No era su novia, no era nada más que una recién conocida, amable pero distante.

—¿Cuánto cuesta hasta Katmandú?

—Setenta dólares americanos.

¿Setenta dólares por ir hasta el otro lado del mundo? ¿Qué clase de autobús era aquél? La conversación le parecía increíble.

Karla sacó el dinero de la cintura y se lo entregó al «agente de viajes». Lars cubrió un recibo como los de los restaurantes, sin más identificación que el nombre de la persona, el número de pasaporte y el destino final. Después llenó parte de la hoja con sellos que no valían absolutamente nada, pero que le otorgaban un aspecto respetable al billete. Se lo entregó a Karla acompañado de un mapa del trayecto.



—No se devuelve el dinero en el caso de que las fronteras estén cerradas, haya catástrofes naturales, conflictos armados en el camino, o cosas por el estilo.

Lo entendía perfectamente.

—¿Cuándo sale el próximo Magic Bus? —preguntó Paulo, saliendo de su mutismo y de su malhumor.

—Depende. No somos una línea regular de transporte, como podrás imaginar.

El tono de Lars era ligeramente hostil, lo trataba como si fuese idiota.

—Lo sé, pero no has contestado a mi pregunta.

—En principio, si todo va bien, el Magic Bus de Cortez debería llegar aquí dentro de dos semanas, descansar y seguir de nuevo el viaje antes de final del mes. Pero no puedo garantizar nada. Cortez, igual que otros conductores nuestros...

La manera de decir «nuestros» parecía referirse a una gran compañía, cosa que había negado un poco antes.

—... se aburre de hacer siempre el mismo recorrido, son dueños de sus propios vehículos, y Cortez puede elegir ir hacia Marrakech, por ejemplo. O hacia Kabul. Me lo repite mucho.

Karla se despidió, no sin antes lanzarle una mirada matadora al sueco que tenía delante.

—Si no estuviese tan ocupado, me ofrecería como conductor —dijo Lars, contestando al cumplido sin palabras de Karla—. Así podríamos conocernos mejor.

Para él, la compañía masculina de la chica no existía.

—Ya habrá oportunidad. Cuando vuelva, podemos quedar a tomar un café y ver cómo van las cosas.

Fue en ese momento cuando Lars, dejando a un lado su tono arrogante y de dueño del mundo, dijo algo que nadie esperaba.

—El que llega hasta allí no vuelve, por lo menos, en los siguientes dos o tres años. Es lo que dicen los conductores.

¿Secuestros? ¿Asaltos?

—Nada de eso. El apellido de Katmandú es «Shangri-La», el valle del paraíso. Una vez que te acostumbras a la altitud, allí tienes todo lo que necesitas de la vida. Es difícil que te apetezca volver y vivir de nuevo en una ciudad.

Junto con el billete, le entregó también otro mapa con las paradas marcadas.

—Mañana a las once. Todo el mundo aquí. El que no esté a esa hora, no embarca.

—Pero ¿no es muy temprano?

—Ya tendrás tiempo de sobra para dormir en el autobús.

Karla, que era una persona obstinada y demasiado segura de sí misma, había decidido el día anterior, durante el encuentro en el Dam y en los paseos que dieron después, que Paulo tenía que ir con ella. Le gustaba su compañía, aunque sólo hubiesen pasado juntos algo más de veinticuatro horas. Le gustaba saber que nunca se enamoraría de él, porque ya sentía algo especial por el brasileño y eso tenía que pasarle pronto (para ella, no había nada mejor que convivir con una persona para que sus encantos se disipasen en menos de una semana).

Porque, si seguía así, dejando en Ámsterdam al hombre que creía ideal, su viaje se echaría a perder por el recuerdo constante de él. Y si dejaba que su mente siguiese proyectando aquella imagen de hombre ideal, abandonaría su camino y volvería para casarse con él —lo cual no entraba, de ninguna manera, en sus planes para esta vida— o él se marcharía hacia un lugar lejano, exótico, lleno de indios, con cobras por las calles de las grandes ciudades (aunque consideraba que esta segunda parte tal vez formase parte de la leyenda, como todas las que se contaban de su país).

Así pues, para ella, Paulo era sencillamente la persona adecuada en el momento adecuado. No tenía la menor intención de convertir su viaje a Nepal en una pesadilla, rechazando proposiciones de los demás. Iba porque realmente le parecía la mejor locura, más allá de sus límites; ella, que se había criado prácticamente sin límites.

Nunca seguiría a los Hare Krishna por las calles, nunca se dejaría llevar por los gurús indios que había conocido y que sólo te enseñaban a «vaciar la mente». Como si una mente vacía, completamente vacía, pudiese acercar a alguien a Dios. Después de sus primeras —y frustradas— experiencias en ese sentido, ahora estaba ese contacto directo con la Divinidad, que ella temía y adoraba al mismo tiempo. Lo único que le interesaba era la soledad y la belleza, el contacto directo con Dios, y sobre todo una buena distancia entre ella y un mundo que conocía muy bien y ya no le interesaba.

¿No era demasiado joven para actuar así, para tener esa clase de pensamientos? Siempre podía cambiar de idea en el futuro, pero tal como le había dicho a Wilma en el *coffee shop*, el paraíso —tal como lo concebían los occidentales— era irrelevante, repetitivo y aburrido.

Paulo y Karla se sentaron fuera de una cafetería en la que sólo se servían café y bizcochos; no había ninguno de los productos que se podían adquirir en los *coffee shops*. Los dos mantenían el rostro dirigido hacia el sol, otro día de sol después de la lluvia del día antes, conscientes de que aquello era una bendición que desaparecería de un momento a otro. No se habían dicho ni una palabra desde que habían salido de la «agencia de viajes», la pequeña oficina que también había sorprendido a Karla, que esperaba algo más profesional.

—Y entonces...

—... entonces éste puede ser el último día que pasamos juntos. Tú te vas al este y yo al oeste...

—Piccadilly Circus, donde te vas a encontrar una copia de lo que has visto aquí, la única diferencia será el centro de la plaza. Seguro que la estatua de Mercurio es mucho más bonita que el símbolo fálico del Dam.

Karla no lo sabía, pero desde la conversación en la «agencia», él tenía muchas ganas de acompañarla. Mejor dicho, de conocer sitios a los que sólo se va una vez en la vida, y por sólo setenta dólares. Se negaba a aceptar la idea de que se estaba enamorando de ella, simplemente porque no era una idea real, sólo era una posibilidad, nunca se enamoraría de alguien que no quisiese corresponder a su amor.

Estudió el mapa: cruzar los Alpes, atravesar al menos dos países comunistas, llegar al primer lugar musulmán que iba a conocer en su vida y del que tanto había leído sobre los derviches que giraban, bailaban y recibían a los espíritus, hasta el punto de haber asistido al espectáculo de un grupo que visitó Brasil y actuó en el teatro más chic de la ciudad. Todas aquellas cosas de los libros que, durante mucho tiempo, sólo fueron cosas en libros, ahora podrían hacerse realidad.

Por setenta dólares. Acompañado de gente con el mismo espíritu de aventura.

Sí, Piccadilly Circus sólo era una plaza circular en la que había gente sentada con ropa de colores, en la que los policías no iban armados, las cervecerías cerraban a las once de la noche, de la que partía alguna ruta hasta monumentos históricos y cosas de ese tipo.

Pasados algunos minutos más, ya había cambiado de idea: una aventura es mucho más interesante que una plaza. Los antiguos decían que los cambios son permanentes y constantes, porque la vida pasa rápido. Si las cosas no cambiasen, no habría universo.

¿Podía cambiar de idea así de rápido?

Son muchas las emociones que mueven el corazón humano cuando decide dedicarse al camino espiritual. Puede ser por una causa noble, como la fe, el amor al prójimo o la caridad. O puede ser sencillamente un capricho, el miedo a la soledad, la curiosidad o el deseo de ser amados.

Nada de eso importa. El verdadero camino espiritual es más fuerte que las razones que nos llevaron a él. Poco a poco, se va imponiendo, con amor, disciplina y dignidad. Llega un momento en que miramos hacia atrás, recordamos el inicio de nuestro viaje y nos reímos de nosotros mismos. Hemos crecido, aunque nuestros pies recorrían el camino por motivos que nos parecían muy importantes pero que eran muy fútiles. Fuimos capaces de cambiar de camino en el momento en el que era importante hacerlo.

El amor de Dios es más fuerte que las razones que nos condujeron a Él. Paulo lo creía con toda la fuerza de su alma. El poder de Dios está con nosotros en todo momento y hay que tener coraje para dejar que se manifieste en la mente, en los sentidos, en la respiración; hay que tener coraje para cambiar de idea cuando nos damos cuenta de que sólo somos meros instrumentos de Su Voluntad, y es Su Voluntad la que debemos seguir.

—Supongo que quieres que diga «sí», porque ayer, en el Paradiso, me tendiste una trampa.

—Estás loco.

—Siempre.

Sí, deseaba que él fuese, pero, igual que cualquier mujer que conozca la manera de pensar de los hombres, no podía decir nada. Si decía algo, se iba a sentir dominante o, lo que es peor, dominado. Paulo ya se había dado cuenta del juego; lo llamó *trampa*.

—Contesta a mi pregunta: ¿quieres que vaya?

—A mí me es completamente indiferente.

«Por favor, ven —pensó para sí—. No porque seas un hombre particularmente interesante (en realidad, el sueco de la “agencia” era mucho más firme y determinado). Pero contigo me siento mejor. Me sentí muy orgullosa de ti cuando decidiste seguir mi consejo y salvaste a una gran cantidad de almas con tu decisión de no llevar heroína a Alemania.»

—¿Indiferente? ¿Quieres decir que te da igual?

—Sí.

—En ese caso, si me levanto en este momento, vuelvo a la «agencia de viajes» y compro el billete que falta, ¿no te haría ni más ni menos feliz?

Lo miró y sonrió. Esperaba que su sonrisa lo dijese todo, que estaría muy contenta de que fuese su compañero de viaje, pero no era capaz ni podía expresarlo con palabras.

—Pagas tú los cafés —dijo él, levantándose—. Hoy me he gastado una fortuna con la multa.

Paulo comprendió su sonrisa, y que ella necesitaba disimular su alegría. Por eso dijo lo primero que se le ocurrió:

—Aquí las mujeres siempre comparten la cuenta. No nos crían como objetos sexuales. Y a ti te multaron por no escucharme. Vale, no quiero que me escuches y hoy pago la cuenta.

«Qué aburrimiento de mujer —pensó Paulo—, siempre tiene una opinión formada sobre todo.» Pero, en realidad, le encantaba el modo de afirmar su independencia en todo momento.

Mientras regresaban a la agencia, él le preguntó si realmente creía que podían llegar a Nepal, un lugar tan lejano, pagando un billete tan barato.

—Hace algunos meses tenía mis dudas, incluso después de ver el anuncio de los autobuses a la India, Nepal, Afganistán..., siempre entre setenta y cien dólares. Hasta que leí en el *Ark*, un periódico alternativo, el relato de alguien que fue y volvió; entonces sentí un enorme deseo de hacer lo mismo.

Evitó decir que pensaba ir y no volver hasta pasados muchos años. A Paulo podía no gustarle la idea de hacer solo los miles de kilómetros que los separaban de su

destino.

Pero iba a tener que adaptarse. Vivir es adaptarse.

El famoso Magic Bus nada tenía de mágico, y no se parecía en nada al de los carteles que había visto en la agencia: carrocería de colores, con dibujos y frases. Sólo era un autobús que en su día debió de servir para transporte escolar, con asientos no reclinables y una estantería en la parte superior en la que había bidones de gasolina y neumáticos de repuesto.

El conductor reunió al grupo; tal vez unas veinte personas, todas parecían haber salido de la misma película, aunque las edades podían variar: desde menores de edad que se fugaban de casa (había dos chicas que parecían menores, pero nadie les exigió documento alguno) hasta un señor que mantenía los ojos fijos en el horizonte, como si ya hubiese alcanzado la tan esperada iluminación y hubiese decidido dar un paseo, un largo paseo.

Eran dos conductores: uno que hablaba con acento inglés y el otro con toda la pinta de ser indio.

—Aunque yo detesto las normas, vamos a tener que obedecer algunas. La primera: nadie puede llevar drogas después de pasar la frontera. En algunos países significa cárcel, pero en otros, por ejemplo en África, puede significar la muerte por decapitación. Espero que hayáis entendido bien el mensaje que acabo de dar.

El conductor paró para ver si habían entendido. La gente, definitivamente, parecía haberlo comprendido.

—Debajo, en el portaequipajes, llevo bidones de agua y raciones del ejército. Cada ración contiene: carne en puré, galletas, una barra de cereales con frutas, una chocolatina con nueces o caramelo, zumo de naranja en polvo, azúcar, sal. Preparaos para comer frío durante buena parte del viaje, después de cruzar Turquía.

»Los visados los facilitan en las fronteras: visados de tránsito. Hay que pagar, pero no es demasiado caro. Dependiendo del país, como Bulgaria (bajo el régimen comunista), nadie puede bajar del autobús. Haced vuestras necesidades fisiológicas antes, porque no voy a parar.

El conductor consultó el reloj.

—Hora de partir. Llevad las mochilas dentro, con vosotros, y espero que hayáis traído sacos de dormir. Paramos por la noche, a veces en gasolineras que conozco, pero la mayoría de las veces en el campo, cerca de la carretera. En algunos sitios en los que no es viable ninguna de esas opciones, como Estambul, en Turquía, conocemos hoteles baratos.

—¿No podemos poner las mochilas en el techo del autobús para tener más espacio para las piernas?

—Por supuesto que sí. Pero no te sorprendas si ya no está cuando paremos a tomar café. Dentro, al fondo del autobús, tenemos espacio para el equipaje. Una sola maleta, tal como se indicaba en la parte posterior del folleto con el mapa del viaje. El agua potable no está incluida en el precio del billete, de modo que espero que todos hayáis traído vuestras botellas. Podéis llenarlas en las gasolineras.

—¿Y si pasa algo?

—¿Algo como qué?

—Que alguno de nosotros se ponga enfermo, por ejemplo.

—Tengo un kit de primeros auxilios. Pero, como su propio nombre indica, son primeros auxilios. Lo suficiente para llegar hasta una ciudad y dejar allí al enfermo. Así pues, tened cuidado, mucho cuidado con vuestro cuerpo, igual que pensáis que hacéis con el alma. Supongo que todos estaréis vacunados contra la fiebre amarilla y la viruela.

Paulo tenía la primera: ningún brasileño podía abandonar el país sin ella, porque los extranjeros podían pensar que estaban infectados por todo tipo de enfermedades. Pero no tenía la vacuna de la viruela, ya que en su país se creía que una de las enfermedades infantiles —el sarampión— te inmunizaba.

En cualquier caso, el conductor no le pidió el certificado a nadie. La gente fue entrando y escogiendo enseguida su sitio. Más de uno puso en el asiento de al lado la mochila, que inmediatamente confiscó el conductor, lanzándola hacia la parte de atrás.

—Va a subir más gente a lo largo del camino, egoístas.

Las chicas que parecían menores de edad, posiblemente con pasaportes falsos, se sentaron juntas. Paulo se sentó con Karla e, inmediatamente, organizaron un sistema de rotación para ver quién iba en la ventana. Karla sugirió cambiar de sitio cada tres horas y, durante la noche, para poder dormir bien, quedarse ella en la ventana. A Paulo le pareció una propuesta inmoral e injusta, porque así tendría dónde apoyar la cabeza. Acordaron que se turnarían una noche cada uno en la ventana.

Se pusieron en marcha y el bus escolar, transformado en algo romántico sólo por el nombre, Magic Bus, empezó el viaje de miles de kilómetros que los llevaría al otro lado del mundo.

—Mientras el conductor hablaba, no tuve la sensación de que me dirigía hacia una aventura, sino al servicio militar que estamos obligados a hacer en Brasil —le dijo a su compañera, recordando la promesa que había hecho al bajar los Andes en autobús y todas las veces que la había incumplido.

El comentario enfadó a Karla, pero no podía discutir ni cambiarse de sitio tras sólo cinco minutos de viaje. Sacó el libro de su bolsa de mano y se puso a leer.

—Entonces ¿estás contenta porque vas al lugar que querías? Por cierto, el tipo de la «agencia» nos engañó: aún quedan asientos libres.

—No nos engañó. Ya has oído decir al conductor que va a subir más gente por el camino. Y no voy al lugar que quería: vuelvo.

Paulo no entendió la respuesta, ella no se lo explicó, decidió dejarla en paz y se concentró en la enorme llanura a su alrededor, cortada por canales por todos los lados.

¿Por qué Dios hizo el mundo y los holandeses hicieron Holanda? ¿No había tanta tierra en el planeta esperando a ser habitada?

Dos horas después, ya todos se habían hecho amigos, o por lo menos se habían presentado, ya que había un grupo australiano que, a pesar de ser simpáticos y sonrientes, no estaban muy interesados en conversar. Karla tampoco; fingía que leía aquel libro cuyo título ya había olvidado, pero debía de estar pensando sólo en el destino, en llegar al Himalaya, cuando aún faltaban miles de kilómetros. Paulo sabía por experiencia propia la ansiedad que eso podía provocar, pero no dijo nada; siempre que ella no descargase su mal humor contra él, todo iba bien. En caso contrario, se cambiaría de sitio.

En los asientos de atrás iban dos franceses, un padre con su hija, que parecía neurótica pero excitada; a su lado, una pareja de irlandeses. El chico se presentó enseguida y aprovechó para decir que ya había hecho el viaje una vez, y que ahora llevaba a su novia porque, según él, Katmandú —«si conseguimos llegar allí, por supuesto»— era un lugar en el que uno debía permanecer al menos dos años. Él había vuelto antes por trabajo, pero ahora lo dejaba todo, había vendido su colección de coches en miniatura, obteniendo una buena cantidad de dinero (¿las colecciones de coches en miniatura daban dinero?), había dejado el apartamento, había convencido a su novia para que lo acompañase y tenía una sonrisa de lado a lado en la cara.

Karla oyó la parte «lugar en el que uno debería permanecer durante dos años» e, interrumpiendo la fingida lectura del libro, le preguntó la razón.

Rayan, así se llamaba el irlandés, le explicó que en Nepal sintió que había salido del tiempo, entrando en una realidad paralela en la que todo era posible. Mirthe, la novia de Rayan, no era simpática ni antipática, pero seguramente no estaba muy convencida de que Nepal fuera el lugar en el que debía vivir los próximos años.

Pero, por lo visto, su amor era más fuerte.

—¿Qué quieres decir con *realidad paralela*?

—Ese estado de espíritu del cuerpo y el alma cuando te sientes feliz, con el corazón pleno de amor. De repente, todo lo que forma parte de tu vida diaria pasa a tener un sentido diferente, los colores son más brillantes, lo que antes te molestaba (como el frío, la lluvia, la soledad, estudiar, el trabajo) parece nuevo. Porque, al menos durante una fracción de segundo, entraste en el alma del universo y disfrutaste del néctar de los dioses.

Al irlandés le gustaba tener que explicar con palabras algo que sólo se podía experimentar probando. A Mirthe no parecía gustarle mucho la conversación con la holandesa guapa (también estaba entrando en una realidad paralela opuesta, la que hace que, de un momento a otro, todo parezca feo y opresivo).

—También está el otro lado, cuando pequeños detalles de nuestra vida diaria se convierten en grandes problemas inexistentes —continuó Rayan, como si adivinase el estado de espíritu de su novia—. No hay sólo una, sino muchas realidades paralelas. Estamos en un autobús porque así lo hemos decidido, nos quedan miles de kilómetros por delante y podemos escoger cómo viajar: en busca de un sueño que antes parecía

imposible o pensando que el asiento es incómodo y la gente aburrida. Todo lo que pensemos ahora se manifestará durante el resto del viaje.

Mirthe fingió que no captaba la indirecta.

—Cuando estuve en Nepal por primera vez, parecía que tenía un contrato con Irlanda y dicho contrato no había sido rescindido. Una voz me decía: «Vive ahora, aprovecha cada segundo porque vas a volver a tu país, no olvides sacar fotos para enseñarles a tus amigos, demostrándoles lo intrépido y valiente que fuiste experimentando cosas que les gustaría vivir, pero no tienen coraje».

»Hasta que, un día, fui a visitar una cueva en el Himalaya con más gente. Para nuestra sorpresa, en un lugar en el que prácticamente no nace nada, había una pequeña flor, del tamaño de medio dedo. Pensamos que era un milagro, una señal, y, como muestra de respeto, decidimos darnos la mano y cantar un mantra. En pocos segundos la cueva parecía vibrar, el frío ya no era molesto, las montañas que estaban lejos se acercaron. Y ¿por qué pasó aquello? Porque la gente que antes vivía allí dejó una vibración de amor casi palpable, que podía ejercer influencia sobre cualquier persona u objeto que entrara en aquel lugar. Igual que la semilla de la flor que había llevado el viento, como si el deseo (el enorme deseo que teníamos todos de que el mundo fuese algo mejor) estuviese tomando forma y lo influenciase todo.

Mirthe ya debía de haber oído aquella historia muchas veces, pero Paulo y Karla seguían fascinados por las palabras de Rayan.

—No sé cuánto tiempo duró aquello, pero cuando volvimos al monasterio en el que nos hospedábamos y contamos lo que nos había pasado, uno de los monjes dijo que allí había vivido, durante décadas, alguien a quien se referían como *santo*. También dijo que el mundo ahora cambiaba y que todas las pasiones, absolutamente todas, serían más intensas. El odio sería más fuerte y más destructivo, y el amor mostraría con más brillo su rostro.

El conductor interrumpió la conversación para decirles que, en teoría, deberían coger hacia Luxemburgo y pasar allí la noche, pero suponía que nadie tenía el principado como destino, así que iba a seguir el viaje y parar a dormir al raso, cerca de una ciudad alemana, Dortmund.

—Voy a parar dentro de un poco para que podáis comer algo y, mientras, telefonaré a la oficina, para avisarlos y que los siguientes pasajeros se preparen para embarcar antes de la hora. Si nadie va a Luxemburgo, nos ahorramos unos preciosos kilómetros.

Le aplaudieron. Mirthe y Rayan iban a volver a sus asientos cuando Karla los interrumpió.

—¿No se puede entrar en una realidad paralela sólo meditando y entregándole tu corazón a la Divinidad?

—Es lo que hago todos los días. Pero también pienso todos los días en la cueva. En el Himalaya. En los monjes. Creo que ya he cumplido mi tiempo en eso que llamamos *civilización occidental*. Voy en busca de una vida nueva.

—Aparte de todo, ahora que el mundo efectivamente está cambiando, tanto las emociones positivas como las negativas surgirán con mucha fuerza y yo, nosotros, de hecho, no estamos dispuestos a afrontar el lado malo de la vida.

—No hay necesidad —dijo Mirthe, participando en la conversación por primera vez y demostrando, en la práctica, que en pocos minutos había superado el veneno de los celos.

Paulo, en cierto modo, sabía todo aquello. Ya había experimentado cosas parecidas. La mayoría de las veces en las que pudo elegir entre la venganza y el amor, había elegido el amor. No siempre fue la mejor elección, a veces pensaban que era cobardía, a veces él mismo pensaba que era más motivado por el miedo que por la sincera voluntad de mejorar el mundo. Era un ser humano con todas sus debilidades, no entendía todo lo que ocurría en su vida, pero sí deseaba creer que iba en busca de la luz.

Por primera vez desde que entró en aquel autobús entendió que ya estaba escrito, que tenía que hacer aquel viaje, conocer a aquella gente, hacer algo por lo que rezaba pero que no siempre tenía coraje para hacer: entregarse al universo.

Poco a poco se fueron formando grupos, a veces por el idioma, otras veces porque había algún interés no verbal en juego (como sexo, por ejemplo). Salvo para las dos chicas jóvenes —seguramente menores de edad, que evitaban relacionarse con todos para no ser el centro de atención, y no lo eran—, los cinco primeros días pasaron rápido porque se estaban conociendo e intercambiaban experiencias. La monotonía no había embarcado y la rutina se rompía parando sólo en gasolineras para repostar y rellenar las botellas de agua, para tomar algún bocadillo y un refresco, para ir al baño. El resto eran conversaciones, conversaciones y más conversaciones.

Todos dormían bajo las estrellas, la mayoría de las veces pasando mucho frío, pero contentos de poder ver el cielo sabiendo que podían hablar con el silencio, dormir en compañía de ángeles casi visibles, dejar de existir durante algunos instantes —aunque sólo fuese por una fracción de segundo— para sentir la eternidad y el infinito alrededor.

Paulo y Karla se unieron a Rayan y a Mirthe; mejor dicho, Mirthe se unió a disgusto, porque ya había oído aquella historia sobre realidades paralelas muchas veces en su vida. Su presencia allí se reducía, por tanto, a ejercer una constante vigilancia sobre su hombre para no verse obligada a volver a mitad de camino por no haber conseguido algo muy simple: seguir siendo una mujer interesante, incluso después de casi dos años juntos.

Paulo también había notado el interés del irlandés, que a la primera de cambio les preguntó qué relación tenían, y recibió la respuesta directa de Karla:

—Ninguna.

—¿Buenos amigos?

—Ni eso. Sólo compañeros de viaje.

¿Acaso no era verdad? Decidió aceptar las cosas tal como eran y dejar a un lado el romanticismo. Eran como dos marineros navegando hacia algún país; a pesar de que ocupaban el mismo camarote, uno dormía en la litera de abajo y el otro en la de arriba.

Cuanto más se interesaba Rayan en Karla, más insegura y furiosa se sentía Mirthe —sin demostrarlo, por supuesto, porque eso habría sido un síntoma inaceptable de sometimiento—, que se fue acercando a Paulo, sentándose a su lado mientras charlaban y, alguna que otra vez, apoyando la cabeza en su hombro, mientras Rayan les contaba todo lo que había aprendido después de volver de Katmandú.

—¡Qué maravilla!

Después de seis días de viaje, el ánimo dio lugar al tedio y la rutina se coló e invadió el ambiente. Como ya nadie tenía novedades que contar, pensaban que no habían hecho prácticamente nada aparte de comer, dormir al raso, tratar de encontrar una mejor postura en el asiento, abrir y cerrar las ventanas por culpa del humo de los cigarrillos, aburrirse con sus propias historias y con las conversaciones de los demás (que nunca perdían una oportunidad para lanzar una pequeña pulla aquí y allí, como suelen hacer siempre los seres humanos cuando están en rebaño, aunque el rebaño sea pequeño y esté lleno de buenas intenciones como aquél).

Hasta que aparecieron las montañas. Y el valle. Y el río que corría por el desfiladero. Alguien preguntó dónde estaban y el indio dijo que acababan de entrar en Austria.

—Dentro de un rato vamos a bajar y parar cerca del río que corre por ahí, para que todos podáis bañaros. Nada mejor que el agua helada para convencer a la gente de que tiene sangre en las venas y pensamientos que pueden ser desechados.

Todos se animaron con la idea de la completa desnudez, la libertad absoluta, el contacto con la naturaleza sin intermediarios.

El conductor se metió por una carretera pedregosa, el autobús se balanceaba de un lado a otro y algunos gritaron pensando que iban a volcar, pero el conductor se reía. Por fin llegaron a la orilla de un riachuelo, o, mejor dicho, un brazo del río que salía del cauce, formando una pequeña curva en la que el agua estaba más tranquila y que después volvía a la corriente.

—Media hora. Aprovechad para lavar las cosas que usáis.

Todos corrieron hacia las mochilas. Formaba parte de cualquier equipaje hippie una pequeña toalla de manos, un cepillo de dientes, trozos de jabón, porque siempre solían acampar en lugar de hospedarse en hoteles.

—Resulta graciosa esa historia de que no nos bañamos. Posiblemente somos más limpios que la mayoría de los burgueses que nos acusan.

¿Acusan? Y ¿a quién le importaba eso? El simple hecho de admitir las críticas ya le daba poder al que criticaba. El que hizo ese comentario recibió una serie de miradas furiosas. Nunca prestaron la menor atención a lo que decían los demás, lo que era verdad a medias, porque les gustaba llamar la atención con sus ropas y sus flores, y aquella sensualidad expresa y provocativa a cada paso, y los escotes que insinuaban los senos sin sujetador, cosas por el estilo. Y faldas largas, porque era más sensual y más elegante, según habían decidido los estilistas colectivos, cuyo nombre nadie sabía. La sensualidad, por cierto, no era una manera de atraer a los hombres, sino de sentir orgullo de su propio cuerpo y hacer que todos lo supiesen.

El que no tenía toalla cogió camisetas de repuesto, camisas, jerséis, ropa interior..., en fin, cualquier cosa que le sirviese para secarse. Bajaron y, a medida que se acercaban a la orilla, se fueron quitando toda la ropa, excepto las dos chicas que

parecían menores, que también se quitaron la ropa, pero se dejaron puestas las bragas y el sujetador.

Había corrientes de aire relativamente fuertes y el conductor dijo que estaban en un sitio alto y seco, de modo que la humedad y el aire ayudarían a que todo se secase más rápido.

—Por eso he decidido parar aquí.

Desde la carretera allá arriba no se veía nada de lo que pasaba. Las montañas impedían que el sol se asomase, pero la belleza era tal —rocas a ambos lados, pinos prendidos en ellas, piedras pulidas por siglos de erosión— que lo primero que hicieron fue lanzarse sin pensar al agua fría, de golpe, gritando, salpicándose unos a otros, un momento de comunión entre los diferentes grupos que se habían formado, como diciendo: «Por eso somos peregrinos, porque pertenecemos a un mundo que detesta estar parado».

«Si permanecemos en silencio durante una hora, podemos escuchar a Dios —pensó Paulo—. Pero si gritamos de alegría, Dios también nos escuchará y vendrá hasta aquí a bendecirnos.»

El conductor y su ayudante, que ya debían de haber visto una infinidad de cuerpos desnudos de jóvenes que no tenían el menor reparo en mostrarse, dejaron al grupo bañándose y fueron a comprobar la presión de los neumáticos y el nivel de aceite.

Era la primera vez que Paulo veía a Karla desnuda y tuvo que controlarse para no ponerse celoso. Sus pechos no eran ni grandes ni pequeños, le recordaba a la modelo que había visto en la sesión de fotos en el Dam; mejor dicho, era mucho, muchísimo más hermosa.

Pero la verdadera reina era Mirthe, de largas piernas, proporciones perfectas, una diosa caída en un valle cualquiera en mitad de los Alpes en Austria. Sonrió cuando se dio cuenta de que Paulo la estaba observando y él le devolvió la sonrisa, sabiendo que aquello no era más que un juego para provocar los celos de Rayan y hacer que se apartase de la tentación holandesa. Como todos sabemos, un juego con segundas intenciones puede convertirse en realidad, y por un momento Paulo soñó que aquello fuese verdad y decidió que a partir de ahí iba a dedicarle más tiempo a la mujer que, por voluntad propia, se acercaba cada vez más a él.

Los viajeros lavaron sus ropas, las dos chicas aburridas fingieron que no había un grupo de más de veinte personas desnudas a su lado, y de repente parecían haber encontrado algún tema interesante del que hablar. Paulo lavó y escurrió la camisa y el calzoncillo, pensó lavar el pantalón y ponerse el de repuesto que siempre llevaba, pero supuso que era mejor dejarlo para el siguiente baño colectivo: los vaqueros servían para todo, pero no secaban rápido.

Le pareció ver una pequeña capilla en la cima de una de las montañas y los surcos en la vegetación dibujados por ríos temporales que debían de formarse en primavera, cuando se derretía la nieve. En ese momento eran caminos de arena que bajaban desde lo alto.

El resto era el caos absoluto, el caos de las piedras negras mezcladas con otras piedras, sin ningún orden, sin ninguna estética, lo que las hacía particularmente hermosas. No hacían nada, ni siquiera organizarse o acomodarse para resistir mejor los constantes ataques de la naturaleza. Podían estar allí hacía millones de años, o hacía sólo dos semanas. Había señales en la carretera advirtiendo a los conductores del riesgo de desprendimientos, lo que significaba que las montañas aún estaban en construcción, estaban vivas, las piedras se buscaban unas a otras igual que hacen los seres humanos.

El caos era hermoso, era la fuente de la vida, era como él se imaginaba el universo allí fuera, y también en su interior. No era una belleza fruto de comparaciones, de oraciones, ni de deseos, sino sencillamente una manera de vivir su larga vida bajo la forma de piedras, de pinos que amenazan con despeñarse por las montañas, pero que debían de llevar allí muchos años porque sabían que eran bienvenidos, agradables a los ojos de las piedras, y a ambos les encantaba hacerse compañía unos a otros.

—Allí arriba hay una iglesia o una ermita —comentó alguien.

Sí, todos la habían visto, y pensaban que la habían descubierto, pero ahora sabían que no; se preguntaban en silencio si viviría alguien allí o estaría abandonada desde hacía muchos años, por qué la pintaron de blanco en un sitio en el que las rocas eran negras, cómo habían conseguido llegar hasta allí para construirla... En fin, ahí estaba la ermita, lo único ajeno al primitivo caos del entorno.

Permanecieron allí, mirando los pinos y las rocas, tratando de averiguar dónde estaba la cima de aquellas montañas a ambos lados, poniéndose ropa limpia y siendo conscientes, una vez más, de que un baño puede curar muchos de los dolores que insisten en permanecer estancados en la cabeza.

Hasta que sonó la bocina; era hora de retomar el viaje, algo que la belleza del lugar les había hecho olvidar.

Por lo visto, Karla era obsesiva con ciertos asuntos.

—Pero ¿cómo aprendiste eso de las realidades paralelas? Porque una cosa es tener una epifanía, una revelación en una cueva, pero volver a hacer otra vez todos estos kilómetros es otra. Las experiencias espirituales no se tienen sólo en un sitio: Dios está en todas partes.

—Sí, Dios está en todas partes. Siempre lo tengo cerca cuando camino por los campos de Dooradoyle, el sitio en el que vive mi familia desde hace varios siglos, o cuando voy a Limerick a ver el mar.

Estaban sentados en un restaurante de carretera, cerca de la frontera con Yugoslavia, donde había nacido y crecido un gran amor de su vida. Hasta el momento nadie —ni Paulo— había tenido problema con los visados. Sin embargo, por el hecho de ser un país comunista, se sentía inquieto, aunque el conductor dijo que nadie debía preocuparse: Yugoslavia, al contrario que Bulgaria, estaba fuera del Telón de Acero. Mirthe estaba al lado de Paulo, Karla al lado de Rayan, y todos mantenían cierto aire de «todo va bien», aunque en el fondo supiesen que tal vez se avecinaba un intercambio de parejas. Mirthe había dicho ya que no pretendía quedarse mucho tiempo en Nepal. Karla había afirmado que tal vez iba para no volver nunca.

Rayan continuó:

—Cuando vivía en Dooradoyle, una ciudad que deberíais visitar algún día, aunque llueva mucho, creí que mi destino era pasar el resto de mis días allí, igual que mis padres, que no han ido ni a Dublín para ver la capital de su país, o como mis abuelos, que vivían en el campo, nunca vieron el mar y pensaban que Limerick era una ciudad «demasiado grande». Durante años hice lo que me pedían: clase, trabajar en un minimercado, clase, jugar al rugby porque la ciudad tenía un equipo local que se esforzaba pero nunca consiguió clasificarse para la gran liga nacional, ir a la iglesia católica porque formaba parte de la cultura y de la identidad de mi país, al contrario que los que viven en Irlanda del Norte.

»Estaba acostumbrado a eso, salía los fines de semana para ver el mar, siendo aún menor de edad tomaba una cerveza porque conocía al dueño del pub y me iba obligando a aceptar mi destino. Al fin y al cabo, qué hay de malo en llevar una vida sosegada y tranquila, mirando aquellas casas construidas tal vez por el mismo arquitecto, saliendo de vez en cuando con una chica, yendo a los establos fuera del pueblo y descubrir el sexo (sin gracia o no, era sexo, eran orgasmos, aunque nunca quise penetrarla por miedo a ser castigado por mis padres o por Dios).

»En los libros de aventuras todos siguen sus sueños, van a lugares increíbles, atraviesan algunos momentos difíciles, pero al final vuelven victoriosos y cuentan sus batallas en los mercados, en los teatros, en las películas..., en fin, en cualquier sitio en el que haya alguien para escucharlas. Leemos esos libros y pensamos: mi destino va a ser así, voy a conquistar el mundo, me haré rico, volveré a mi tierra como un héroe y todos me tendrán envidia, respeto por lo que hice. Las mujeres sonreirán a mi paso, los hombres se quitarán el sombrero y me pedirán que les cuente, por enésima

vez, alguna anécdota, cómo fui capaz de aprovechar la única oportunidad que tuve en la vida para convertirla en millones y millones de dólares. Pero esas cosas sólo pasan en los libros de aventuras.

El indio (o árabe) que se turnaba en la conducción con el chófer principal fue a sentarse con ellos. Rayan continuó su historia.

—Serví en el ejército, como la mayor parte de los chicos de mi ciudad. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés. Pero no hice el servicio militar, libré porque mi padre consiguió lo que conocemos como «tercera categoría», o sea, reservista de reservista, y pude pasar todo ese tiempo viajando. Supongo que hace doscientos años que Brasil no entra en una guerra.

—Yo lo hice —dijo el indio—. Desde que conseguimos la independencia, mi país no sale de una guerra, no declarada, con el vecino. Todo por culpa de los ingleses.

—Todo es culpa de los ingleses, siempre —asintió Rayan—. Todavía ocupan la parte norte de mi país y, el año pasado, justo al volver de un paraíso llamado Nepal, los problemas se agravaron. Ahora Irlanda está en pie de guerra, después de los enfrentamientos entre católicos y protestantes. Están enviando tropas.

—Sigue con lo que estabas contando —interrumpió Karla—. ¿Cómo fuiste a parar a Nepal?

—Malas influencias —dijo Mirthe, riéndose.

Rayan también se rió.

—Tiene toda la razón. Mi generación fue creciendo y mis amigos del colegio fueron emigrando a América, donde hay una enorme comunidad de irlandeses; todo el mundo tiene un tío, un amigo, una familia allí.

—Ahora me dirás que eso también es culpa de los ingleses.

—Eso también es culpa de los ingleses. —Fue el turno de Mirthe para entrar en la conversación—. Intentaron matar a nuestro pueblo de hambre dos veces. La segunda, en el siglo XIX, provocaron algún tipo de peste en la patata, nuestro principal alimento, y la población empezó a disminuir. Se estima que una octava parte de la población murió de hambre, ¡hambre!, y dos millones de personas tuvieron que emigrar para poder comer. Gracias a Dios, de nuevo, América nos recibió con los brazos abiertos.

Aquella chica, que parecía una diva venida de otro planeta, se puso a disertar sobre las dos epidemias de hambre, algo de lo que Paulo nunca había oído hablar. Miles de muertos, nadie que apoyase al pueblo, luchas de independencia y cosas por el estilo.

—Hice Historia —dijo ella.

Karla intentó volver al tema que le interesaba —Nepal y la realidad paralela—, pero hasta que les dijo a todos cuánto había sufrido Irlanda, cuántos cientos de miles de personas habían muerto de hambre, cómo sus grandes líderes revolucionarios habían sido fusilados tras dos tentativas de sublevación, cómo finalmente un

americano (¡sí, un americano!) consiguió un tratado de paz para una guerra que no se acababa nunca, no paró.

—Pero nunca más, *nunca más*, va a volver a pasar. Nuestra resistencia ha mejorado mucho. Tenemos el IRA y vamos a llevar esa guerra a su tierra, con bombas, asesinatos, todo lo que podamos. Tarde o temprano, en cuanto consigan una buena disculpa, van a tener que sacar sus asquerosas botas de nuestra isla. —Y dirigiéndose al indio—: Como hicisteis en tu país.

El indio —llamado Rahul— iba a contarles lo sucedido allí, pero esta vez Karla habló con un tono más fuerte y más decidido:

—¿Podemos dejar que Rayan termine su historia?

—Mirthe tiene razón: fueron las «malas influencias» las que me hicieron ir a Nepal por primera vez. Cuando servía en el ejército, solía ir a un pub en Limerick, cerca del cuartel. Había de todo: juego de dardos, de billar, pulsos, para demostrar lo machos que eran y lo preparados que estaban ante cualquier desafío. Uno de los clientes era un oriental que casi no hablaba, sólo bebía dos o tres vasos de nuestro monumento nacional, la cerveza negra Guinness, y se iba antes de que el dueño del bar tocase la campana anunciando que ya eran casi las once de la noche, la hora de cerrar.

—Culpa de los ingleses.

Efectivamente, la tradición de cerrar a las once de la noche había sido determinada por Gran Bretaña antes de la guerra para impedir que los pilotos borrachos atacasen Alemania, o que los soldados indisciplinados se levantasen tarde y desmoralizasen al ejército.

—Un bonito día, cansado de oír siempre la misma historia sobre marcharse a América en cuanto fuese posible, le pedí permiso y me senté a la mesa del oriental. Estuvimos así una media hora; pensaba que no hablaba inglés y no quería avergonzarlo. Pero, antes de irme, dijo algo que se me quedó en la cabeza: «Estás aquí, pero tu alma está en otro lugar, en mi tierra. Ve al encuentro de tu alma».

»Asentí, levanté el vaso para brindar, pero no entré en mayores detalles. Mi rígida educación en el catolicismo me impedía pensar en otra cosa que no fuesen cuerpo y alma unidos esperando el encuentro con Cristo después de la muerte. Los orientales tienen esa manía, pensé.

—Sí —comentó el indio.

Rayan se dio cuenta de que lo había ofendido y decidió autoflagelarse.

—Nosotros tenemos una peor aún, que es creer que el cuerpo de Cristo está en el pan. No te enfades conmigo.

El indio hizo un gesto con la mano, como diciendo «no tiene la menor importancia», y Rayan pudo por fin terminar parte de su historia; sólo una parte, porque en breve todos se iban a ver interrumpidos por la energía del mal.

—En fin, ya estaba dispuesto a volver a mi aldea, a cuidar de los negocios, mejor dicho, de la lechería de mi padre, mientras el resto de mis amigos iba a cruzar el

Atlántico y a ser recibidos por la estatua de la Libertad, pero el comentario del oriental no se me iba de la cabeza aquella noche. Porque, en realidad, por más que intentase convencerme de que todo iba bien, pensando en casarme con alguna chica algún día, teniendo hijos, apartados de ese ambiente lleno de humo e improperios donde vivía, no conocía siquiera otras ciudades aparte de Limerick y Dooradoyle. Nunca sentí curiosidad por parar en el camino y visitar al menos los pueblos, aldeas, mejor dicho, que había entre las dos.

»Creía que era suficiente, más seguro y más barato viajar con libros o películas; nadie en este planeta podía contemplar campos tan lindos como los que me rodeaban. Aun así, volví al día siguiente al pub, me senté a la mesa del oriental y le pregunté, aunque sabía que ciertas preguntas conllevan el enorme riesgo de ser contestadas, a qué se refería. Dónde estaba su tierra.

En Nepal.

—Cualquier estudiante de segundo grado sabe que hay un lugar que se llama Nepal, sabía el nombre de su capital, pero ya lo ha olvidado y lo único que recuerda es que está muy lejos. Puede ser en América del Sur, en Australia, en África, en Asia, pero con toda seguridad no estaba en Europa, porque ya habría conocido a alguien de allí, visto alguna película, o leído algún libro.

»Le pregunté a qué se refería con su comentario del día anterior. Tuve que decirle el comentario, ya no se acordaba bien. Se quedó mirando el vaso de Guinness sin decir nada durante bastante tiempo, pero, al final, rompió el silencio: “Si te dije eso, tal vez deberías ir a Nepal”. “Y ¿cómo se va?” “Del mismo modo que llegué yo aquí: en autobús.”

»Y se fue. Al día siguiente, cuando me quise sentar a su mesa para conocer mejor la historia de mi alma esperándome lejos, dijo que prefería estar solo, como de hecho hacía todas las noches.

»Bueno, si era un lugar al que podía llegar en autobús y si conseguía que alguien me acompañase, quién sabe si algún día visitaría el país.

»Fue cuando conocí a Mirthe, en Limerick, sentada en el mismo sitio en el que yo me ponía para contemplar el mar. Pensé que ella no sentiría ningún interés por un chico de interior, cuyo destino no era el Trinity College de Dublín, donde ella estaba acabando sus estudios, sino la O’Connell Dairy Milk, en Dooradoyle. Conectamos inmediatamente y en una de nuestras conversaciones le hablé de aquel hombre extraño de Nepal y le conté lo que me había dicho. En breve, yo iba a volver a casa definitivamente y todo aquello (Mirthe, el pub, los amigos del cuartel...), todo sería una etapa más en mi vida. Sin embargo, Mirthe me sorprendió con su cariño, su inteligencia y, ¿por qué no decirlo?, su belleza. Si ella creía que yo merecía su compañía, eso me daría seguridad y más autoconfianza en el futuro.

»Durante un largo fin de semana, la semana antes de finalizar el servicio militar, me llevó a Dublín. Conocí el sitio en el que vivió el autor de *Drácula* y su Trinity College, algo mejor de lo que yo podía soñar. En uno de los pubs cerca de la

universidad, bebimos hasta que el dueño tocó la campana, mientras miraba en las paredes las fotos de autores que formaban parte de la historia de nuestra tierra: James Joyce, Oscar Wilde, Jonathan Swift, Yeats, Samuel Beckett, Bernard Shaw. Al final de nuestra conversación, ella me tendió un papel en el que ponía cómo llegar a Katmandú. Había un autobús que salía cada quince días de la estación de metro de Totteridge and Whetstone.

»Creí que ya se había cansado de mí, que me quería lejos, muy lejos, y cogí el papel sin la menor intención de ir a Londres.

Oyeron que llegaba un grupo en motos acelerando a tope, con la marcha en punto muerto. Desde donde estaban sentados no podían ver cuántas eran, pero el sonido les pareció agresivo y fuera de lugar. El encargado del restaurante comentó que iban a cerrar pronto, pero nadie en las otras mesas se movió.

Rayan fingió no oír y continuó su historia.

—Mirthe me sorprendió con su comentario: «Descontando el tiempo del viaje, que no te voy a decir ahora para que no te desanimes, quiero que vuelvas exactamente después de estar allí dos semanas. Te estaré esperando, pero si no llegas en la fecha que creo que debes llegar, no volverás a verme nunca más».

Mirthe se rió. No habían sido exactamente ésas sus palabras; se parecían más a «ve a buscar tu alma, porque yo ya he encontrado la mía». Lo que no le dijo aquel día, y tampoco diría ahora, era: «Mi alma eres tú. Rezaré todas las noches para que vuelvas sano y salvo, nos encontremos y nunca más te apartarás de mi lado, porque tú me mereces y yo te merezco».

—¿Me estaría esperando? ¿A mí, el futuro dueño de la O'Connell Dairy Milk? ¿Qué interés tendría en un chico con tan poca cultura y tan poca experiencia? ¿Por qué era tan importante seguir el consejo de un tipo extraño que conocí en un pub?

»Pero Mirthe sabía lo que hacía. Porque en el momento en que pisé aquel autobús, después de haberme leído todo lo que encontré sobre Nepal y después de mentirles a mis padres diciéndoles que el ejército había prolongado mi tiempo de servicio, por mal comportamiento, y me enviaba a una de sus bases más lejanas, en el Himalaya, me convertí en otra persona. Partí siendo un polluelo, volví como un hombre. Mirthe fue a esperarme, dormimos en su casa y desde entonces nunca más nos hemos separado.

—Ése es el problema —dijo ella, y todos en la mesa sabían que estaba siendo sincera—. Claro que no quería un idiota a mi lado, pero tampoco esperaba que alguien me dijese «ahora tienes que volver allí conmigo».

Se rió.

—Y, lo que es peor, ¡que yo aceptaría!

Paulo se sentía incómodo por estar sentado al lado de Mirthe, con las piernas tocándose y, de vez en cuando, el cariño que ella le hacía en la mano. La mirada de

Karla había cambiado: aquél no era el hombre que buscaba.

—Y, ahora, ¿hablamos de las realidades paralelas?

Pero habían entrado en el restaurante cinco personas vestidas de negro, con la cabeza rapada, cadenas en la cintura, tatuajes de cosas como espadas y estrellas ninja, que se habían dirigido hacia la mesa y habían rodeado al grupo sin decir nada.

—Aquí está vuestra cuenta —dijo el encargado del restaurante.

—Pero aún no hemos terminado de comer —rebatía Rayan—. Y tampoco hemos pedido la cuenta.

—La he pedido yo.

Era uno del grupo que había entrado. El indio hizo amago de levantarse, pero alguien lo empujó para que volviera a sentarse.

—Antes de salir, Adolf quiere estar seguro de que no vais a volver. Detestamos a los vagabundos. Nuestro pueblo es ley y orden. Orden y ley. Los extranjeros no son bienvenidos. Volved a vuestra tierra con vuestras drogas y vuestro libertinaje.

¿Extranjeros? ¿Drogas? ¿Libertinaje?

—Saldremos de aquí cuando hayamos terminado de comer.

Paulo se enfadó por el comentario de Karla. ¿Para qué provocar más? Sabían que estaban rodeados de gente que realmente odiaba todo lo que ellos representaban. Las cadenas colgadas en los pantalones, los guantes de moto con adornos de metal muy distintos de los que él había comprado en Ámsterdam. Pinchos destinados a intimidar, a lastimar, a herir gravemente cuando una de aquellas manos soltase un golpe.

Rayan se volvió hacia el que parecía ser el jefe, más viejo, con arrugas en la cara, que asistía a todo en silencio.

—Somos de tribus diferentes, pero somos de tribus que combaten lo mismo. Vamos a terminar y salir. No somos enemigos.

El jefe, por lo visto, tenía dificultades para hablar, porque se puso un amplificador en el cuello antes de contestar.

—No somos de ninguna tribu —dijo la voz metálica del instrumento—. Marchaos ahora.

Hubo un momento interminable, en el que las mujeres miraban a los desconocidos a los ojos, los hombres sopesaban sus posibilidades y los recién llegados esperaban en silencio, salvo uno, que se volvió hacia el dueño del restaurante y le dijo a gritos:

—¡Desinfecta estas sillas después de que se vayan! ¡Seguro que tienen la peste, enfermedades venéreas, y vete a saber qué más!

El resto de la gente que allí había no parecía prestar la menor atención a lo que estaba sucediendo. Puede que hubiera sido alguno de ellos el que hubiese avisado al grupo, alguien que se tomaba como una agresión personal el simple hecho de que haya personas libres en el mundo.

—Marchaos de aquí, cobardes —dijo otro del grupo de recién llegados, con una calavera bordada en la cazadora de cuero negro—. Seguid recto y a menos de un

kilómetro estaréis en un país comunista, donde seguramente seréis bienvenidos. No vengáis aquí a influenciar negativamente a nuestras hermanas y a nuestras familias. Tenemos valores cristianos, un gobierno que no admite el desorden, y respetamos a los demás. Meted el rabo entre las piernas y marchaos.

Rayan estaba rojo. El indio parecía indiferente, tal vez porque ya había presenciado esa escena con anterioridad, tal vez porque, según Krishna, no se puede abandonar la lucha cuando se está en el campo de batalla. Karla se encaraba con los hombres de cabeza rapada, sobre todo con aquél al que le había contestado, diciéndole que no había terminado de comer. Debía de tener ganas de gresca, ahora que ya sabía que el viaje en autobús era más aburrido de lo que esperaba.

Mirthe cogió su bolsa, sacó la parte del dinero que le correspondía de la cuenta y lo puso sin prisas encima de la mesa. Después se dirigió hacia la puerta. Uno de los hombres le impidió el paso, otro momento tenso que nadie quería que terminase en pelea, pero ella lo empujó —sin delicadeza y sin miedo— y continuó su camino.

Los demás se levantaron, pagaron su parte de la cuenta y salieron, lo que, en teoría, significaba que realmente eran unos cobardes, capaces de afrontar un largo viaje hasta Nepal, pero predispuestos a la fuga al menor contratiempo. El único que parecía dispuesto a enfrentarse a todos era Rayan, pero el indio —Rahul— lo cogió del brazo y lo sacó de allí, mientras uno de los cabezas rapadas jugueteaba con la hoja de su navaja, estirándola y volviendo a plegarla.

Los franceses, padre e hija, también se levantaron, pagaron la cuenta y salieron con los demás.

—Usted puede quedarse —dijo el jefe, con la voz metálica del amplificador pegado al cuello.

—No puedo. Estoy con ellos y me parece una vergüenza que algo así suceda aquí, en un país libre, de paisajes magníficos. La última impresión que nos llevamos de Austria es el río que baja por un desfiladero, los Alpes, la belleza de Viena, el magnífico conjunto de la abadía de Melk. A esta banda de malhechores...

La hija empujó a su padre, que no dejó de hablar.

—... que no representan al país los olvidaremos rápido. Salimos de Francia para encontrarnos con esto.

Uno de los tipos se acercó por detrás y le dio un golpe en la espalda al francés. El conductor inglés se puso entre los dos y sus ojos parecían de acero; miraba al jefe sin decir nada, y no era necesario, porque su presencia en aquel momento parecía asustarlos a todos. La hija empezó a gritar. Los que ya estaban en la puerta hicieron amago de volver, pero el indio se lo impidió. Era una batalla perdida.

Se acercó, agarró a padre e hija del brazo y los sacó de allí. Se dirigieron al autobús. El conductor fue el último en salir, sin darle la espalda en ningún momento al jefe de la banda, sin miedo.

—Vamos a salir de aquí, retroceder algunos kilómetros y dormir en una ciudad cercana.

—¿Y huir de ellos? ¿Para eso hacemos un viaje tan largo, para huir a la primera pelea?

Habló el hombre de más edad. Las chicas jóvenes parecían asustadas.

—Eso es. Vamos a huir —dijo el chófer mientras conducía—. Ya he huido anteriormente por varios motivos las pocas veces que he hecho este viaje. Y no me parece humillante. Peor sería amanecer con las ruedas cortadas, y no poder seguir el viaje porque sólo tengo dos ruedas de repuesto.

Llegaron a la ciudad. Estacionaron en una calle que parecía tranquila. Todos estaban tensos y asustados por el episodio del restaurante; pero ahora eran un grupo, capaz de resistir cualquier agresión. Aun así, decidieron dormir dentro del autobús.

Aunque les costó mucho, trataron de conciliar el sueño, pero dos horas después unas potentes luces iluminaron el interior del vehículo.

Polizei.

Uno de los policías abrió la puerta y dijo algo. Karla hablaba alemán, les explicó que querían que se bajasen todos sin llevar nada, sólo con lo puesto. A esa hora el aire estaba helado, pero los policías —hombres y mujeres— no les permitieron coger nada. Tiritaban de frío y de miedo, pero a nadie parecía importarle.

Los policías entraron en el vehículo, abrieron bolsas, mochilas, las vaciaron y lo tiraron todo al suelo. Descubrieron una pipa de agua, que normalmente se usa para hachís.

El objeto fue confiscado.

Pidieron ver todos los documentos, leyeron atentamente con las linternas, vieron el sello de entrada, estudiaron cada página para ver si eran falsificaciones: iluminaban la foto del pasaporte y la cara de cada persona. Cuando llegaron a las niñas «mayores de edad», uno de ellos se dirigió al coche y habló por radio. Esperó un poco, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se acercó de nuevo a las dos.

Karla traducía.

—Tenemos que llevarlas al encargado de menores de la ciudad, y sus padres pronto estarán aquí. Pronto, de hecho, puede ser dentro de dos días o de una semana, dependiendo de si hay o no billetes de avión y autobús, o coche alquilado.

Las chicas parecían en estado de shock. Una de ellas se puso a llorar, pero la policía siguió con su monótono tono:

—No sé adónde pretendíais llegar y no me interesa. Pero de aquí no pasáis. Me sorprende que hayáis cruzado tantas fronteras sin que nadie se haya dado cuenta de que os habíais fugado de casa.

Se volvió hacia el conductor.

—Podría inmovilizarle el autobús por estar estacionado en un lugar prohibido. No lo hago porque quiero que se vayan lo antes posible, lo más lejos posible. ¿No se dio usted cuenta de que eran menores de edad?

—He visto que los pasaportes decían otra cosa, distinta de lo que usted afirma ahora.

La policía iba a seguir la conversación, explicarle que habían falsificado los documentos, que se veía la edad de ambas, que se fugaron de casa porque una de ellas aseguraba que en Nepal el hachís era mucho mejor que en Escocia (o eso era lo que decía el informe que habían leído en la comisaría). Que los padres estaban desesperados. Pero decidió no hacerlo, a los únicos que tenía que darles explicaciones era a sus superiores.

Recogieron los pasaportes y les pidió que los acompañase. Ellas se quejaron, pero la policía encargada de llevárselas no les hizo el menor caso; ninguna de las dos hablaba alemán, y los guardias, aunque posiblemente sabían inglés, se negaron a hablar en otra lengua.

La mujer policía entró con ellas en el autobús, les pidió que recogiesen sus cosas en medio de aquel desorden, lo que les llevó un rato, mientras los demás se congelaban allí fuera. Finalmente, salieron y se las llevaron en uno de los coches de la policía.

—Moveos —fue el comentario del teniente que acompañaba al grupo.

—Si no han encontrado nada, ¿por qué motivo tenemos que movernos? —preguntó el conductor—. ¿Podemos buscar un sitio en el que se pueda estacionar sin riesgo de que nos confisquen el vehículo?

—Hay un descampado cerca, antes de entrar en la ciudad; podéis dormir allí. Y marchaos en cuanto salga el sol, aquí no queremos ni ver a gente como vosotros.

Todos iban cogiendo sus documentos y entrando en el autobús. El conductor y el indio, su sustituto, no se movían.

—¿Cuál es nuestro delito? ¿Por qué no podemos pasar la noche aquí?

—No estoy obligado a contestar a tu pregunta. Pero si prefieres que os llevemos a todos a comisaría, donde tendréis que esperar en una celda sin calefacción a que nos pongamos en contacto con vuestros países de origen, por nosotros no hay problema. Podemos acusarte de rapto de menores.

Uno de los coches se fue con las chicas y nadie de aquel autobús supo jamás qué hacían ellas allí.

El teniente miraba al conductor, el conductor miraba al teniente, el indio los miraba a ambos. Finalmente, el conductor cedió, subió al autobús y se puso en marcha.

El teniente se despidió con una mirada irónica. Esa gente no merecía andar libre, deambulando de un lado a otro del mundo, esparciendo el germen de la rebelión. Lo sucedido en Francia en mayo de 1968 era suficiente, había que contener aquello como fuese.

Sí, mayo de 1968 nada tenía que ver con los hippies ni sus semejantes, pero la gente podía confundir las cosas y querer destruirlo todo en todas partes.

¿Le gustaría estar con ellos? De ninguna manera. Tenía una familia, casa, hijos, comida, amigos en el cuerpo de policía. Estar tan cerca de una frontera comunista ya no era suficiente. Alguien escribió en un periódico que los soviéticos habían cambiado de táctica y usaban a la gente para corromper las costumbres y volverlas contra el gobierno. Pensaba que era una locura, sin el menor sentido, pero prefería no arriesgarse.

Todos comentaron lo absurdo de la situación que habían vivido, menos Paulo, que parecía haber perdido el habla y cambiado de color. Karla le preguntó si estaba bien —no podía admitir que su compañero de viaje sentía miedo de la primera autoridad que encontraban—, él contestó que estaba muy bien, que había bebido demasiado y que estaba mareado. Cuando el autobús paró en el lugar indicado por el guardia, fue el primero en bajar para vomitar en la carretera, discretamente, sin que nadie lo viese porque sólo él conocía sus dolores, su pasado en Ponta Grossa, el terror que siempre lo invadía cada vez que cruzaba una frontera. Y, lo que era peor, el terror de saber que su destino, su cuerpo, su alma, estarían siempre supeditados a la palabra *policía*, nunca se iba a sentir seguro. Era inocente cuando lo encerraron y lo torturaron, seguía sin cometer ningún delito salvo, tal vez, el uso esporádico de ciertas drogas, que nunca llevaba encima, incluso en Ámsterdam, donde no habría pasado absolutamente nada.

En fin, la tortura y la prisión habían quedado atrás en la realidad física, pero seguían estando presentes en la realidad paralela, en una de las muchas vidas que vivía al mismo tiempo.

Se sentó lejos de todo el mundo, sólo quería silencio y soledad, pero Rahul, el indio, se acercó con lo que parecía ser una especie de té blanco y frío. Paulo lo bebió, sabía a yogur caducado.

—Dentro de un rato te sentirás mejor. No te acuestes ni trates de dormir ahora. No te molestes en dar explicaciones: algunos organismos son más sensibles que otros.

Se quedaron callados. La sustancia empezó a hacer efecto en quince minutos. Paulo se levantó para unirse al grupo, que ya había encendido una hoguera y bailaba al son de la radio del autobús. Bailaban para expulsar a los demonios, bailaban para demostrar que, quisiesen o no, eran más fuertes.

—Quédate un poco más —insistió el indio—. Tal vez deberíamos rezar juntos.

—Ha sido una intoxicación alimentaria —le explicó Paulo.

Pero, por la mirada del indio, supo que no lo creía. Volvió a sentarse. El indio se puso delante de él.

—Digamos que eres un guerrero frente a la batalla y, de repente, el Señor Iluminado asiste al combate. Digamos que tu nombre es Arjuna y te pide que no seas cobarde, que sigas adelante y cumplas tu destino, porque nadie puede matar ni morir, el tiempo es eterno. Sucede que tú, que eres humano, ya has pasado por una situación semejante en una de esas vueltas de este tiempo circular y ves que la situación se repite; aunque sea diferente, las emociones son las mismas. ¿Cómo te llamas realmente?

—Paulo.

—Entonces, Paulo, no eres Arjuna, el general todopoderoso que temía herir a sus enemigos porque se creía un buen hombre, y a Krishna no le gustó lo que oyó, Arjuna

se estaba otorgando un poder que no tenía. Eres Paulo, de un país lejano, que tiene momentos de valentía y momentos de cobardía, como cualquiera de nosotros. En los momentos de cobardía te invade el miedo.

»Y el miedo, al contrario de lo que muchos dicen, tiene sus raíces en el pasado. Algunos gurús de mi país afirman: “Al caminar hacia delante, tendrás miedo de lo que puedas encontrar”. Pero ¿cómo voy a tener miedo de lo que pueda encontrar si aún no sé lo que es el dolor, la separación ni la tortura interior o exterior?

»¿Recuerdas a tu primer amor? Entró por una puerta abierta llena de luz y permitiste que lo invadiese todo, que iluminase tu vida, que encantase tus sueños, hasta que, como pasa siempre con el primer amor, un día se fue. Debías de tener unos siete u ocho años, ella era una niña guapa de tu edad, se buscó un novio mayor y te dejó, sufriendo, diciendo que nunca más volverías a amar, porque amar es perder.

»Pero volviste a amar; es imposible concebir una vida sin ese sentimiento. Y seguiste amando y perdiendo, hasta que encontraste a alguien...

Paulo pensó que al día siguiente iban a entrar en el país de origen de una de las personas a las que le había abierto su corazón, enamorándose y —otra vez— perdiendo a la que le había enseñado tantas cosas importantes, incluso fingir coraje en los momentos de desesperación. Realmente era como la rueda de la fortuna que giraba en el espacio circular, llevándose las cosas buenas y devolviendo dolores, llevándose dolores y trayendo cosas buenas.

Karla los miraba mientras hablaban y vigilaba a Mirthe con el rabillo del ojo, para que no se acercase. Aquello estaba durando mucho. ¿Por qué no volvía y bailaba un poco alrededor de la hoguera, para abandonar de una vez aquella maléfica vibración que se había instalado en el restaurante y seguía en la pequeña ciudad en la que habían aparcado el autobús?

Pero decidió seguir bailando un rato más, mientras las chispas de la madera llenaban de luz el cielo sin estrellas.

La música la controlaba el conductor, que también se recuperaba de aquella noche, aunque no era la primera vez que pasaba por algo así. Cuanto más alto y cuanto másailable fuese, mejor. Pensó en la posibilidad de que apareciese de nuevo la policía para pedirles que se marchasen, pero decidió relajarse; no iba a aterrorizarse sólo porque alguna gente que se cree dueña de la autoridad y, en consecuencia, del mundo, había intentado estropearle un día de su vida. Vale, había sido un solo día, pero un solo día era el bien máspreciado que tenía sobre la faz de la Tierra. Un solo día, que su madre le pidió en su lecho de muerte. Un solo día valía más que todos los reinos del planeta.

Michael —así se llamaba el conductor— había hecho algo impensable tres años antes; después de estudiar Medicina, sus padres le dieron un Volkswagen usado que utilizó una semana después para marcharse a Sudáfrica, en lugar de utilizarlo para pavonearse delante de las chicas o de sus amigos de Edimburgo. Había ahorrado lo suficiente para pasar dos o tres años viajando, trabajando en clínicas particulares como interno remunerado. Su sueño era conocer el mundo, porque ya conocía bien el cuerpo humano y sabía lo frágil que era.

Después de un infinito número de días atravesando las antiguas colonias francesas e inglesas, procurando atender a los enfermos y consolar a los afligidos, se familiarizó con la idea de tener la muerte siempre cerca y se prometió a sí mismo que nunca, en ningún momento, dejaría que los pobres sufriesen ni dejaría de darles confort a los abandonados. Descubrió que la bondad tenía un efecto redentor y protector; nunca, en ningún momento, tuvo dificultades ni pasó hambre. El Volkswagen, que no había sido fabricado para aquello y ya tenía doce años, sólo sufrió un pinchazo mientras cruzaba uno de aquellos países en guerra constante. Pero el bien que Michael hacía, sin saberlo, lo precedía y, en cada aldea, lo recibían como el hombre que salvaba vidas.

Por una de esas casualidades de la vida, encontró un puesto de la Cruz Roja en una bonita aldea, cerca de un lago en el Congo. También había llegado hasta allí su fama: le suministraron vacunas para la fiebre amarilla, medicinas, algún material quirúrgico, y le pidieron que bajo ningún concepto se involucrase en ningún conflicto, que se limitase a cuidar de los heridos de ambos lados. «Ése es nuestro objetivo —le explicó un joven de la Cruz Roja—. No interferir, sólo curar.»

El viaje que Michael planeó hacer en dos meses se prolongó durante casi un año. Cada kilómetro que recorría —casi nunca solo, generalmente llevaba a mujeres que ya no podían andar después de muchos días en la carretera huyendo de la violencia y de las guerras tribales que se extendían por todas las regiones—, pasaba por infinitos controles y sentía que había algo que lo ayudaba. Le pedían el pasaporte y lo dejaban pasar, tal vez por haber curado a un hermano, a un hijo, a un amigo de alguno.

Aquello lo impresionó mucho. Hizo un voto a Dios, pidiendo vivir cada día como servidor, un día, un único día, de la imagen de Cristo, por el que sentía una inmensa devoción. Pensaba ordenarse cura en cuanto llegase al final del continente africano.

Cuando llegó a Ciudad del Cabo, decidió descansar antes de buscar una orden religiosa y hacerse seminarista. Su gran ídolo era san Ignacio de Loyola, que había hecho lo mismo, viajando por gran parte del mundo y fundando la orden de los jesuitas cuando fue a estudiar a París.

Encontró un hotel sencillo y barato y decidió descansar durante una semana, para descargar toda aquella adrenalina y recuperar la paz. Trataba de no pensar en nada de lo que había visto; volver atrás no vale de nada, sólo sirve para ponernos unos grilletes ficticios en los pies y acabar totalmente con cualquier vestigio de esperanza en la humanidad.

Miraba hacia delante, pensaba en cómo iba a vender el Volkswagen, contemplaba desde la mañana hasta la noche las vistas al mar desde su ventana. Veía cambiar los colores del sol y del agua, en función de la hora, y allá abajo, caminando por el paseo marítimo, veía a los blancos con sus sombreros de explorador, sus pipas, sus mujeres, vestidas como si estuviesen en la corte en Londres. Allí abajo, en la zona que bordeaba el paseo, no había negros, sólo blancos. Eso lo entristecía más de lo que esperaba, la segregación racial era oficial en el país, pero por el momento —al menos, por el momento— no podía hacer nada, sólo rezar.

Rezaba de la mañana a la noche pidiendo inspiración, preparándose para hacer por décima vez los ejercicios espirituales de san Ignacio. Quería estar listo cuando el momento llegase.

Al tercer día, por la mañana, mientras tomaba café, dos hombres de traje claro se acercaron a su mesa.

—Así que eres tú el que ha honrado el nombre del Imperio británico.

El Imperio británico ya no existía, había sido sustituido por la Commonwealth, pero a él le sorprendieron las palabras del hombre.

—Sólo un día cada vez —fue su respuesta, consciente de que no lo entenderían.

De hecho, no lo entendieron, porque la conversación derivó por el camino más peligroso que podía imaginar.

—Eres bien recibido y respetado por donde vas. Necesitamos gente como tú para trabajar con nosotros en el gobierno británico.

Si el hombre no hubiese añadido lo de «gobierno británico», podría haber pensado que lo invitaban a ir a alguna de las minas, de las plantaciones, de las fábricas de procesamiento de minerales, como capataz o incluso como médico. Pero *gobierno británico* significaba otra cosa. Michael era un buen hombre, pero no tenía nada de ingenuo.

—Gracias, no quiero. Tengo otros planes.

—¿Cómo?

—Hacerme cura. Servir a Dios.

—Y ¿no crees que estarías sirviendo a Dios si sirvieses a tu país?

Michael comprendió que no podía seguir en el sitio al que le había costado tanto llegar. Debía volver a Escocia en el primer vuelo disponible: tenía dinero para hacerlo.

Se levantó sin dejar que el otro siguiese con la conversación. Sabía a qué lo «invitaban» tan amablemente: espionaje.

Tenía buenas relaciones con los ejércitos tribales, había conocido a mucha gente, y lo último, realmente lo último que pretendía hacer era traicionar la confianza de los que creían en él.

Cogió sus cosas, le dijo al gerente que le gustaría que le vendiese el coche y le dio la dirección de un amigo para que le enviase el dinero, se fue al aeropuerto y, once horas después, desembarcaba en Londres. Mientras esperaba el tren que lo llevaría

hasta el centro, en el tablón de anuncios vio uno escondido entre ofertas de empleo para asistentes, compañeras de habitación, camareras, chicas interesadas en trabajar en cabarets: «Necesitamos conductores para Asia». Antes incluso de dirigirse al centro, cogió el anuncio y se fue derecho a la dirección indicada, una pequeña oficina con una placa en la puerta: BUDGET BUS.

—El puesto ya está cubierto —contestó el chico de pelo largo, abriendo la ventana para que saliese el olor a hachís—. Pero creo que en Ámsterdam buscan gente cualificada. ¿Tienes experiencia?

—Mucha.

—Entonces vete allí. Diles que te manda Ted: ellos me conocen.

Le tendió un folleto en el que había un nombre más gracioso que Budget Bus: Magic Bus. «Conoce los países a los que nunca pensaste llegar. Precio: setenta dólares por persona (incluye sólo el viaje). El resto tráelo tú (excepto drogas, porque te cortarían la cabeza antes de llegar a Siria).»

Había una foto de un autobús pintado de colores y gente delante de él, haciendo con los dedos el símbolo de la paz y el amor, tan común a Churchill y a los hippies. Fue a Ámsterdam y lo aceptaron inmediatamente; por lo visto, la demanda era mayor que la oferta.

Ése era su tercer viaje y no se cansaba de atravesar los desfiladeros de Asia. Cambió de música y puso un casete cuya música había elegido él mismo. La primera era Dalida, una egipcia que vivía en Francia y era famosa en toda Europa. La gente se animó aún más; la pesadilla había pasado.

Rahul vio que el brasileño estaba casi totalmente recuperado.

—Me di cuenta de que con aquella banda de maleantes vestidos de negro reaccionaste sin mayor preocupación. Estabas preparado para la pelea, pero habría sido un problema para nosotros: somos los peregrinos, no los dueños de la tierra. Dependemos de la hospitalidad ajena.

Paulo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pero cuando apareció la policía te quedaste paralizado. ¿Huyes de algo? ¿Has matado a alguien?

—Nunca, pero de haber podido lo habría hecho hace algunos años, sin duda. El problema es que nunca les vi la cara a mis posibles víctimas.

A grandes rasgos, para evitar que el indio pensase que le estaba mintiendo, le contó lo ocurrido en Ponta Grossa. El indio no manifestó especial interés.

—Ah, entonces tienes un miedo más común de lo que piensas: la policía. Todo el mundo le tiene miedo a la policía, incluso la gente que siempre respeta la ley.

El comentario tranquilizó a Paulo. Vio que Karla se acercaba.

—¿Por qué no estáis con los demás? Ahora que se han ido las otras chicas, ¿vais a ocupar su lugar?

—Vamos a rezar. Eso es todo.

—¿Puedo participar yo también de esa oración?

—Bailar también es una manera de alabar a Dios. Vuelve y sigue bailando.

Pero Karla, la segunda chica más guapa del autobús —la primera era Mirthe—, no se dio por vencida. Quería rezar como lo hacen los brasileños. Los indios ya sabía cómo lo hacían porque los había visto en Ámsterdam varias veces, con sus extrañas posturas, la pintura entre los ojos y la mirada fija en el infinito.

Paulo sugirió que todos se diesen la mano y, cuando se disponía a decir el primer verso de la oración, Rahul lo interrumpió:

—Dejemos la oración con palabras para otro momento. Lo mejor es que hoy recemos con el cuerpo..., bailando.

Se dirigió hacia la hoguera y ambos lo siguieron, porque todos entendían el baile y la música como una manera de liberarse del cuerpo. Una manera de decirse «esta noche estamos aquí juntos y alegres, a pesar de que las fuerzas del mal hayan intentado separarnos. Estamos aquí juntos y seguiremos juntos por la carretera que está ante nosotros, a pesar de que las fuerzas de las tinieblas deseen impedirnos seguir adelante».

—Estamos aquí juntos, pero un día, tarde o temprano, tendremos que decir adiós. Aunque no nos conozcamos bien, aunque no hayamos intercambiado palabras que podríamos haber intercambiado, estamos aquí juntos por una de esas misteriosas razones. Ésta es la primera vez que el grupo baila alrededor de una hoguera, como hacían los antiguos cuando estaban más cerca del universo y veían en las estrellas de la noche, en las nubes y en las tempestades, en el fuego y en el viento movimiento y armonía, y por eso bailaban, para celebrar la vida.

»El baile lo transforma todo, lo exige todo, y no juzga a nadie. El que es libre baila, aunque esté en una celda o en una silla de ruedas, porque bailar no sólo es repetir ciertos movimientos, también es hablar con Alguien superior y más poderoso que todo y que todos, es usar un lenguaje que está más allá del egoísmo y del miedo.

Allí, aquella noche, en septiembre de 1970, después de haber sido expulsados de un bar y humillados por la policía, aquella gente bailaba y daba gracias a Dios por vivir una vida tan interesante, tan llena de cosas nuevas, tan desafiante.

Atravesaron sin grandes problemas todas las repúblicas que constituían un país llamado Yugoslavia (donde se unieron otros dos chicos más, un pintor y un músico). Cuando cruzaron Belgrado, la capital de Yugoslavia, Paulo recordó con cariño —pero sin añoranza— a su antigua novia, con la que había viajado por primera vez fuera del país, que le había enseñado a conducir, a hablar inglés, a hacer el amor. Se dejó llevar por la imaginación y la imaginó, con su hermana, corriendo por aquellas calles para resguardarse de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial.

—En cuanto sonaban las sirenas, íbamos al sótano. Mi madre nos cogía a las dos en su regazo, nos decía que abriésemos la boca y nos cubría con su propio cuerpo.

—¿Abrir la boca para qué?

—Para evitar que el ruido ensordecedor de las explosiones nos rompiera los tímpanos y nos quedásemos sordas para el resto de nuestras vidas.

En Bulgaria, los seguía siempre un coche con cuatro tipos siniestros dentro (por acuerdo mutuo entre las autoridades y el conductor). El viaje, tras la explosión de alegría colectiva en una ciudad de la frontera de Austria, empezó a hacerse monótono. Estaba prevista una parada durante una semana en Estambul, pero aún faltaba mucho para llegar allí; mejor dicho, ciento noventa kilómetros, que no eran absolutamente nada después de haber rodado más de tres mil.

Dos horas después, vio los minaretes de dos grandes mezquitas.

¡Estambul! ¡Estaban llegando!

Había planeado detalladamente cómo iba a pasar el tiempo que estuviesen allí. Había ido a un espectáculo de derviches, con faldas de vuelo, que giraban sobre sí mismos. Lo había fascinado, decidió que iba a aprender aquel baile hasta comprender que no era solamente un baile, sino una manera de entrar en contacto con Dios. Sus seguidores se llamaban *sufís* y todo lo que había leído al respecto lo había excitado aún más. Su plan era ir algún día a Turquía para entrenar con los derviches o con los sufís, pero suponía que eso sería en un futuro lejano.

¡Pero allí estaba! Las torres se iban acercando, en la carretera había cada vez más coches, el atasco, más paciencia, más espera; sin embargo, antes de amanecer al día siguiente, estaría entre ellos.

—Calculad sobre una hora para llegar —dijo el conductor—. Vamos a pasar aquí una semana, no porque sea un viaje turístico, como ya deberíais saber, pero antes de salir de Ámsterdam...

¡Ámsterdam! ¡Parecía que habían pasado varios siglos!

—... nos avisaron de que, a principios de mes, un intento de asesinato del rey de Jordania convirtió en campo minado una zona por la que tenemos que pasar. Desde

que salimos he ido siguiendo lo que ocurría, por lo visto la situación está más tranquila, pero ya en Ámsterdam decidimos que no íbamos a arriesgarnos.

»Seguiremos adelante con nuestro plan; también porque tanto yo como Rahul estamos cansados de la monotonía y tenemos que comer, beber, divertirnos. La ciudad es barata, mejor dicho, *baratísima*, los turcos son increíbles y el país, a pesar de todo lo que vais a ver en las calles, no es musulmán, sino laico. Sin embargo, les sugiero a nuestras bellezas que eviten la ropa más atrevida y que nuestros adorados chicos no provoquen ninguna pelea si alguien hace algún tipo de comentario jocoso respecto al pelo largo.

El recado estaba dado.

—Otra cosa: cuando aún estábamos en Belgrado y telefoneé para decir que todo iba bien, me enteré de que alguien nos busca para hacer una entrevista sobre lo que significa ser hippie. La agencia dijo que era importante, porque así podría hacer publicidad de sus servicios, y yo no tuve ánimo para decir que no.

»El periodista sabía dónde íbamos a parar para repostar y comer, y me esperaba allí. Me hizo un montón de preguntas pero no supe contestar a ninguna de ellas; lo único que dije fue que vuestra alma y vuestro cuerpo son libres como el viento. El periodista, de una gran agencia de noticias francesa, me preguntó si podía enviar a alguien de su sucursal de Estambul para hablar directamente con uno de vosotros, le dije que no lo sabía, pero como vamos a hospedarnos todos en el mismo hotel, el más barato que encontramos, con habitaciones compartidas para cuatro personas...

—Yo pago más, pero no voy a compartir la habitación. Dormiremos mi hija y yo en una habitación para dos.

—Yo igual —dijo Rayan—. Habitación para dos.

Paulo miró interrogativamente a Karla, que finalmente se pronunció.

—Habitación para dos nosotros también.

A la segunda musa del autobús le gustaba demostrar que tenía al brasileño flacucho bajo su yugo. El dinero que habían gastado hasta entonces era mucho menos de lo que habían imaginado (sobre todo porque vivían a base de bocadillos y dormían en el autobús la mayor parte del tiempo). Días antes, Paulo contaba su fortuna: 821 dólares, después de infinitas semanas de viaje. El aburrimiento de los últimos días había amansado un poco a Karla y ahora había más contacto corporal entre ellos: uno dormía sobre el hombro del otro y de vez en cuando se daban la mano. Era una sensación extremadamente agradable y cariñosa, aunque nunca se besaban ni había mayores intimidades.

—Entonces va a venir un periodista. Si no os apetece, no estáis obligados a nada. Me limito a comentar lo que me han dicho.

El tráfico avanzó un poco más.

—He olvidado algo muy importante —dijo el conductor después de que Rahul le comentase algo en voz baja—. Es facilísimo comprar droga en la calle, desde hachís hasta heroína. Igual de fácil que en Ámsterdam, París, Madrid o Stuttgart, por

ejemplo. Sin embargo, si os pillan, nadie, absolutamente nadie, podrá sacaros de la cárcel a tiempo para seguir el viaje. Por tanto, avisados estáis, y espero que lo hayáis entendido bien, muy bien.

Avisados estaban, pero Michael dudaba que le hiciesen caso, sobre todo porque llevaban ya casi tres semanas sin probar nada. En aquellas tres semanas que llevaban juntos, aunque vigilaba cuidadosamente a cada uno de sus pasajeros sin que se diesen cuenta, no le notó a nadie interés alguno en aquello que consumían diariamente en Ámsterdam y en otras ciudades europeas.

Lo cual, una vez más, despertaba sus dudas: ¿por qué todo el mundo tenía la manía de decir que la droga engancha? Él, como médico, como alguien que en África probó varias plantas con efectos alucinógenos para ver si podía o no utilizarlas con sus pacientes, sabía que sólo las derivadas del opio producían dependencia.

Bueno, claro, y la cocaína, que rara vez aparecía en Europa, ya que Estados Unidos consumía prácticamente todo lo que se producía en los Andes.

Aun así, los gobiernos se gastaban fortunas en publicidad antidroga, mientras el tabaco y el alcohol se vendían en cualquier bar de la esquina. Tal vez fuese eso: senadores, declaración de intenciones, cosas por el estilo.

Sabía que la holandesa que acababa de pedir una habitación para compartir con el brasileño había mojado una de las páginas de su libro en una solución de LSD; lo había comentado con los demás, todo el mundo lo sabía todo en el autobús, allí también había un «Correo Invisible». Cuando llegase el momento, cortaría un trocito, se lo comería y tendría las alucinaciones correspondientes.

Pero ése no era su problema. El ácido lisérgico, descubierto en Suiza por Albert Hofmann, y propagado por el resto del mundo por un profesor de Harvard, Timothy Leary, ya estaba prohibido, pero seguía siendo indetectable.

Paulo se despertó con el brazo de Karla en su pecho —ella aún dormía profundamente— y pensó cómo cambiar de postura sin despertarla.

Habían llegado relativamente temprano al hotel, todo el grupo cenó en el mismo restaurante —el chófer tenía razón: Turquía era barato—, y cuando subieron a las habitaciones descubrió que la suya tenía una cama de matrimonio. Sin comentar nada, se ducharon, lavaron la ropa, la colgaron en el baño para que se secase y cayeron —exhaustos— en la cama. Por lo visto, el plan de ambos era dormir por primera vez en muchos días en un sitio decente, pero sus cuerpos desnudos, en contacto, tenían proyectos diferentes. Antes de darse cuenta, se estaban besando.

Paulo consiguió una erección con mucha dificultad, y Karla no ayudó; sólo le dejó ver que, si él quería, estaba dispuesta. Era la primera vez que la intimidad iba más allá de los besos y de darse la mano. ¿Sólo por tener a una mujer bonita a su lado estaba obligado a proporcionarle placer? ¿Se iba a sentir menos hermosa y menos deseada si no lo hacía?

Y Karla pensaba: «Deja que sufra un poco, que piense que me voy a enfadar si me rechaza y decide dormir. Si veo que las cosas no avanzan como yo quiero, haré lo que sea necesario, pero vamos a esperar».

Por fin llegó la erección, también la penetración, y un orgasmo masculino más rápido que lo esperado por ambos (a pesar de que él intentó controlarse; al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no tenía a una mujer a su lado).

Karla, que no tuvo orgasmo, y él lo sabía, lo golpeó cariñosamente en la cabeza, como una madre hace con sus hijos, se volvió en la cama y se dio cuenta en aquel momento de que también estaba exhausta. Se durmió sin pensar en las cosas que normalmente la ayudaban a conciliar el sueño. A él le pasó lo mismo.

Ahora estaba despierto, recordaba la noche anterior y decidió salir para no tener que comentar nada al respecto. Con todo cuidado, apartó el brazo, se puso el pantalón de repuesto que llevaba en la mochila, los zapatos y la chaqueta, pero cuando se disponía a abrir la puerta oyó:

—¿Adónde vas? ¿No me vas a dar ni los buenos días?

—Buenos días.

«Estambul debe de ser un lugar interesante y estoy seguro de que te va a gustar.»

—¿Por qué no me has despertado?

«Porque creo que dormir es una manera de comunicarse con Dios a través de los sueños. Lo aprendí cuando empecé a estudiar ocultismo.»

—Porque podías estar soñando algo bonito, o tal vez porque debes de estar cansada. No lo sé.

Palabras. Más palabras. Sólo servían para complicar las cosas.

—¿Te acuerdas de anoche?

«Hicimos el amor. Sin planearlo demasiado, sólo porque estábamos desnudos en la misma cama.»

—Sí. Y quiero disculparme. Sé que no fue lo que esperabas.

—No esperaba nada. ¿Vas a ver a Rayan?

En realidad, sabía que la pregunta era: «¿Vas a ver a Rayan y a MIRTHE?».

—No.

—Y ¿sabes adónde vas?

—Sé lo que quiero encontrar, pero no sé dónde está. Tengo que preguntar en recepción, espero que ellos sí lo sepan.

Esperaba que ella terminase la sesión de preguntas allí, que no lo obligase a contestarle lo que buscaba: un lugar en el que poder estar con gente que conociera a los derviches danzantes. Pero ella preguntó.

—Voy a una ceremonia religiosa. Algo que tiene que ver con el baile.

—¿Vas a pasar tu primer día en una ciudad tan diferente, en un país tan especial, haciendo lo que ya hiciste en Ámsterdam? ¿No te bastó con los Hare Krishna? ¿No te bastó la noche alrededor de la hoguera?

No. Y, con una mezcla de irritación y ganas de provocar, le habló sobre los derviches danzantes turcos que había visto en Brasil. Hombres con un pequeño gorro rojo en la cabeza, faldas inmaculadamente blancas, que giran poco a poco sobre sí mismos, como la Tierra o cualquier planeta. Ese movimiento, pasado cierto tiempo, empuja al derviche hacia una especie de trance. Forman parte de una orden especial, a veces reconocida y a veces rechazada por el islam, del que procede la principal inspiración. Los derviches siguen una corriente llamada *sufismo*, fundada por un poeta del siglo XIII, nacido en Persia y muerto en Turquía.

El sufismo reconoce sólo una verdad: nada se puede dividir, lo visible y lo invisible caminan juntos, las personas sólo son ilusiones de carne y hueso. Por eso no se había interesado demasiado en la conversación sobre las realidades paralelas. Somos todo y todos al mismo tiempo (tiempo que, por cierto, tampoco existe). Lo olvidamos porque nos bombardean diariamente con información en los periódicos, la radio, la televisión. Si aceptamos la Unidad, no necesitamos nada más. Conocemos el significado de la vida durante un breve instante, pero ese breve instante nos dará fuerza para llegar hasta lo que denominamos *muerte* pero que, en realidad, es el paso al tiempo circular.

—¿Entendido?

—Perfectamente. Yo voy a ir al principal bazar de la ciudad. Supongo que en Estambul habrá algún bazar, donde gente que trabaja noche y día trata de mostrarles a los pocos turistas que hay la expresión más pura de su corazón: el arte. Evidentemente, no pretendo comprar nada (y no se debe a una cuestión económica, sino al hecho de que no me queda espacio en la mochila), pero me esforzaré, haré un gran esfuerzo para que la gente me entienda, entienda mi admiración y mi respeto por

lo que hacen. Porque para mí, a pesar de toda la descripción filosófica que acabas de hacerme, el único lenguaje se llama Belleza.

Se dirigió hacia la ventana y él vio su silueta desnuda, dibujada a contraluz. Por más irritante que intentase ser, sentía por ella un profundo respeto. Salió pensando si realmente no sería mejor ir a un bazar (difícilmente iba a conseguir entrar en el hermético mundo del sufismo, a pesar de todo lo que había leído al respecto).

Y Karla pensaba en la ventana: «¿Por qué no me ha invitado a ir con él?». Después de todo, iban a estar seis días más allí, el bazar no iba a cerrar sus puertas, y conocer una tradición como aquélla debía de ser algo inolvidable.

Caminaban, una vez más, en direcciones opuestas, por más que ambos intentaban encontrarse el uno al otro.

Karla vio a la mayoría de la gente abajo, todos la invitaron a algún paseo especial: visitar la Mezquita Azul, Santa Sofía, el museo arqueológico. Lo que no faltaba en la ciudad eran puntos turísticos únicos, como, por ejemplo, una cisterna gigante, con doce filas de columnas (con un total de trescientas treinta y seis, comentó alguien), que en el pasado servía para guardar las existencias de agua para los emperadores bizantinos. Pero ella dijo que ya tenía otros planes, nadie le preguntó nada, igual que nadie preguntó nada respecto a la noche anterior, por haber dormido en la misma habitación que el brasileño. Desayunaron juntos y después cada grupo siguió su propio rumbo.

El destino de Karla, en teoría, no estaba en ningún punto turístico. Bajó hasta la orilla del estrecho del Bósforo y contempló el puente rojo que separaba Europa de Asia. ¡Un puente que une dos continentes tan distintos y tan lejanos! Fumó dos, tres cigarrillos, se bajó un poco los tirantes de la discreta blusa que llevaba, tomó un rato el sol hasta que la abordaron dos o tres hombres, que querían charlar un poco, y se vio obligada a subirse de nuevo los tirantes y a cambiar de sitio.

Cuando el viaje empezó a ser monótono para todos, Karla decidió enfrentarse a sí misma y a su pregunta preferida: «¿Por qué quiero ir a Nepal? Nunca he creído mucho en esas cosas, mi educación luterana es más fuerte que los inciensos, los mantras, las posturas para sentarse, la contemplación, los libros sagrados y las sectas esotéricas». No quería ir a Nepal para descubrir esas respuestas: ya las tenía y estaba harta de tener que demostrar siempre su fortaleza, su coraje, su agresividad constante, su competitividad incontrolable. A lo largo de su vida se había dedicado a superar a los demás, pero nunca había podido superarse a sí misma. Se había acostumbrado a ser quien era, aunque era demasiado joven para eso.

Quería que todo cambiase, pero era incapaz de cambiarse a sí misma.

Le habría gustado decirle al brasileño mucho más que lo que le había dicho, que creyese que cada vez era más importante en su vida. Sintió un placer mórbido al saber que Paulo se sentía culpable por la pésima relación sexual de la noche anterior y no hizo absolutamente nada para mostrar lo contrario, como decirle: «Amor mío (¡amor mío!), no te preocupes, la primera vez siempre es así, nos iremos descubriendo poco a poco».

Pero las circunstancias no le permitían acercarse más ni a él, ni a nadie. Tal vez porque no tenía mucha paciencia con la gente, tal vez porque los demás tampoco colaboraban mucho ni intentaban aceptarla tal como era; lo primero que hacían era alejarse, incapaces de esforzarse un poco para romper el muro de hielo detrás del cual se escondía.

Aún podía amar, sin esperar recompensas, cambios ni agradecimientos.

Había amado muchas veces en su vida. Cuando pasaba, la energía del amor transformaba el universo a su alrededor. Cuando esa energía aparece, siempre realiza

su trabajo, pero con ella era diferente, no era capaz de amar durante mucho tiempo.

Quería ser un jarrón en el que el gran Amor depositase sus flores y sus frutos. Donde el agua viva los conservase como si estuviesen recién cogidos, listos para ser entregados al que tenga coraje —eso, la palabra era *coraje*— para aceptarlos. Pero nunca llegaba nadie; mejor dicho, la gente llegaba pero se iba asustada, porque no era un jarrón, era una tempestad con rayos, viento y truenos, una fuerza de la naturaleza que no podía domarse nunca, sólo dirigirla para mover molinos, iluminar ciudades, esparcir asombro.

Quería que pudiesen ver la belleza, pero sólo veían el huracán y nunca intentaban guarecerse de él. Preferían huir a un lugar seguro.

Volvió a pensar en su familia; aunque religiosos practicantes, nunca trataron de imponerle nada. Alguna que otra vez, siendo niña, había recibido algún azote, lo cual era normal y nada traumático, les pasó a todos los que vivían en su ciudad.

Era buenísima en los estudios, era magnífica en el deporte, era la más guapa de sus compañeras de clase (y lo sabía), nunca le había costado conseguir novio; aun así, lo que más le gustaba era estar sola.

Estar sola. Su gran placer, y también el origen del sueño de ir a Nepal, era encontrar una cueva y permanecer allí sola hasta que se le cayesen los dientes, se le pusiera el pelo blanco, hasta que los lugareños dejasen de llevarle comida y su última puesta de sol fuese mirando la nieve, nada más.

Sola.

Sus amigas del colegio la envidiaban por su facilidad para comunicarse con los chicos, los amigos de la universidad la admiraban por su independencia y porque sabía exactamente lo que quería, sus compañeros de trabajo se quedaban siempre maravillados y sorprendidos por su creatividad... En fin, era una mujer perfecta, la reina de la montaña, la leona de la selva, la salvadora de las almas errantes. Recibía propuestas de matrimonio desde los dieciocho años, de todo tipo de personas, pero sobre todo de hombres ricos, que añadían a la propuesta una serie de beneficios colaterales, como agasajarla con joyas (dos anillos de brillantes —de todos los que tenía— fueron suficientes para pagar el viaje a Nepal y aún le quedaba dinero para vivir mucho tiempo).

Siempre que recibía un regalo caro, advertía que no iba a devolverlo en caso de separación. Los hombres se reían, porque estaban acostumbrados a ser desafiados por otros hombres más fuertes y no se tomaban en serio sus palabras. Acababan cayendo en el abismo que ella había cavado a su alrededor, y sólo entonces se daban cuenta de que en verdad nunca habían llegado a estar realmente cerca de aquella chica fascinante, sino en un frágil puente, hecho de cuerdas, que no soportaba el peso de las cosas repetitivas y comunes. Pasada una semana o un mes, rompían, y ella no tenía que decir nada; ellos tampoco tenían valor para pedir que devolviese nada.

Hasta que uno de ellos, al tercer día de relación, mientras desayunaban en la cama de un hotel caro de París, adonde habían ido para asistir al lanzamiento de un libro

(nadie rechaza un viaje a París, era uno de sus lemas), dijo algo que jamás podría olvidar:

—Tienes depresión.

Ella se rió. Apenas se conocían, habían ido a un excelente restaurante, bebido el mejor vino y el mejor champán, ¿y el tipo ya le estaba soltando aquello?

—No te rías. Tienes depresión. O ansiedad. O las dos cosas. Pero el hecho es que, con la edad, te llevará hacia un camino sin retorno; es mejor empezar a aceptarlo ahora.

Sintió ganas de decirle lo privilegiada que era, que tenía una familia excelente, un trabajo que le gustaba y la admiración de los demás, pero otras palabras salieron de su boca:

—¿Por qué lo dices?

Sentía desprecio por el comentario. El hombre, cuyo nombre trató de olvidar aquella misma tarde, dijo que no quería hablar del asunto porque era psiquiatra profesional y no estaba allí como tal.

Pero ella insistió. Tal vez él sí quería hablar, porque en ese momento, según la impresión de Karla, debía de estar soñando con pasar el resto de su vida con ella.

—¿Por qué dices que tengo depresión, si nos conocemos hace tan poco tiempo?

—Porque ese poco tiempo, en realidad, son cuarenta y ocho horas juntos. He podido observarte durante la noche de autógrafos, el martes y ayer en la cena. ¿Has amado a alguien?

—A mucha gente.

Lo cual era mentira.

—¿Qué es amar?

La pregunta la asustó tanto que decidió contestarla usando toda su creatividad. Dijo sin prisas y ya sin miedo:

—Es permitirlo todo. No pensar en el amanecer, ni en bosques encantados, no luchar contra la corriente, es dejarse poseer por la alegría. Amar, para mí, es eso.

—Sigue.

—Es seguir siendo libre, para que la persona que está a nuestro lado no se sienta jamás esclavizada. Es algo tranquilo, sereno, diría que incluso solitario. Sólo amar por amar, sin ninguna otra razón como el matrimonio, los hijos, el dinero, cosas por el estilo.

—Bellas palabras. Pero mientras estemos juntos, te sugiero que pienses en lo que te he dicho. No queremos estropear este viaje a esta ciudad única, yo, haciendo que te cuestiones a ti misma, y tú haciéndome trabajar.

«Vale, tienes razón. Pero ¿por qué has dicho que tengo depresión o ansiedad? ¿Por qué has puesto tan poco interés en las cosas que tengo que decir?»

—Y ¿por qué tendría depresión?

—Porque aún no has amado de verdad sería una de las respuestas. Pero en este momento esta respuesta ya no sirve, porque conozco a mucha gente deprimida que

me busca precisamente debido a, digamos, un exceso de amor, de entrega. En realidad, creo, y no debería decirte esto, que tienes depresión por alguna causa física. Por la falta de determinada sustancia en tu organismo. Puede ser serotonina, o dopamina, pero en tu caso, seguramente no es por falta de noradrenalina.

Entonces ¿la depresión era algo químico?

—Por supuesto que no. Influyen infinidad de factores, pero ¿podemos vestarnos y salir a pasear a orillas del Sena?

—Sí. Pero antes acaba el razonamiento: ¿qué factores?

—Has dicho que el amor se puede vivir en soledad; sin duda alguna, pero sólo la gente que decide dedicar su vida a Dios o al prójimo puede. Los santos. Los visionarios. Los revolucionarios. En este caso me refiero a un amor más humano, que sólo se revela cuando estamos cerca de la persona amada. Que provoca un inmenso sufrimiento si no se puede expresar o el objeto de su deseo no repara en ella. Estoy seguro de que tienes depresión porque nunca estás realmente presente; tus ojos van de un lugar a otro, no tienen luz, sino aburrimiento. La noche de los autógrafos vi que hacías un esfuerzo sobrehumano para relacionarte y charlar con la gente; debían de parecerte todos aburridos, inferiores, repetitivos.

Se levantó de la cama.

—Ya es suficiente. Voy a ducharme, ¿o quieres ir tú primero?

—Ve tú. Voy a ir haciendo la maleta. No tengas prisa, necesito estar un rato a solas después de todo lo que acabo de oír. En realidad, necesito media hora sola.

Él soltó una risa irónica, como diciendo «¿no te lo dije?». Pero se levantó y entró en el baño. En cinco minutos Karla ya tenía la maleta hecha, la ropa puesta. Abrió y cerró la puerta sin hacer ningún ruido. Pasó por recepción, saludó a todos los que la miraban con cierto aire de sorpresa, pero la bonita suite no estaba a su nombre, de modo que nadie le preguntó nada (normalmente debería haber dado alguna explicación por salir con el equipaje y sin pagar).

Se dirigió al recepcionista y le preguntó cuándo salía el siguiente vuelo para Holanda. ¿Qué ciudad? Una cualquiera, soy de allí y conozco el lugar. Salía a las dos y cuarto, con KLM. ¿Quiere que le compre el billete y lo cargue en la cuenta de la habitación?

Dudó, pensó que tal vez debía vengarse de aquel hombre que había leído su alma sin su permiso y que, además, podía estar equivocado en todo lo que había dicho.

Pero contestó que no, muchas gracias, tengo dinero. Karla nunca viajaba a ningún sitio del planeta dependiendo sólo de los hombres que cada dos por tres escogía para que le hiciesen compañía.

Miró de nuevo hacia el puente rojo, recordó todo lo que había leído sobre la depresión —y todo lo que no había leído, porque empezó a asustarse— y dijo que, a partir del momento en que cruzase aquel puente, sería otra mujer. Dejaría de

enamorarse de la persona equivocada, un tipo que vivía en el otro lado del mundo, lo echaría de menos o haría cualquier cosa para acompañarlo, o meditar y recordar su rostro en la cueva que elegiría para vivir en Nepal, pero no podía seguir con aquella vida, la vida del que lo tiene todo y no aprovecha nada, absolutamente nada.

Paulo estaba delante de una puerta sin ninguna placa ni indicación, en una calle estrecha, con varias casas que parecían abandonadas. Después de mucho esfuerzo y de muchas preguntas, consiguió descubrir un centro de sufismo, aunque no estaba seguro de encontrar allí a ningún derviche danzante. Para eso, fue al bazar, donde esperaba encontrar a Karla, pero no la encontró; imitó los gestos de la danza sagrada al tiempo que decía «derviche». Mucha gente se reía, otros pensaban que estaba loco, había que mantener la distancia porque sus brazos abiertos podían alcanzarlos.

No se desesperó; en varias tiendas tenían aquel tipo de sombrero que había visto en el espectáculo: una especie de gorro rojo y cónico, generalmente asociado a los turcos. Compró uno, se lo puso en la cabeza y siguió preguntando por todos lados, haciendo gestos —con el sombrero puesto—, dónde podía encontrar algún lugar en el que la gente hacía aquello. Esta vez la gente ni se reía ni se apartaba, lo miraban con expresión seria y hablaban en turco. Pero Paulo no se dio por vencido.

Finalmente encontró a un señor de pelo blanco que parecía entender lo que decía. Repetía la palabra *derviche* y ya empezaba a estar cansado. Aún le quedaban otros seis días allí, podía aprovechar ahora para conocer el bazar, pero el señor que se le acercó decía:

—*Darwesh*.

Sí, debía de ser aquello, lo pronunciaba mal. Para asegurarse, el hombre imitó los movimientos de los derviches danzantes. Su expresión pasó de la sorpresa a la censura.

—*You muslim?*

Paulo negó con la cabeza.

—*No* —dijo el hombre—. *Only Islam*.

Paulo se le puso delante.

—*Poet! ¡Rumi! Darwesh! ¡Sufi!*

El nombre de Rumi, fundador de la orden, y la palabra *poet* ablandaron el corazón de aquel señor porque, aunque fingía enfado y mala gana, cogió a Paulo por el brazo, lo arrastró fuera del bazar y lo llevó al lugar en el que se encontraba en ese momento, delante de aquella casa casi derruida, sin saber muy bien qué hacer, salvo llamar a la puerta.

Llamó varias veces, pero nadie abrió. Puso la mano en la manilla, la puerta estaba abierta. ¿Entraría? ¿Podría ser acusado de allanamiento? ¿No era verdad que en los edificios abandonados había perros salvajes para que no los ocupasen los mendigos?

Abrió un poco. Esperó el ladrido de los perros, pero oyó una voz, una sola voz a lo lejos, que decía en inglés algo que no podía oír bien; percibió inmediatamente una señal de que había encontrado el sitio: el olor a incienso.

Hizo un gran esfuerzo para tratar de entender lo que aquella voz masculina decía. No era posible, el único modo sería entrando, y lo peor que podía pasar era que lo echasen. ¿Qué tenía que perder? Inesperadamente, estaba a punto de cumplir uno de sus sueños, entrar en contacto con los derviches danzantes.

Tenía que arriesgar. Entró, cerró la puerta y, cuando sus ojos se acostumbraron a la relativa oscuridad del lugar, vio que estaba en algún viejo cobertizo completamente vacío, todo pintado de verde, el suelo de madera gastada por el tiempo. Las ventanas con algunos cristales rotos dejaban filtrar alguna luz y le permitían distinguir, en una esquina de aquel espacio que parecía mucho más grande visto desde dentro que visto desde fuera, a un señor sentado en una silla de plástico, que dejó de hablar consigo mismo en cuanto notó la presencia del visitante inesperado.

Dijo algunas palabras en turco, pero Paulo negó con la cabeza. No hablaba esa lengua. El hombre también negó con la cabeza, mostrando lo molesto que estaba con la presencia de alguien que había interrumpido algo importante.

—¿Qué quieres? —preguntó con acento francés.

¿Qué podía contestar Paulo? La verdad. Los derviches danzantes.

El hombre se rió.

—Perfecto. Has venido hasta aquí como yo, que un día me fui de Tarbes, una pequeña ciudad en medio de ningún sitio en Francia, con una sola mezquita, en busca del conocimiento y de la sabiduría. Es eso lo que quieres, ¿verdad? Haz lo mismo que yo cuando conocí a uno de ellos. Permanece mil y un días estudiando a un poeta, memorizando lo que escribió, respondiendo a cualquier pregunta de cualquiera con la sabiduría de sus poemas; entonces podrás comenzar el entrenamiento. Porque tu voz se confundirá con la del Iluminado y sus versos escritos hace ochocientos años.

—¿Rumi?

El hombre hizo una reverencia al oír el nombre. Paulo se sentó en el suelo.

—¿Cómo puedo aprender? He leído muchas de sus poesías, pero no sé cómo las ponía en práctica.

—El hombre que va en busca de la espiritualidad poco sabe, porque lee sobre ello e intenta llenar su intelecto con aquello que cree sabio. Vende tus libros y compra locura y fascinación, así estarás un poco más cerca. Los libros son opiniones y estudio, análisis y comparaciones, mientras que la sagrada llama de la locura nos lleva a la verdad.

—No tengo libros. Vengo en busca de la experiencia, en este caso, de la experiencia del baile.

—Es búsqueda de conocimiento, no es baile. La razón es la sombra de Alá. ¿Qué poder tiene la sombra ante el sol? Absolutamente ninguno. Sal de la sombra, dirígete hacia el sol y acepta que sus rayos te inspiran más que las palabras sabias.

El hombre señaló hacia un sitio por el que entraba un rayo de sol, a unos diez metros de su silla. Paulo fue hasta el sitio indicado.

—Hazle una reverencia al sol. Permite que inunde tu alma, porque el conocimiento es una ilusión, el éxtasis es la realidad. El conocimiento nos llena de culpa, el éxtasis nos hace comulgar con Aquel que es el Universo antes de existir y después de haber sido destruido. El conocimiento es tratar de lavarse con arena, cuando tienes un pozo de agua cristalina a tu lado.

En aquel preciso momento los altavoces colocados en las torres de la mezquita empezaron a recitar algo, el sonido invadió la ciudad y Paulo sabía que era hora del rezo. Tenía el rostro vuelto hacia el sol, el rayo era prácticamente visible debido a las partículas de polvo, y sabía, por el ruido que llegó después, que el hombre viejo de acento francés se había arrodillado, dirigido su rostro hacia La Meca y se había puesto a rezar. Vacío su cabeza, no era tan difícil, no en aquel lugar sin ningún adorno (no tenía ni las palabras del Corán escritas con aquella caligrafía que las hace parecer pinturas). Estaba en el vacío total, lejos de su tierra, de sus amigos, de las cosas aprendidas, de las cosas que quería aprender, del bien o del mal, estaba allí. Sólo allí, y ahora.

Hizo una reverencia, volvió a levantar la cabeza y, con los ojos abiertos, vio que el sol hablaba con él, sin tratar de enseñarle nada, permitiendo que su luz lo invadiese todo a su alrededor.

Amado mío, mi luz, que tu alma siga en adoración perpetua. En algún momento vas a dejar ese lugar en el que estás ahora y volverás con los tuyos, porque todavía no ha llegado el tiempo de prescindir de todo. Pero el Don Supremo, llamado Amor, hará que seas instrumento de Mis palabras, las palabras que no he dicho, pero que tú entiendes.

El silencio enseña si te sumerges en el Gran Silencio. El silencio puede traducirse en palabras, porque ése será tu destino, pero cuando eso suceda, no trates de explicar absolutamente nada, y haz que la gente respete el Misterio.

¿Quieres ser un peregrino en el camino de la Luz? Aprende a caminar por el desierto. Habla con el corazón, porque las palabras son accidentales, y aunque las necesitas para comunicarte con los demás, no te dejes traicionar por significados ni explicaciones. La gente sólo escucha aquello que quiere escuchar, nunca trates de convencer a nadie, sigue tu destino sin miedo, o incluso con miedo, pero sigue tu destino.

¿Quieres alcanzar el cielo y llegar hasta mí? Aprende a volar con dos alas: disciplina y misericordia.

Los templos, las iglesias y las mezquitas están llenos de gente que tiene miedo a lo que hay fuera y acaba adoctrinada por palabras muertas. Pero mi templo es el mundo, no salgas de mi templo. Permanece en él aun cuando sea difícil, aun cuando sea motivo de risa para los demás.

Habla, pero no trates de convencer a nadie. Jamás aceptes tener discípulos ni personas que crean en tus palabras, porque si eso sucede, habrán dejado de creer en lo que sus corazones dicen, y que es en realidad lo único que necesitan oír.

Caminad juntos, bebed y alegraos con la vida, pero mantened la distancia para no tener que ampararos uno en otro: la caída forma parte del camino y todos tienen que aprender a levantarse solos.

Los minaretes ya estaban en silencio. Paulo no sabía cuánto tiempo había pasado hablando con el sol, el rayo iluminaba un sitio lejos de donde estaba sentado. Se volvió y el hombre llegado de un país lejano, sólo para descubrir lo que podría descubrir en las montañas de su tierra, ya se había ido. Estaba allí solo.

Era hora de irse, porque poco a poco se estaba dejando poseer por la sagrada llama de la Locura. No tenía que darle explicaciones a nadie y esperaba que sus ojos siguieran igual, porque sentía que brillaban y eso podía llamar la atención de los demás.

Prendió uno de los inciensos que estaban al lado de la silla y salió. Cerró la puerta, pero sabía que, para aquellos que intentan traspasar umbrales, las puertas están siempre abiertas. Basta con girar la manilla.

La mujer de la agencia de noticias francesa estaba visiblemente contrariada por el encargo que había recibido: una entrevista con hippies —¡hippies!— en plena Turquía, que viajaban en autobús hacia Asia como cualquiera de los muchos inmigrantes que iban en la dirección opuesta en busca de las riquezas y oportunidades de Europa. No tenía ningún prejuicio, ni contra unos ni contra otros, pero ahora que empezaban los conflictos en Oriente Medio —el télex no dejaba de vomitar noticias, había rumores de que en Yugoslavia se estaban matando unos a otros, Grecia estaba en pie de guerra con los turcos, los kurdos querían autonomía, el presidente no sabía qué hacer, Estambul se había convertido en un nido de espías en el que convivían agentes del KGB y de la CIA, el rey de Jordania había aplastado una rebelión y los palestinos prometían venganza—, ¿qué hacía ella allí, en aquel hotel de tercera categoría?

Cumplir órdenes. Había recibido una llamada del conductor del Magic Bus, un inglés experto y simpático que la esperaba en la entrada del hotel, que tampoco entendía el interés de la prensa extranjera en el asunto, pero que había decidido colaborar de la mejor manera posible.

No había ningún hippie en la entrada, excepto un tipo que se parecía a Rasputín y un hombre de unos cincuenta años, sin mucha pinta de hippie. Al lado de una chica joven.

—Es el que va a contestar a las preguntas —dijo el conductor—. Habla su idioma.

La ventaja era que hablaban francés, lo que haría la entrevista más fácil y más rápida. Empezó por situarlo en el tiempo y el espacio (nombre: Jacques / Edad: 47 años / Natural de: Amiens, Francia / Profesión: exdirector de una empresa francesa líder en cosméticos / Estado civil: divorciado).

—Supongo que ya lo han informado de que estoy escribiendo un reportaje, a petición de la agencia France-Presse, sobre esta cultura, que, por lo que he leído, surgió en Estados Unidos...

Se controló para no decir «de los hijos de papá ricos que ya no saben qué hacer».

—... y se esparció como el viento por todo el planeta.

Jaques asintió con la cabeza, mientras la periodista también pensaba añadir: «En realidad, en las zonas en las que viven las mayores fortunas del planeta».

—¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó Jacques, arrepentido de haber aceptado la entrevista porque el resto del grupo estaba conociendo la ciudad y divirtiéndose.

—En fin, sabemos que es un movimiento sin prejuicios, basado en las drogas, la música, grandes conciertos al aire libre en los que todo está permitido, viajes, absoluto y total desprecio por todos los que luchan en este momento por un ideal, por una sociedad más libre y más justa...

—¿Como por ejemplo...?

—Como los que intentan liberar a los pueblos oprimidos, denunciar la injusticia, participar en la necesaria lucha de clases por la que la gente entrega su sangre y su vida para que el único futuro de la humanidad, el socialismo, deje de ser una utopía y pueda ser pronto una realidad.

Jacques asentía con la cabeza. Era inútil aceptar provocaciones de aquel tipo, lo único que iba a conseguir era perderse su precioso primer día en Estambul.

—Y que tiene una visión mucho más libre, yo diría más libertina, del sexo, según la cual a ciertos hombres de mediana edad no les importa que los vean con chicas que podrían ser sus hijas...

Jacques iba a dejar pasar también ésa, pero no pudo porque lo interrumpieron.

—La chica que tiene edad para ser su hija (imagino que se refiere a mí) es, en realidad, su hija. No nos han presentado, me llamo Marie, tengo veinte años, nací en Lisieux, soy estudiante de Ciencias Políticas, y admiradora de Camus y de Simone de Beauvoir. Gustos musicales: Dave Brubeck, Grateful Dead y Ravi Shankar. Actualmente escribo una tesis sobre cómo el paraíso socialista por el que la gente está dando la vida, también conocido como Unión Soviética, se ha vuelto tan opresivo como las dictaduras impuestas al Tercer Mundo por los países capitalistas, como Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Francia. ¿Quiere que añada algo más?

La periodista le agradeció el comentario, tragó saliva, reflexionó un instante sobre la posibilidad de que aquello fuese una mentira, dedujo que no, trató de disimular su asombro y concluyó que aquél, posiblemente, era el tema de su artículo: la historia de un hombre, exdirector de una gran firma francesa, que en algún momento de crisis existencial decide dejarlo todo, coge a su hija y se va por el mundo, sin tener en consideración los riesgos que eso puede implicar para la niña, o chica, mejor dicho. O precozmente envejecida, por su manera de hablar. Estaba en desventaja y tenía que retomar la iniciativa.

—¿Has probado las drogas?

—Claro: marihuana, infusión de setas alucinógenas, algunas drogas químicas que me hicieron daño, LSD. Jamás he tocado la heroína, la cocaína ni el opio.

La periodista miraba con el rabillo del ojo al padre, que escuchaba todo aquello impasible.

—¿Eres partidaria de la idea de que el sexo debe ser libre?

—Desde que se inventó la píldora anticonceptiva, no veo por qué el sexo no debería ser libre.

—Y ¿lo practicas?

—Ése no es un asunto de su incumbencia.

El padre, viendo que la charla se dirigía hacia un enfrentamiento, decidió cambiar de asunto.

—¿No estamos aquí para hablar de los hippies? Ha hecho una buena definición de nuestra filosofía. ¿Qué más quiere saber?

¿Nuestra filosofía? ¿Un hombre de casi cincuenta años decía «nuestra filosofía»?

—Quiero saber por qué van a Nepal en autobús. Me da la impresión de que, por pequeños detalles que veo en su ropa, tienen dinero suficiente para ir en avión.

—Porque para mí lo que más importa es el viaje. Es conocer gente que nunca tendría oportunidad de conocer en la primera clase de Air France, con la que ya he volado muchas veces, donde nadie habla con nadie, aun cuando van a estar sentados juntos durante las siguientes doce horas.

—Pero hay...

—Sí, hay autobuses más cómodos que esa adaptación de autobús escolar, de pésima suspensión y asientos no reclinables..., supongo que se refiere a eso. Ocurre que en mi reencarnación previa, o sea, en mi trabajo como director de marketing, ya he conocido a todas las clases de gente que tenía que conocer. Y, a decir verdad, una era copia de la otra: las mismas rivalidades, los mismos intereses, la misma búsqueda de ostentación, una vida completamente diferente de la de mi infancia, cuando trabajaba ayudando a mi padre en un campo cerca de Amiens.

La periodista volvió a hojear sus anotaciones, ya en clara desventaja. Era difícil provocar a aquellos dos.

—¿Qué busca?

—Lo que había anotado sobre los hippies.

—Pero si lo ha resumido usted muy bien: sexo, música, drogas, rock y viajes.

El francés la estaba enfadando más de lo que imaginaba.

—Piensa que es sólo eso. Pero hay mucho más.

—¿Hay mucho más? Dígame entonces, porque cuando mi hija me invitó a hacer este viaje, porque se dio cuenta de lo infeliz que yo era, no me dio tiempo a conocer todos los detalles.

La periodista dijo que ya le llegaba, que ya tenía las respuestas que quería —y pensó para sí: «Puedo inventarme cualquier cosa de esta entrevista, nadie lo va a saber nunca»—, pero Jacques insistió. Le preguntó si quería un café o un té («café, estoy harta de ese té de menta dulzón»), café turco o normal («café turco, estoy en Turquía, es realmente ridículo colar el líquido, el polvo siempre pasa»).

—Creo que mi hija y yo merecemos aprender un poco. No sabemos, por ejemplo, de dónde viene la palabra *hippie*.

Estaba siendo visiblemente irónico, pero ella fingió que no lo había notado y decidió seguir adelante. Estaba loca por tomarse un café.

—Nadie lo sabe. Pero si queremos ser muy franceses e intentar definirlo todo, la idea de sexo, vegetarianismo, amor libre y vida en común tiene su origen en Persia, en un culto fundado por un sujeto llamado Mazdak. No queda mucho material sobre él. Sin embargo, como nos vemos obligados a escribir cada vez más sobre este movimiento, algunos periodistas han descubierto un origen diferente: entre los filósofos griegos llamados *cínicos*.

—¿Cínicos?

—Cínicos. Nada que ver con el sentido que hoy le damos a la palabra. Diógenes fue su precursor más conocido. Según él, la gente debía dejar de lado lo que la sociedad imponía (a todos nos han educado para tener más de lo que necesitamos) y volver a los valores primitivos, o sea, vivir en contacto con las leyes de la naturaleza, sin muchas necesidades, alegrarse por cada nuevo día, y rechazar completamente aquello para lo que se educa: poder, beneficios, avaricia, cosas por el estilo. El único propósito de la vida era liberarse de lo que no necesitaban y buscar la alegría en cada momento, en cada respiración. Diógenes, por cierto, vivía en un barril, cuenta la leyenda.

El conductor se acercó. El hippie con cara de Rasputín debía de hablar francés, porque se sentó en el suelo para escuchar. Les llevaron el café. Eso animó a la periodista a continuar su clase. De repente, la hostilidad general había desaparecido y ella era el centro de atención.

—La idea se propagó durante el cristianismo, cuando los monjes iban a buscar en el desierto la paz para el contacto con Dios. Y continuó hasta nuestros días, a través de filósofos conocidos, como el americano Thoreau o el libertador de la India: Gandhi. «Simplifica», decían todos. «Simplifica y serás más feliz.»

—Pero ¿cómo se convirtió de repente en una especie de moda, de manera de vestir, de ser cínico en el sentido actual de la palabra, no creer ni en derechas ni en izquierdas, por ejemplo?

—Eso ya no lo sé. Dicen que fueron los grandes conciertos de rock, como el de Woodstock. Dicen que fueron ciertos músicos, como Jerry Garcia y Grateful Dead, o Frank Zappa y The Mothers of Invention, los que empezaron a dar conciertos gratuitos en San Francisco. Por eso estoy haciéndoles preguntas a ustedes.

Miró el reloj y se levantó.

—Disculpe, tengo que irme. Tengo otras dos entrevistas más para hoy.

Reunió sus papeles, se arregló la ropa.

—La acompaño hasta la puerta —dijo Jacques. La hostilidad había desaparecido por completo, era una profesional que trataba de hacer bien su trabajo y no una enemiga que había ido allí a hablar mal de los entrevistados.

—No tiene que hacerlo. Tampoco debe sentirse culpable por lo que ha dicho su hija.

—La acompaño igualmente.

Salieron juntos. Jacques le preguntó dónde estaba el bazar de especias; no tenía el menor interés en ver cosas que no iba a comprar, pero le encantaría disfrutar del aroma de ciertas plantas y hierbas que tal vez nunca más volvería a oler.

La periodista le señaló el camino y se fue, con prisa, en dirección contraria.

Mientras caminaba hacia el bazar de especias, Jacques —que había trabajado durante tantos años vendiendo cosas que la gente no necesitaba, obligado a desarrollar campañas cada seis meses para anunciarles a los consumidores el «nuevo producto» que lanzaban— pensaba que Estambul debería tener un departamento de turismo más eficiente: estaba absolutamente fascinado por las callejuelas, por las pequeñas tiendas por las que pasaba, por los cafés, que parecían haberse detenido en el tiempo: la decoración, la ropa de la gente, los bigotes. ¿Por qué la gran mayoría de los turcos se dejaba crecer el bigote?

Descubrió por casualidad la razón al parar en un bar que ya debía de haber conocido días mejores, con toda la decoración *art nouveau*, como la que sólo hay en los lugares más escondidos y sofisticados de París. Decidió tomar su segundo café turco de aquel día (polvo y agua, sin filtrar, en una especie de taza de cobre con un asa alargada en la parte lateral en lugar de un asa convencional, algo que hasta entonces sólo había visto allí). Esperaba que el efecto estimulante desapareciese de su organismo hacia el final del día y poder dormir en paz otra noche más. No había mucho movimiento —o, mejor dicho, sólo había un cliente aparte de él—, y el dueño, al ver que era extranjero, se puso a charlar con él.

Le preguntó sobre Francia, Inglaterra, España, le contó la historia de su Café de La Paix, quiso saber qué le parecía Estambul («acabo de llegar, pero me parece que debería ser más conocida»), las grandes mezquitas y el Gran Bazar («aún no he visitado nada, llegué ayer»), y empezó a hablar del excelente café que preparaba, hasta que Jacques lo interrumpió:

—Me he fijado en algo interesante, aunque puede que me equivoque. Pero, por lo menos en esta zona de la ciudad, todo el mundo lleva bigote, incluso usted. ¿Es una tradición? Si no quiere, no tiene que contestar a la pregunta.

El dueño del bar parecía encantado de contestarla.

—Me alegra que lo haya notado. Creo que es la primera vez que un extranjero me lo pregunta. Y eso que, gracias a mi excelente café, los pocos turistas que visitan la ciudad vienen aquí, normalmente recomendados por los grandes hoteles.

Sin pedir permiso, se sentó a la mesa y le pidió a su ayudante, un muchacho mal salido de la pubertad, con el rostro imberbe, que le trajera un té de menta.

Café y té de menta. Eso era lo único que parecía beber la gente en aquella tierra.

—¿Está relacionado con la religión?

—¿Yo?

—No, el bigote.

—¡De ninguna manera! Está relacionado con el hecho de ser hombres. En términos de honor y dignidad. Lo aprendí de mi padre, dueño de un cuidado bigote, que siempre me decía: «Un día, tú también tendrás uno así». Me explicó que, en la generación de mi bisabuelo, cuando los malditos ingleses y, perdón, franceses empezaron a empujarnos hacia el mar, la gente necesitaba definir qué rumbo tomar de allí en adelante. Y, como había un nido de espías en cada batallón, decidieron que el

bigote sería un código. Dependiendo de la forma, significaba que la persona estaba a favor o en contra de las reformas que los malditos ingleses y, discúlpeme otra vez, franceses querían imponer. No era realmente un código secreto, por supuesto, sino una declaración de principios.

»Lo hacemos desde el final del glorioso Imperio otomano, cuando la gente necesitaba definir un nuevo rumbo para nuestro país. Los que estaban a favor de la reforma llevaban el bigote en forma de “M”. Los que estaban en contra dejaban que los bordes laterales bajasen, formando una especie de “U” invertida.

¿Y los que no estaban ni a favor ni en contra?

—Ésos se afeitaban toda la cara. Pero era una vergüenza para la familia tener a alguien así, como si fuese una mujer.

—Y ¿dura hasta hoy?

—El padre de todos los turcos, Kemal Atatürk, militar que consiguió finalmente acabar con la era de los ladrones puestos en el trono por las potencias europeas, a veces llevaba bigote y a veces no. Así, confundió a todo el mundo. Pero las tradiciones, una vez instaladas, son difíciles de olvidar. Además, volviendo al principio de nuestra conversación, ¿qué hay de malo en que alguien demuestre su masculinidad? Los animales también lo hacen, con pieles o plumas.

Atatürk. El militar valiente que luchó en la primera guerra, impidiendo una invasión, abolió el sultanato, acabó con el Imperio otomano, separó la religión islámica del Estado (lo que muchos creían imposible) y, lo que era más importante para los malditos ingleses y franceses, rechazó firmar una paz humillante con los Aliados (igual que hizo Alemania, lanzando sin querer las semillas del nazismo). Ya había visto varias fotos del símbolo más importante de la Turquía moderna —cuando la empresa en la que trabajaba pensaba en conquistar de nuevo aquel imperio, utilizando la seducción y la malicia— y nunca se había fijado en que a veces aparecía sin bigote; sólo sabía que en las fotos con bigote no lo llevaba en forma de «M» ni de «U», sino con la forma tradicional occidental, donde los pelos llegan al final de los labios.

¡Dios del cielo, cuánto había aprendido sobre bigotes y sus mensajes secretos! Le preguntó cuánto le debía, pero el dueño del bar se negó: le cobraría la próxima vez.

—Muchos jeques árabes vienen aquí a hacerse implantes de bigote —concluyó—. Somos los mejores del mundo en eso.

Jacques intercambió algunas palabras más con el dueño, pero éste se excusó enseguida porque empezaban a llegar los clientes para la comida. Decidió pagar la cuenta al chico imberbe y se fue, dándole las gracias en silencio a su hija por haberlo empujado literalmente a abandonar su empleo, con una excelente indemnización. ¿Y si volvía de «vacaciones» y les hablaba a sus amigos del trabajo de los bigotes y de los turcos? Todos pensarían que era muy curioso, exótico, pero nada más.

Siguió andando hacia el bazar de especias y pensando: «¿Por qué nunca, jamás, forcé a mis padres para que dejaran un poco los campos de Amiens y viajaran?». Al principio, la disculpa era que necesitaban dinero para que su único hijo recibiese una educación adecuada. Cuando estudió algo que sus padres ni siquiera entendían —marketing—, alegaron que tal vez en las próximas vacaciones o en las siguientes después de éstas, o quizá en las siguientes, aunque cualquier campesino sepa que la naturaleza no para nunca y el trabajo del campo alterna momentos de exceso de sudor —sembrar, podar, recoger— con momentos de profundo tedio, esperando que la naturaleza cumpla su ciclo.

En realidad, no tenían intención de salir de la región que conocían bien, como si el resto del mundo fuese un lugar amenazador, en el que se perderían en calles que no conocían, en ciudades que eran completamente extrañas, llenas de gente esnob que rápidamente distinguía el acento del interior. No, todo el mundo era igual, todos tenían un lugar destinado en el mundo y había que respetarlo.

Jacques se desesperaba en su infancia y en su adolescencia, pero no había nada que hacer, salvo seguir su vida como había planeado: conseguir un buen empleo (lo consiguió), conocer a una mujer y casarse (tenía veinticuatro años cuando eso pasó), promocionar su carrera, conocer mundo (lo conoció y acabó agotado de vivir en aeropuertos, hoteles y restaurantes, mientras su mujer esperaba pacientemente en casa, tratando de buscarle un sentido a su vida aparte de cuidar a su hija), llegar en algún momento a director, jubilarse, volver al campo y terminar sus días en su lugar de nacimiento.

Visto así, tantos años después, podría haberse ahorrado todas las fases intermedias, pero su alma y su enorme curiosidad lo empujaban hacia delante, hacia horas infinitas de un trabajo que adoraba al principio y que empezó a odiar precisamente cuando lo ascendieron.

Podía esperar un poco y dejarlo en el momento justo. Ascendía rápido en la jerarquía de la firma, cobraba el triple, su hija —cuyo desarrollo acompañó por etapas entre viaje y viaje— estudiaba Ciencias Políticas. Su mujer se divorció porque pensaba que su vida era inútil, ahora vivía sola en casa porque Marie tenía novio y se mudó a vivir con él.

Se aceptaban la mayoría de sus ideas de marketing (palabra y profesión de moda), aunque algunas eran cuestionadas por becarios que querían destacar; él ya estaba acostumbrado y enseguida les cortaba las alas a los que querían «ayudar». Los bonus a final de año, en función de los beneficios de la compañía, aumentaban cada vez más. Como estaba soltero otra vez, empezó a frecuentar más fiestas y se buscó novias interesantes e interesadas (su marca de cosméticos era una referencia para todo y para todos, sus novias siempre le insinuaban que les gustaría aparecer en los carteles de promoción de ciertos productos, pero él no decía ni que sí ni que no). El tiempo pasaba, los amores interesados se iban, los amores sinceros deseaban que se casase otra vez con ellas, pero ya tenía todo su futuro muy bien planeado: otros diez años de

trabajo y dejarlo en la plenitud de la mediana edad, con mucho dinero y posibilidades. Volvería a viajar por el mundo, esta vez a Asia, que conocía muy poco. Intentaría aprender cosas que a su hija, que para entonces también era su mejor amiga, le gustaría enseñarle. Se imaginaron en el Ganges y en el Himalaya, en los Andes y en Ushuaia, cerca del Polo Sur; cuando se jubilase, por supuesto. Y cuando ella acabase de estudiar, evidentemente.

Hasta que dos acontecimientos sacudieron su vida.

El primero ocurrió el 3 de mayo de 1968. Estaba esperando a su hija en la oficina, para coger el mismo metro hacia casa, cuando vio que ya había pasado más de una hora y ella no llegaba. Decidió dejarle una nota en la recepción del edificio en el que trabajaba, cerca de Saint-Sulpice (la firma tenía varios inmuebles y no todos los departamentos ocupaban su lujosa sede), y se fue, dispuesto a caminar solo hasta el metro.

De repente, vio que París ardía, sin avisar. Un humo negro cubría el ambiente, había sirenas por todas partes y lo primero que pensó fue en los rusos: ¡habían bombardeado la ciudad!

Un grupo de jóvenes, con la cara tapada con paños húmedos, lo empujó contra la pared. Corrían por la calle gritando «¡se acabó la dictadura!» y otras consignas que ya no recordaba. Detrás, policías fuertemente armados lanzaban granadas de gases lacrimógenos. A algunos jóvenes que tropezaron y cayeron los apalearon inmediatamente.

Le ardían los ojos por culpa del gas, no entendía qué estaba pasando: ¿qué era aquello? Tenía que preguntarle a alguien, pero sobre todo tenía que encontrar a su hija, ¿dónde podía estar? Intentó dirigirse hacia la Sorbona, pero las calles eran intransitables debido a las batallas campales entre las fuerzas «del orden» y lo que parecía ser una banda de anarquistas salidos de una película de terror. Ardían neumáticos, lanzaban piedras a la policía, los cócteles molotov volaban en todas direcciones, los medios de transporte no funcionaban. Más gases lacrimógenos, más gritos, más sirenas, más piedras arrancadas de la calzada, más jóvenes apaleados. «¿Dónde está mi hija?

»¿Dónde está mi hija?»

Habría sido un error —por no decir un suicidio— caminar hacia los enfrentamientos. Lo mejor era ir a casa, aguardar la llamada de Marie y esperar a que todo aquello pasase, porque debería acabar aquella noche.

Nunca había participado en manifestaciones estudiantiles, sus propósitos en la vida eran otros, pero ninguna de las que había visto había durado más que algunas horas. Tenía que esperar la llamada de su hija, era lo único que le pedía a Dios en aquel momento. Vivían en un país de muchos privilegios, en el que los jóvenes tenían todo lo que querían, los adultos sabían que si trabajaban duro llegarían a la jubilación sin mayores problemas, seguirían bebiendo el mejor vino del mundo, comiendo la mejor cocina del mundo, y caminando sin sobresaltos ni asaltos por la ciudad más bonita del mundo.

La llamada de su hija llegó hacia las dos de la madrugada. Tenía el televisor encendido, los dos canales estatales transmitían y analizaban, analizaban y transmitían lo que pasaba en París.

—No te preocupes, papá. Estoy bien. Tengo que dejarle el teléfono a otra persona que está aquí conmigo, así que después te lo explico todo.

Quiso preguntar algo, pero ya había colgado.

Pasó la noche en vela. Las manifestaciones duraban más de lo esperado. Las cabezas parlantes de la tele estaban tan sorprendidas como él, porque todo aquello había explotado de un momento a otro, sin previo aviso. Pero trataban de mostrar calma, de explicar los enfrentamientos entre policías y estudiantes con la ayuda de las pomposas palabras de los sociólogos, políticos, analistas, algunos policías, unos cuantos estudiantes, y cosas así.

Le bajó la adrenalina y cayó agotado en el sofá. Cuando abrió los ojos ya era de día, hora de ir al trabajo, pero alguien en la televisión —que pasó toda la noche en marcha— decía que no se debía salir de casa, los «anarquistas» estaban ocupando facultades, estaciones de metro, cerrando calles, impidiendo que los coches circularan libremente. Violando el derecho fundamental de todos los ciudadanos, según algunos.

Llamó al trabajo, nadie lo cogía. Llamó a la sede y alguien que había pasado allí la noche, porque vivía en las afueras y no había podido volver a casa, le dijo que era inútil tratar de desplazarse ese día: poquísima gente, que vivía en las inmediaciones de la sede, había conseguido llegar.

—De hoy no pasa —señaló la persona anónima con la que hablaba. Le dijo que le pasase al jefe pero, igual que muchos otros, no había ido a trabajar.

La agitación y los enfrentamientos no disminuyeron, tal como se esperaba; al contrario, la situación empeoró cuando vieron el trato que la policía les dispensaba a los estudiantes.

La Sorbona, símbolo de la cultura francesa, acababa de ser ocupada y sus profesores se unieron a las manifestaciones o fueron expulsados. Se crearon varios comités con distintas propuestas que podrían ser implementadas o descartadas, decía la televisión, que para entonces ya mostraba más simpatía hacia los estudiantes.

Las tiendas de su barrio estaban cerradas, salvo una, regentada por un indio, y había una cola de gente en la puerta esperando a ser atendida. Se puso pacientemente en la cola, escuchando los comentarios de los que estaban allí: «¿por qué el gobierno no hace nada?»; «¿por qué pagamos impuestos tan altos si la policía es incapaz de reaccionar en un momento así?»; «esto es culpa del Partido Comunista»; «esto es culpa de la educación que les hemos dado a nuestros hijos, que ahora se creen con derecho a rebelarse contra todo lo que les enseñamos».

Cosas por el estilo. Lo único que nadie podía explicar era por qué pasaba todo aquello. «Aún no lo sabemos.»

Pasó el primer día.

Y pasó el segundo.

Y terminó la primera semana.

Y todo empeoraba.

Su apartamento quedaba en una pequeña colina en Montmartre, a tres estaciones de metro de su trabajo y, desde la ventana, podía oír las sirenas, ver el humo de los neumáticos ardiendo, mirar sin parar hacia la calle esperando a su hija. Tres días

después llegó, se dio una ducha rápida, cogió alguna ropa —la suya estaba en su apartamento—, comió algo y volvió a marcharse, diciendo «después te lo explico».

Y lo que él pensaba que era algo pasajero, una furia contenida, se expandió por toda Francia; los empleados secuestraban a sus jefes y se convocó una huelga general. La mayoría de las fábricas fueron ocupadas por los trabajadores, igual que, una semana antes, había ocurrido con las universidades.

Francia paró. Y el problema ya no eran los estudiantes, que parecían haber cambiado el foco de atención y ahora agitaban banderas como «amor libre» o «abajo el capitalismo» o «fronteras abiertas para todos» o «burgueses, no entendéis nada».

El problema ahora era la huelga general.

La tele era su único medio de información. Fue en la tele donde vio, para su sorpresa y vergüenza, que después de veinte días de infierno, el presidente de Francia, el general Charles de Gaulle, el que se había resistido a los nazis, el que zanjó la guerra colonial en Argelia, al que todos admiraban, por fin aparecía para decirles a sus compatriotas que iba a organizar un referéndum para proponer «una renovación cultural, social y económica». En caso de perder, renunciaría al cargo.

Lo que proponía no significaba nada para los trabajadores, a los que no les interesaba el amor libre, los países sin fronteras, ni nada de eso. Sólo pensaban en una cosa: un aumento significativo de salario. Cuando el primer ministro Georges Pompidou se reunió con los representantes sindicales, los trotskistas, los anarquistas y los socialistas, empezó a mejorar la situación, porque, cuando todos se sentaron cara a cara, cada uno tenía una reivindicación diferente. La división es el gobierno.

Jacques decidió participar en una marcha a favor de De Gaulle. Toda Francia acompaña horrorizada lo sucedido. Las marchas, prácticamente en todas las ciudades, reúnen a una enorme cantidad de gente, y los que comenzaron aquello que Jacques siempre denominó *anarquía* empiezan a dar marcha atrás. Se firman nuevos contratos de trabajo. Los estudiantes, que ya no tienen nada que reivindicar, regresan poco a poco a las aulas, con una sensación de victoria que no significa absolutamente nada.

A finales de mayo (o principios de junio, no lo recuerda bien), su hija por fin volvió a casa y le dijo que habían conseguido todo lo que querían. Él no le preguntó qué querían y ella tampoco se lo explicó, pero parecía cansada, decepcionada, frustrada. Los restaurantes abrieron y salieron a cenar a la luz de las velas, evitando tocar el tema —Jacques no le iba a decir nunca que había participado en una marcha a favor del gobierno—, y lo único que se tomó en serio, muy en serio, fue el comentario que ella le hizo:

—Estoy cansada de esto. Me voy. Quiero vivir lejos.

Al final, desistió de la idea, porque primero tenía que «acabar sus estudios», y él entendió que los que deseaban una Francia próspera y competitiva habían vencido. A

los revolucionarios de verdad no les preocupaba lo más mínimo estudiar y obtener un título.

Desde entonces había leído miles de páginas de explicaciones y justificaciones aportadas por filósofos, políticos, editores, periodistas, etcétera. Citaban el cierre de una universidad en Nanterre a principios de mes, pero aquello no justificaba toda la furia que había visto en las pocas ocasiones en que se había aventurado a salir de casa.

Nunca leyó ni una sola línea, ni una, que lo llevase a decir: «Ah, fue eso lo que lo provocó todo».

El segundo —y definitivo— momento de transformación fue una cena en uno de los restaurantes más lujosos de París, al que llevaba a clientes especiales (potenciales compradores para sus países y sus ciudades). Mayo de 1968 ya era algo pasado en Francia, aunque su fuego se había expandido por otros lugares del mundo. Nadie quería pensar en ello y, si algún cliente extranjero se atrevía a preguntar, él delicadamente cambiaba de tema, argumentando que «los periódicos siempre exageran las cosas».

Y la conversación moría allí.

Era íntimo del dueño del restaurante, que lo llamaba por su nombre de pila, lo cual impresionaba a sus acompañantes (formaba parte del plan, por cierto). Entraba, los camareros lo llevaban a «su mesa» (que cambiaba cada vez, según la cantidad de gente, pero los invitados no lo sabían), a continuación se les servía una copa de champán a todos, les entregaban la carta, elegían sus platos, el vino caro («el de siempre, ¿verdad?», preguntaba el camarero, y Jacques asentía con la cabeza), y las conversaciones eran las mismas (los recién llegados deseando saber si debían ir al Lido, al Crazy Horse o al Moulin Rouge, resultaba increíble que París sólo fuese ESO de cara al exterior). En una cena de negocios no se hablaba de trabajo hasta el final, momento en el que se le ofrecía a cada comensal un excelente puro cubano, se concretaban los últimos detalles por gente que se creía importante, cuando en realidad el departamento de ventas ya tenía todas aquellas cosas previstas y lo único que faltaba era la firma final, que siempre llegaba.

Una vez que todos hicieron sus pedidos, el camarero se dirigió a él: «¿Lo de siempre?».

Lo de siempre: ostras de entrante. Les explicaba que había que servir las vivas; como la mayoría de sus invitados eran extranjeros, se horrorizaban. Su plan era pedir caracoles a continuación, los famosos *escargots*. Para terminar con un plato de ancas de rana.

Nadie se atrevía a acompañarlo, y era eso lo que él quería. Formaba parte del marketing.

Se sirvieron todos los entrantes al mismo tiempo. Llegaron las ostras y los demás permanecieron a la espera de lo que ocurriría después. Exprimió un poco de limón en la primera, que se movió, para sorpresa y espanto de los invitados. La metió en la boca y dejó que se deslizase hasta su estómago, saboreando el agua salada que siempre quedaba en la concha.

Y dos segundos después, ya no podía respirar. Trató de mantener la compostura, pero era imposible. Cayó al suelo y pensó que iba a morir en aquel momento, mirando un techo y sus lámparas de cristal auténtico, posiblemente importadas de Checoslovaquia.

Su visión cambió de colores, ahora sólo veía negro y rojo. Intentó sentarse —había comido decenas, cientos, miles de ostras a lo largo de su vida—, pero su cuerpo no respondía a los movimientos. Intentaba aspirar el aire, que no entraba de ninguna manera.

Hubo un momento rápido de ansiedad y Jacques murió.

De repente, estaba flotando en el techo del restaurante, la gente a su alrededor, alguien trataba de abrir espacio y un camarero marroquí corría hacia la cocina. La visión no era totalmente nítida y clara, era como si hubiese una película transparente o como si corriese algo como agua entre él y la escena de abajo. Ya no tenía miedo ni nada, una inmensa paz lo inundaba todo y el tiempo, porque aún había tiempo, se aceleraba. La gente allí abajo parecía moverse a cámara lenta, mejor dicho, como los fotogramas de una película. El marroquí volvía de la cocina y las imágenes desaparecieron; quedó el vacío total, blanco, y la paz, la paz casi palpable. Al contrario de lo que muchos dicen en ocasiones como ésa, no vio ningún túnel negro; sentía que había una energía de amor a su alrededor, algo que no experimentaba hacía mucho tiempo. Era un bebé en el vientre de su madre, sólo eso, no quería salir de allí nunca más.

De repente sintió que una mano lo agarraba y lo empujaba hacia abajo. Él no quería ir, por fin gozaba de aquello por lo que siempre luchó y esperó toda su vida: tranquilidad, amor, música, amor, tranquilidad. Pero la mano lo empujó con una gran violencia y no pudo resistirse.

Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue el rostro del dueño del restaurante, entre preocupado y contento. Tenía el corazón disparado, sentía náuseas, ganas de vomitar, pero se controló. Sudaba frío y uno de los camareros fue a buscar un mantel para taparlo.

—¿Dónde ha conseguido ese color grisáceo y ese bonito pintalabios azul? —preguntó el dueño.

Sus compañeros de mesa, sentados alrededor de él en el suelo, también parecían aliviados y asustados. Intentó levantarse, pero el dueño se lo impidió.

—Descanse. No es la primera vez que esto ocurre aquí y no será la última, supongo. Por eso, no sólo la gente, sino también la mayor parte de los restaurantes están obligados a tener un kit de primeros auxilios, con esparadrapos, desinfectantes,

un desfibrilador por si alguien sufre un ataque cardíaco y, lo más importante, la inyección de adrenalina que acabamos de usar. ¿Tiene el teléfono de algún pariente? Vamos a llamar a la ambulancia, pero ya está totalmente fuera de peligro. Nos lo van a pedir, un teléfono, pero si no tiene supongo que alguno de sus compañeros puede acompañarlo.

—¿La ostra? —fueron sus primeras palabras.

—Por supuesto que no: nuestros productos son de primera calidad. Pero nos es imposible saber lo que comen y, por lo visto, nuestra amiguita, en lugar de crear una perla con su enfermedad, ha intentado matarlo.

¿Cómo?

En ese momento, llegó la ambulancia, intentaron acostarlo en una camilla, pero dijo que estaba bien, tenía que pensar así, se levantó con algo de esfuerzo, pero los paramédicos lo acostaron de nuevo, esta vez en la camilla. Decidió no discutir ni decir nada. Le preguntaron si tenía el teléfono de algún familiar. Les dio el de su hija y eso era una buena señal, porque podía pensar con claridad.

Los médicos le tomaron la tensión, le mandaron seguir una luz con los ojos, que pusiese el dedo de la mano derecha en la punta de la nariz; obedeció porque estaba loco por salir de allí, no necesitaba ir a ningún hospital, aunque pagase una fortuna en impuestos para que el servicio de salud fuese excelente y gratuito.

—Se va a quedar en observación esta noche —dijeron mientras se dirigían a la ambulancia que estaba en la puerta, donde ya se habían congregado algunas personas, contentas al ver a alguien que podía estar peor que ellas. El morbo del ser humano no tiene límites.

De camino al hospital, sin las sirenas encendidas (buena señal), preguntó si había sido la ostra. El paramédico que estaba a su lado le confirmó lo que le había dicho el dueño del restaurante. No. Si hubiese sido la ostra, habría durado más tiempo, o incluso horas.

¿Qué fue entonces?

—Alergia.

Le pidió que se lo explicase mejor: el dueño del restaurante había dicho que debía de ser algo que la ostra había comido y, de nuevo, se lo confirmaron. Nadie sabía cómo ni cuándo solía ocurrir aquello, pero sabían cómo tratarlo. El nombre técnico es *choque anafiláctico*. Sin querer asustarlo, uno de los paramédicos le dijo que las alergias aparecen sin previo aviso.

—Por ejemplo, puedes comer granadas desde niño, pero un día te matan en pocos minutos, porque tu cuerpo ha desarrollado algo que no podemos explicar. Por ejemplo, alguien pasa años cuidando de su jardín, las hierbas son las mismas, el polen no ha cambiado de calidad, hasta que un día empieza a toser, siente un dolor de garganta, después en el cuello, cree que está resfriado y que debe entrar en casa, pero ya no puede andar. No era un dolor de garganta, sino un estrechamiento de la tráquea. *Troppo tardi*. Y pasa con cosas con las que estamos en contacto toda la vida.

»Los insectos tal vez son más peligrosos, pero aun así no podemos vivir toda la vida con miedo a las abejas, ¿verdad?

»Pero no se asuste. Las alergias no son graves y no escogen edad. Lo grave es el choque anafiláctico, como el suyo; el resto es nariz congestionada, marcas rojas en la piel, picor, cosas por el estilo.

Llegaron al hospital y su hija estaba en recepción. Ya sabía que su padre había sufrido una reacción alérgica, que podría haber sido fatal de no haberlo socorrido a tiempo, pero esos casos son raros. Lo llevaron a una habitación individual; Marie ya le había facilitado al hospital el número del seguro y no tenían que estar en una sala colectiva.

Se quitó la ropa. Con las prisas, Marie había olvidado llevarle un pijama, de modo que se puso el del hospital. Entró un médico, le tomó el pulso: había vuelto a la normalidad; la tensión seguía estando un poco alta, pero lo atribuyó al estrés vivido durante los últimos veinte minutos. Le dijo a ella que no se quedase mucho tiempo, mañana ya se iba a casa.

Marie acercó una silla a la cama, cogió sus manos y, de repente, Jacques empezó a llorar. Al principio, sólo eran lágrimas que corrían en silencio, luego se convirtieron en sollozos, que aumentaron de intensidad; él sabía que lo necesitaba, de modo que no intentó controlarse. El llanto fluía y su hija se limitaba a darle palmaditas cariñosas en las manos, entre aliviada y asustada, porque era la primera vez que veía a su padre llorar.

No sabía cuánto duró aquello. Poco a poco se fue calmando, como si se quitase un peso del hombro, del pecho, de la cabeza, de la vida. Marie pensó que ya era hora de dejarlo dormir y trató de retirar su mano, pero él la retuvo.

—No te vayas aún. Tengo que contarte algo.

Ella recostó la cabeza en el regazo de su padre, como hacía cuando era niña, para escuchar historias. Él le acarició el pelo.

—Sabes que estás bien y mañana puedes ir al trabajo, ¿verdad?

Sí. Lo sabía. Y al día siguiente iba a ir al trabajo; no al edificio en el que estaba su oficina, sino a la sede. El actual director había hecho carrera en la compañía con él y le había mandado un mensaje en que decía que le gustaría verlo.

—Quiero contarte una cosa: morí durante algunos segundos, o minutos, o una eternidad, no sé cuánto tiempo, porque las cosas pasaban muy despacio. De repente me vi envuelto por una energía de amor que nunca había experimentado antes. Era como si estuviese en presencia de...

Su voz temblaba, como si tratase de contener el llanto. Pero continuó:

—... como si estuviese en presencia de la Divinidad. Algo en lo que, como bien sabes, jamás he creído. Elegí para ti un colegio católico porque quedaba al lado de casa y porque la enseñanza era excelente. Me veía obligado a participar en ceremonias religiosas, que me mataban de aburrimiento, llenaban a tu madre de

orgullo, tus amigos y sus padres me veían como a uno de los suyos. Pero en realidad era un sacrificio que hacía por ti.

Siguió acariciando la cabeza de su hija. Nunca le había preguntado si creía o no en Dios, porque no era el momento. Por lo visto, ella ya no seguía el catolicismo estricto que le había sido enseñado, siempre se vestía con ropa exótica, tenía amigos de pelo largo, escuchaba música muy diferente de Dalida o Édith Piaf.

—Siempre lo tuve todo bien planeado, sabía ejecutar esos planes y, según mi calendario, pronto estaría jubilado y tendría dinero para hacer lo que me gusta. Pero todo eso cambió en aquellos minutos o segundos o años en los que Dios sujetaba mi mano. Lo supe en cuanto volví al restaurante, al suelo, al rostro del preocupado dueño que fingía calma, que nunca más iba a volver a vivir lo que estaba viviendo.

—Pero te gusta tu trabajo.

—Me gustaba tanto que era el mejor en lo que hacía. Quiero dejar ese trabajo mañana, lleno de buenos recuerdos. Y quiero pedirte un favor.

—Cualquier cosa. Eres un padre que me enseñaba más con el ejemplo que con las cosas que decía.

—Es eso lo que quiero pedirte. Te eduqué durante años y ahora quiero que tú me eduques a mí. Que podamos viajar juntos por el mundo, ver cosas que nunca he visto, prestarles más atención a la noche y a la mañana. Deja tu trabajo y ven conmigo. Dile a tu novio que sea tolerante, que espere pacientemente tu regreso, y ven conmigo.

»Porque necesito dejar que mi alma y mi cuerpo se sumerjan en ríos que no conozco, beber cosas que nunca he bebido, ver las montañas que sólo veo en la televisión, dejar que el mismo amor que he experimentado esta noche vuelva a manifestarse, aunque sólo sea un minuto al año. Quiero que me guíes hacia tu mundo. Nunca seré una carga, y cuando creas que debo apartarme, sólo tienes que pedírmelo y lo haré. Y cuando crea que ya puedo volver, volveré y daremos juntos un paso más. Quiero que tú me guíes, repito.

Su hija no se movía. Su padre no sólo había vuelto al mundo de los vivos, sino que además había encontrado una puerta o una ventana abierta hacia su propio mundo, que ella nunca había compartido con él.

Ambos tenían sed del Infinito. Y matar esa sed era sencillo: había que dejar que el infinito se manifestase. Para eso no necesitaban ningún lugar especial, aparte de su propio corazón y de la fe que existe, una fuerza sin forma que lo envuelve todo y lleva consigo lo que los alquimistas denominan *Anima Mundi*.

Jacques llegó frente al bazar, en el que entraban más mujeres que hombres, más niños que adultos, menos bigotes y más señoras con la cabeza cubierta. Desde donde estaba podía sentir un perfume intenso, una mezcla de perfumes que se transformaban en uno solo que subía hasta el cielo y volvía de nuevo a la tierra, llevando con la lluvia la bendición y el arco iris.

La voz de Karla parecía más dulce cuando se vieron en la habitación del hotel para ponerse la ropa lavada el día anterior y salir a cenar.

—¿Dónde has pasado el día?

Nunca le había preguntado algo así; a su entender, era algo que su madre podría preguntarle a su padre, o que los adultos casados les preguntaban a sus parejas. A él no le apetecía contestar, y ella no insistió.

—Supongo que habrás ido al bazar a buscarme. —Y se rió.

—He ido a buscarte, pero después he cambiado de idea y he vuelto al lugar en el que estaba antes.

—Tengo una sugerencia y no puedes rechazarla: vamos a cenar a Asia.

No era preciso demasiado esfuerzo para entender lo que le estaba proponiendo: atravesar el puente que une los dos continentes. Pero el Magic Bus iba a cruzar el puente pronto, ¿por qué acelerar las cosas?

—Porque un día podré contar algo que la gente no va a creer. Tomé un café en Europa y veinte minutos más tarde entraba en un restaurante en Asia, dispuesta a comer todo lo bueno que allí hay.

Era una buena idea. Él podría decirles lo mismo a sus amigos. Tampoco lo iban a creer, pensarían que la droga le había afectado al cerebro, pero ¿qué más daba? Realmente había una droga que empezaba a hacerle efecto lentamente, le había ocurrido aquella tarde, con el hombre que conoció al entrar en el Centro Cultural vacío y con las paredes pintadas de verde.

Karla había comprado algún tipo de maquillaje en el bazar, porque salió del baño con los ojos pintados, rímel en las cejas, algo que nunca había visto. Sonreía todo el tiempo, algo en lo que tampoco se había fijado antes. Paulo pensó en afeitarse. Tenía una perilla eterna, que escondía su prominente mentón, pero generalmente se afeitaba siempre que podía; no hacerlo le traía recuerdos espantosos, como los días pasados en prisión. Pero no se le había ocurrido comprar una de aquellas maquinillas desechables (tiró la última del paquete anterior justo antes de cruzar Yugoslavia). Se puso un jersey comprado en Bolivia, la cazadora vaquera con los adornos de estrella, y bajaron.

No había nadie del autobús en la recepción del hotel, excepto el conductor, entretenido en la lectura de un periódico. Le preguntaron cómo podían cruzar el puente hasta Asia. El conductor sonrió:

—Ya sé. Yo hice lo mismo cuando vine la primera vez.

Les dio la información necesaria para coger un autobús («ni se os ocurra cruzar a pie») y lamentó haber olvidado el nombre del excelente restaurante en el que había comido aquel día, al otro lado del Bósforo.

Realmente no iban a Asia, sino a la antigua Constantinopla. A él le habían hecho la misma broma, y ahora la repetía con la pareja. Las ilusiones positivas siempre son bienvenidas.

—¿Cómo están las cosas en el mundo? —preguntó Karla señalando el periódico.

Al conductor también parecían sorprenderle el maquillaje y la sonrisa. Algo había cambiado.

—Tranquilas desde hace una semana. Para los palestinos, que, según dice el periódico, son mayoría en el país y estaban preparando un golpe de Estado, será conocido para siempre como Septiembre Negro. Lo llaman así. Pero, aparte de eso, el tráfico fluye normalmente, aunque he llamado otra vez a la oficina y me han sugerido que espere instrucciones aquí mismo.

—Genial, nadie tiene prisa. Estambul es un mundo para descubrir.

—Tenéis que conocer Anatolia.

—Todo a su tiempo.

Mientras caminaban hacia la parada del autobús, notó que Karla lo cogía de la mano como si fuesen lo que no eran: novios. Hablaron un poco de trivialidades, les pareció genial que fuera noche de luna llena, no hacía viento ni llovía, el clima ideal para aquella cena.

—Hoy pago yo —dijo ella—. Tengo muchísimas ganas de beber.

El autobús entró en el puente, cruzaron el Bósforo en respetuoso silencio, como si fuese una experiencia religiosa. Se bajaron en la primera parada, caminaron por el borde de Asia, donde había cinco o seis restaurantes con manteles de plástico sobre las mesas. Se sentaron en el primero. Observaron el paisaje que tenían enfrente, la ciudad en la que los monumentos no estaban iluminados como en Europa, pero donde la luna proyectaba la luz más hermosa de todas.

El camarero se acercó y les preguntó qué querían. Ambos le dijeron que escogiese él mismo lo mejor de la comida típica. El camarero no estaba acostumbrado a esas cosas.

—Pero tengo que saber lo que quieren. Aquí normalmente todo el mundo sabe lo que quiere.

—Queremos lo mejor. ¿No es respuesta suficiente?

Sin duda, lo era. El camarero, en lugar de quejarse otra vez, aceptó que la pareja de extranjeros confiase en ellos. Suponía una enorme responsabilidad, pero, al mismo tiempo, también era una enorme alegría. «¿Qué quieren beber?»

—El mejor vino de la región. Nada que sea europeo, estamos en Asia.

Estaban cenando en Asia, juntos, ¡por primera vez en la vida! «Lamentablemente, no servimos bebidas alcohólicas. Reglas estrictas de la religión.»

—Pero Turquía es un país laico, ¿o no?

—Sí, pero el dueño de esto es religioso.

Les dijo que si querían podían cambiar de local, a dos manzanas podían encontrar lo que deseaban. A dos manzanas podían tomar vino, pero se perderían aquellas magníficas vistas de Estambul iluminada por la luz de la luna. Karla se preguntó si sería capaz de decir todo lo que pensaba sin beber nada. Paulo no dudó: sería una cena sin vino.

El camarero puso una vela roja dentro de una lámpara de metal en el centro de la mesa, la encendió y, mientras todo eso ocurría, ninguno de los dos dijo nada; bebían la belleza y se embriagaban con ella.

—Hemos quedado en hablar de nuestros días. Has dicho que te habías dirigido hacia el bazar para buscarme y que luego has cambiado de idea. Menos mal, porque no estaba en el bazar. Iremos juntos mañana.

Se comportaba de manera completamente diferente, extrañamente suave, lo cual no era lo que la caracterizaba. ¿Habría encontrado a alguien y necesitaba compartir la experiencia?

—Empieza tú. Ibas a un sitio en busca de una ceremonia religiosa. ¿Lo has conseguido?

—No es precisamente lo que estaba buscando, pero sí.

—Sabía que volverías —dijo el hombre sin nombre, cuando vio entrar otra vez al chico con ropa de colores—. Supongo que tuviste una experiencia fuerte, porque este lugar está impregnado de la energía de los derviches que danzan. Aunque debo decir que la presencia de Dios está hasta en las cosas más pequeñas de la Tierra: en los insectos, en los granos de arena, en todo.

—Quiero aprender sufismo. Necesito un maestro.

—Entonces busca la Verdad. Procura estar a su lado todo el tiempo, aunque duela, aunque permanezca muda durante mucho tiempo o no diga lo que quieres oír. Eso es sufismo. Lo demás son ceremonias sagradas que sólo aumentan ese estado de éxtasis, y para participar deberías convertirte al islam, lo que sinceramente no te aconsejo, porque no hay que participar en una religión sólo por los rituales.

—Pero necesito que alguien me guíe por el camino de la verdad.

—El sufismo no es eso. Se han escrito miles de libros sobre el camino de la Verdad, pero ninguno de ellos explica exactamente qué es. En nombre de la Verdad, la raza humana cometió sus peores crímenes. Quemaron a hombres y mujeres, se destruyó la cultura de civilizaciones enteras, los que cometían los pecados de la carne eran mantenidos a distancia, a los que buscaban un camino diferente los marginaban. Uno de ellos, en nombre de la «verdad», acabó crucificado. Pero, antes de morir, nos dejó la gran definición de la Verdad. No es lo que nos da certezas. No es lo que nos da profundidad. No es lo que nos hace mejores que los demás. No es lo que nos mantiene en la cárcel de los prejuicios. La Verdad es lo que nos hace libres. «Conocéis la Verdad y la Verdad os hará libres», dijo Jesús.

Hizo una pausa.

—El sufismo consiste simplemente en actualizarse, reprogramar la mente, entender que las palabras son limitadas para describir lo absoluto, el infinito.

Pusieron la comida. Karla sabía exactamente a qué se refería Paulo, y lo que le iba a comentar cuando le tocara a ella estaría basado en sus palabras.

—¿Comemos en silencio? —preguntó ella.

De nuevo Paulo se sorprendió con su comportamiento: normalmente habría dicho la frase con un signo de exclamación al final.

Sí, comieron en silencio. Mirando el cielo, la luna llena, las aguas del Bósforo iluminadas por sus rayos, sus rostros iluminados por la llama de la vela, el corazón que explota cuando dos extraños se encuentran y de repente van juntos hacia otra dimensión. Cuanto más nos permitimos recibir del mundo, más recibiremos, sea amor, sea odio.

Pero en aquel momento no era ni una cosa ni otra. No buscaba ninguna revelación, no respetaba ninguna tradición, había olvidado lo que decían los textos sagrados, la lógica, la filosofía, todo.

Estaba en el vacío, y el vacío, por su contradicción, lo llenaba todo.

No preguntaron qué habían servido; sólo sabían que eran pequeñas raciones en muchos platos. No se atrevían a beber el agua del lugar, de modo que pidieron refrescos: más seguro, aunque muchísimo menos interesante.

Paulo se decidió a hacer la pregunta que lo mataba de curiosidad y que podía estropear la noche, pero ya no podía aguantarse más:

—Estás completamente diferente. Como si hubieses conocido a alguien y estuvieses enamorada... No tienes que responder, si no quieres.

—He conocido a alguien y estoy enamorada, aunque él no lo sabe todavía.

—¿Es ésa tu experiencia de hoy? ¿Es eso lo que quieres contarme?

—Sí. Cuando acabes tu historia. ¿O ya has acabado?

—No. Pero no necesito contarla hasta el final, porque aún no tiene final.

—Me gustaría escuchar el resto.

No se había enfadado con la pregunta, y él trató de concentrarse en la comida. A ningún hombre le gusta saber de esas cosas, sobre todo cuando está en compañía de una mujer. Siempre desea que ella esté allí, totalmente, concentrada en el momento, en la cena a la luz de las velas, en la luna que iluminaba las aguas y la ciudad.

Probó un poco de cada plato: masas rellenas de carne que parecían raviolis, arroz enrollado en pequeños cilindros hechos de hoja de parra, yogur, pan ácimo recién salido del horno, habas, pinchos de carne, algo parecido a una pizza pero con forma de barco, rellena de aceitunas y especias. Aquella cena iba a durar una eternidad. Pero, para sorpresa de ambos, la comida desapareció de la mesa: estaba demasiado deliciosa para dejarla allí, enfriándose y perdiendo sabor.

El camarero volvió, recogió los platos de plástico y les preguntó si podía llevar el plato principal.

—¡De ninguna manera! ¡Estamos más que satisfechos!

—Pero ya lo están preparando, ahora ya no pueden parar.

—Pagaremos el plato principal, pero, por favor, no traiga nada más o no podremos salir de aquí andando.

El camarero se rió. Los dos se rieron. Soplaban un viento diferente, que traía cosas diferentes, que lo llenaba todo a su alrededor de sabores y colores diferentes.

Nada tenía que ver con la comida, ni con la luna, ni con el Bósforo, ni con el puente, sino con el día que ambos habían vivido.

—¿Puedes acabar? —dijo Karla, encendiendo dos cigarrillos y dándole uno—. Estoy deseando contarte mi día y mi encuentro conmigo misma.

Por lo visto, había entrado en contacto con su alma gemela. En realidad, a Paulo ya no le interesaba la historia, pero se lo había pedido y ahora tenía que llegar hasta el final.

Su mente volvió a la sala verde cuyas vigas del techo se estaban deshaciendo y con los cristales de las ventanas rotos, que un día fueron seguramente verdaderas obras de arte. El sol ya se había ocultado, la sala estaba en penumbra, era hora de volver al hotel, pero Paulo le insistió al hombre sin nombre:

—Pero seguro que usted tuvo un maestro.

—Tuve tres; ninguno de ellos tenía relación con el islam ni eran conocedores de los poemas de Rumi. Mientras aprendía, mi corazón le preguntaba al Señor: «¿Voy por el camino correcto?». Él contestaba: «Sí». Yo insistía: «¿Quién es el Señor?». Él contestaba: «Tú».

—¿Quiénes fueron sus tres maestros?

Él sonrió, encendió el narguile azul que tenía a su lado, le dio unas caladas, se lo ofreció a Paulo, que hizo lo mismo, y se sentó en el suelo.

—El primero fue un ladrón. Una vez estaba yo perdido en el desierto y llegué a casa muy tarde por la noche. Le había dejado mi llave al vecino, pero no tuve valor para despertarlo a aquella hora. Al final, encontré a un hombre, le pedí ayuda y me abrió la puerta en un abrir y cerrar de ojos.

»Me impresionó mucho y le imploré que me enseñase a hacerlo. Me dijo que vivía de robarle a la gente, pero yo estaba tan agradecido que lo invité a dormir en mi casa.

»Se quedó conmigo durante un mes. Todas las noches salía y me comentaba: “Me voy a trabajar; sigue con tu meditación y reza bastante”. Cuando volvía, siempre le preguntaba si había conseguido algo. Él invariablemente me respondía:

»—Esta noche no he conseguido nada. Pero, si Dios quiere, mañana lo intentaré de nuevo.

»Era un hombre alegre y nunca vi que se desesperase por la falta de resultados. Durante gran parte de mi vida, cuando meditaba y meditaba sin que pasase nada, sin conseguir contactar con Dios, recordaba las palabras del ladrón: “Esta noche no he conseguido nada. Pero, si Dios quiere, mañana lo intentaré de nuevo”. Eso me dio fuerzas para seguir adelante.

—¿Y el segundo?

—Fue un perro. Me dirigía al río para beber un poco de agua cuando apareció el perro. Él también tenía sed. Pero, al acercarse al agua, vio a otro perro, que era su propia imagen reflejada.

»Sintió miedo, se alejó, ladró, hizo de todo para que el otro perro se marchase. No pasó nada, por supuesto. Al final, como tenía muchísima sed, decidió afrontar la situación y se lanzó al río; en ese momento la imagen desapareció.

El hombre sin nombre hizo una pausa y continuó:

—Por fin, mi tercer maestro fue un niño. Caminaba hacia la mezquita que hay cerca de la aldea en la que vivía, con una vela encendida en la mano. Le pregunté: «¿Has encendido tú mismo esa vela?». El muchacho dijo que sí. Como me preocupa que los niños jueguen con fuego, insistí:

»—Niño, hubo un momento en el que esta vela estaba apagada. ¿Puedes decirme de dónde salió el fuego que la ilumina?

»El muchacho se rió, apagó la vela y me preguntó: “Y ¿puede usted decirme dónde está el fuego que estaba aquí?”.

»En ese momento entendí lo estúpido que había sido siempre. ¿Quién enciende la llama de la sabiduría? ¿Adónde va? Comprendí que, igual que aquella vela, el hombre lleva en ciertos momentos en su corazón el fuego sagrado, pero nunca sabe dónde fue encendido. A partir de entonces, empecé a prestarle más atención a todo lo que me rodeaba: nubes, árboles, ríos y bosques, hombres y mujeres. Todo me enseñaba lo que necesitaba saber en cada momento, y las lecciones desaparecían cuando dejaba de necesitarlas. He tenido miles de maestros en toda mi vida.

»Confiaba en que la llama siempre estaría brillando cuando la necesitase; fui un discípulo de la vida y sigo siéndolo. Aprendí con las cosas más simples y más inesperadas, como las historias que los padres les cuentan a sus hijos.

»Por eso la práctica totalidad de la sabiduría sufí no está en textos sagrados, sino en historias, oraciones, danzas y contemplación.

Volvió a oír los altavoces de las mezquitas, los muecines llamaban a los fieles a la oración final del día. El hombre sin nombre se arrodilló en dirección a La Meca y rezó. Cuando terminó, Paulo le preguntó si podía volver otra vez al día siguiente.

—Claro —respondió él—. Pero no vas a aprender nada más que lo que tu corazón quiera enseñarte. Porque todo lo que tengo para ti son historias y un lugar que puedes utilizar siempre que busques silencio, y cuando no tengamos danzas religiosas.

Paulo se volvió hacia Karla:

—Ahora te toca a ti.

Sí, lo sabía. Pagó la cuenta y caminaron hasta la orilla del estrecho. Se oían los coches y las bocinas en el puente, pero no podían estropear la luna, el agua, las vistas de Estambul.

—Hoy me he sentado al otro lado y me he pasado horas viendo el agua correr. He recordado cómo he vivido hasta hoy, a los hombres que he conocido y mi comportamiento, que parecía no cambiar nunca. Ya estaba cansada de mí misma.

»Me he preguntado: “¿Por qué soy así? ¿Seré la única, o habrá más gente incapaz de amar?”. He conocido a muchos hombres a lo largo de mi vida que estaban dispuestos a cualquier cosa por mí, pero no me enamoré de ninguno. A veces pensaba que por fin había encontrado a mi príncipe encantado, pero este sentimiento no duraba mucho, y enseguida se me hacía insoportable la compañía de aquella persona, aunque fuese muy cariñosa, atenta, amorosa. No les daba mayores explicaciones, me limitaba a decirles la verdad; lo intentaban todo para reconquistarme, pero era inútil. Un simple toque en el brazo, tratando de justificar algo, me hacía sentir repulsión.

»Estuve con gente que amenazó con suicidarse (gracias a Dios, sólo fue una amenaza). Jamás he sentido celos. En determinado momento de mi vida, al pasar la barrera de los veinte años, pensé que estaba enferma. Nunca he sido fiel: me buscaba amantes diferentes, incluso cuando estaba con alguien dispuesto a darlo todo por mí. Conocí a un psiquiatra o psicoanalista, no sé exactamente, y nos fuimos a París. Fue la primera vez que alguien me lo notó y empezó con las frases hechas: yo necesitaba ayuda médica, a mi organismo le faltaba algo que producen las glándulas. En lugar de buscar ayuda médica, lo que hice fue volver a Ámsterdam.

»Como ya habrás notado y supuesto, puedo seducir a los hombres con facilidad. Pero enseguida pierdo el interés. Por eso mi idea es ir a Nepal: pensaba no volver nunca, envejecer descubriendo mi amor por Dios, que, debo confesar, por ahora es una suposición, pero no estoy completamente convencida.

»El hecho es que no encontraba la respuesta a esa pregunta, no quería ir a médicos, lo único que quería era sencillamente desaparecer del mundo y dedicar mi vida a la contemplación. Nada más.

»Porque una vida sin amor no merece la pena. ¿Qué es una vida sin amor? Es un árbol que no da fruto. Es dormir sin soñar. A veces es incluso ser incapaz de dormir. Es vivir un día tras otro esperando a que el sol entre en una habitación completamente cerrada, pintada de negro, de la que sabes que hay una llave, pero no deseas abrir la puerta y salir.

Le temblaba la voz, como si estuviese a punto de llorar. Paulo se acercó a ella e intentó abrazarla, pero Karla lo apartó.

—Aún no he terminado. Siempre fui una experta en manipular a todo el mundo, y eso me dio tanta confianza en mí misma, en mi superioridad, que me decía

inconscientemente: «No me voy a entregar totalmente hasta el día que aparezca alguien que sea capaz de domarme. Hasta hoy no ha aparecido nadie».

Se volvió hacia él y sus ojos habían sustituido las lágrimas por chispas.

—¿Por qué estás aquí, en este lugar de ensueño? Porque yo quise. Porque necesitaba una compañía y pensé que tú eras el ideal, incluso después de ver todos tus defectos..., bailar detrás de los Hare Krishna fingiendo que eras un hombre libre, ir a la Casa del Sol Naciente para demostrar coraje, cuando en realidad es una estupidez. Aceptar visitar un molino, ¡un molino!, como si visitases las llanuras de Marte.

—Insististe.

Karla no había insistido, sólo lo había sugerido, pero por lo visto sus sugerencias normalmente eran tomadas como órdenes. Continuó, sin dar más explicaciones:

—Fue aquel día, cuando volvíamos del molino y nos dirigíamos hacia *mi* objetivo, a comprar el billete para ir a Nepal, cuando me di cuenta de que estaba enamorada. Sin ninguna razón especial, no había nada diferente del día anterior, nada que hubieses dicho, ni un gesto, absolutamente nada. Estaba enamorada. Y sabía que, como todas las otras veces, no iba a durar mucho: no eres en absoluto el hombre adecuado para mí.

»Esperaba que ese sentimiento desapareciese, pero no desapareció. Cuando empezamos a charlar más con Rayan y Mirthe, sentí celos. He sentido envidia, rabia, inseguridad, pero ¿celos? No formaban parte de mi universo. Pensé que deberíais fijaros más en mí, que soy tan independiente y tan guapa, tan inteligente y tan decidida. Deduje que los celos no eran por otra mujer, sino por el hecho de no ser en aquel momento el centro de atención.

Karla le cogió la mano.

—Hoy por la mañana, mientras miraba el río y recordaba la noche que bailamos juntos alrededor de la hoguera, he descubierto que no era pasión, no era nada de eso: era amor. Incluso después del momento de intimidad de anoche, en el que demostraste ser un pésimo amante, seguí queriéndote. Cuando me senté a orillas del estrecho, seguí queriéndote. Sé que te quiero y sé que tú me quieres. Y que podemos pasar el resto de nuestras vidas juntos, ya sea en la carretera, en Nepal, en Río, en medio de una isla desierta..., te quiero y te necesito.

»No me preguntes por qué te estoy diciendo esto; nunca se lo he dicho a nadie, y sabes que estoy diciendo la verdad. Te quiero y no trato de buscarles una explicación a mis sentimientos.

Giró la cara esperando que Paulo la besase. Él la besó de una manera extraña y dijo que tal vez fuera mejor volver a Europa, al hotel: había sido un día de muchas cosas, emociones fuertes y sorpresas.

Karla sintió miedo.

Paulo sintió más miedo todavía, porque realmente estaba viviendo una bonita aventura con ella (había habido momentos de pasión, momentos en los que quería que ella estuviese siempre a su lado, pero todo eso ya se le había pasado).

No, él no la amaba.

El grupo se reunía a la hora del desayuno para intercambiar experiencias y sugerencias. Karla normalmente estaba sola; cuando le preguntaban por Paulo decía que quería aprovechar cada segundo para aprender más sobre los «derviches danzantes» y que iba todas las mañanas a ver a alguien que le estaba enseñando.

—«Los monumentos, las mezquitas, las cisternas, las maravillas de Estambul pueden esperar», me dijo, «porque siempre estarán ahí. Pero lo que estoy aprendiendo puede desaparecer de un momento a otro».

Todos lo entendían perfectamente. Al fin y al cabo, entre ellos no había —por lo que sabían— una relación de pareja, a pesar de que compartían la misma habitación.

La noche que regresaron de Asia, después de cenar, hicieron un amor maravilloso que la dejó sudada, contenta y dispuesta a todo por aquel hombre. Pero él cada vez hablaba menos.

Ella no se atrevía a hacerle la pregunta obvia: «¿Me quieres?», simplemente porque estaba segura de ello. Quería dejar a un lado su egoísmo y dejar que él fuese al sitio en el que quedaba con aquel francés y aprendía sufismo, porque era una oportunidad única. El chico que se parecía a Rasputín la invitó a visitar el museo Topkapi, ella no quiso. Rayan y Mirthe la llamaron para ir con ellos al bazar (habían estado tan entretenidos con todo que habían olvidado lo principal: ¿cómo vive la gente? ¿Qué comen? ¿Qué compran?). Aceptó y quedaron para el día siguiente.

El conductor dijo que era aquel día o nunca: los conflictos en Jordania estaban bajo control y tenían que salir al día siguiente. Le pidió a Karla que avisase a Paulo, como si ella fuese su novia, su amante, su mujer.

La respuesta fue: «Por supuesto», pero en otra época habría dicho algo parecido a lo que Caín le dijo a Abel: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?».

Al oír al conductor, un profundo malestar invadió al grupo. ¿Y eso? ¿La idea no era quedarse una semana entera en Estambul? Solamente habían pasado tres días, porque en realidad el primero no contaba: habían llegado demasiado cansados.

—No. La idea era, y sigue siendo, ir a Nepal. Paramos aquí porque no había otra posibilidad. Y tenemos que irnos cuanto antes porque, según los periódicos y la compañía en la que trabajo, puede haber más disturbios. Además, hay gente en Katmandú esperando para hacer el viaje de vuelta.

La palabra del conductor era definitiva. El que no estuviese listo para salir al día siguiente, a las once de la mañana, tendría que esperar el próximo autobús, quince días después.

Karla decidió ir al bazar con Rayan y Mirthe. Jacques y Marie se unieron al grupo. Todos le notaban algo diferente, más suave, más luminoso, pero nadie se atrevió a decir nada. Aquella chica, siempre tan dueña de sí misma y de sus decisiones, debía de estar enamorada del brasileño flaco y con perilla.

Ella pensaba: «Sí, seguro que lo notan, porque me siento diferente. No saben la razón, pero lo notan».

Qué bueno era poder amar. Ahora entendía por qué aquello era tan importante para tanta gente, mejor dicho, para todo el mundo. Recordaba, con cierto dolor en el corazón, cuánto sufrimiento había sembrado, pero no podía hacer nada, el amor es así.

Es lo que nos hace entender nuestra misión en la Tierra, y nuestro propósito en la vida. Al que se comporta pensando así lo seguirá una sombra de bondad y protección, tendrá calma en los momentos difíciles, lo dará todo sin exigir nada a cambio, sólo la presencia de su amante a su lado, el recipiente de la luz, la copa de la fertilidad, el brillo que ilumina el camino.

Así debería ser, y el mundo sería siempre más generoso con los que aman; el mal se transformaría en bien, la mentira en verdad, la violencia en paz.

El amor derriba al opresor con su delicadeza, mata la sed de aquel que busca el agua viva del cariño, mantiene las puertas abiertas para que la luz y la lluvia bendita puedan entrar.

Hace que el tiempo pase despacio o rápido, pero nunca como pasaba antes: al mismo ritmo, monótono, insoportablemente monótono.

Iba cambiando poco a poco, porque los verdaderos cambios requieren tiempo. Pero estaba cambiando.

Antes de salir, Marie se acercó:

—Les dijiste a los irlandeses que tenías LSD, ¿es cierto?

Sí. Imposible de detectar porque había sumergido una de las páginas de *El Señor de los Anillos* en una solución de ácido lisérgico. Lo dejó secar al viento de Holanda y ahora tan sólo era un pasaje de uno de los capítulos del libro de Tolkien.

—Me encantaría, pero mucho, probarlo hoy. Me fascina la ciudad, necesito verla con ojos diferentes. ¿Podría ser?

Sí. Pero para el que nunca lo ha tomado puede ser el cielo o el infierno.

—Mi plan es sencillo. Vamos al bazar, me «pierdo» por allí, lejos de todo el mundo, para no molestar a nadie.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. ¿Hacer un primer viaje de ácido sola, sin molestar a nadie?

En un primer momento, Karla se arrepintió profundamente de haber confesado que tenía una «página» de ácido. Podría haberle dicho que había entendido mal, podría haberle dicho que se refería a los personajes del libro, pero no había mencionado ningún libro. Podría haberle dicho que no quería crear ese karma de introducir a alguien en ningún tipo de droga, pero ¿y ella? Sobre todo en un momento en el que su vida había cambiado para siempre, porque, ¿cuando amas a alguien, amas a todo el mundo?

Veía en aquella chica, un poco más joven que ella, la curiosidad de las verdaderas guerreras, las Amazonas, listas para enfrentarse a lo desconocido, al riesgo, a la

diferencia, parecida a la que ella también afrontaba. Daba miedo, pero era bueno, igual que era bueno y aterrador al mismo tiempo descubrirse viva, saber que al final hay algo llamado muerte y, aun así, ser capaz de vivir cada minuto sin pensar en ello.

—Vamos a mi habitación. Pero antes quiero que me prometas una cosa.

—Lo que quieras.

—Que vas a estar conmigo todo el tiempo. Hay varios tipos de LSD y éste es el más potente: la experiencia puede ser maravillosa o pésima.

Marie se rió. La holandesa no tenía ni idea de quién era ella ni de las cosas que ya había probado a lo largo de su vida.

—Prométemelo —insistió.

—Te lo prometo.

El grupo ya estaba preparado para salir, y la disculpa «problemas de mujeres» resultó perfecta para el momento. Al cabo de diez minutos estarían de vuelta.

Karla abrió la puerta y se sintió orgullosa de mostrar su habitación. Marie vio la ropa tendida para secar, la ventana abierta para que se renovase el aire y una cama, sólo una cama con dos almohadas, deshecha como si por allí hubiese pasado un huracán (lo cual, efectivamente, había ocurrido, llevándose muchas cosas y trayendo otras).

Se acercó a su mochila, cogió el libro, lo abrió por la página 155 y, con una pequeña tijera que siempre llevaba consigo, recortó el equivalente a medio centímetro cuadrado de papel.

Se lo entregó a Marie y le dijo que lo comiese.

—¿Sólo eso?

—En realidad, pensé en darte solamente la mitad de una dosis. Pero creí que tal vez no te hiciese efecto y te estoy dando la misma dosis que solía tomar yo.

No era cierto. Le estaba dando la mitad de la dosis y, dependiendo del comportamiento y de la tolerancia de Marie, le haría vivir una verdadera experiencia, pero más tarde.

—Recuerda lo que te he dicho: que solía tomar, porque hace más de un año que no tomo LSD y no sé si volveré a hacerlo. Hay otras maneras más eficaces de conseguir el mismo efecto, aunque no tengo mucha paciencia para comprobarlas.

—¿Como por ejemplo?

Marie se metió el papel en la boca, ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

—Meditación. Yoga. Pasión arrebatadora. Cosas así. Cualquier cosa que nos lleve a pensar en el mundo como si lo estuviésemos viendo por primera vez.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto?

—No lo sé. Depende de la persona.

Volvió a cerrar el libro, lo metió de nuevo en la mochila, bajaron y caminaron todos juntos hacia el Gran Bazar.

Mirthe cogió un folleto en la recepción del hotel sobre el bazar creado en 1455 por un sultán que consiguió recuperar Constantinopla del dominio del papa. En una época en la que el Imperio otomano dominaba el mundo, el bazar era el lugar al que la gente llevaba sus mercancías, y fue creciendo de tal forma que fue necesario ampliar las estructuras del techo muchas veces.

Aun leyendo aquello, no estaban preparados, ni de lejos, para lo que se encontraron: miles de personas caminando por pasillos atestados, fuentes, restaurantes, lugares de oración, cafés, alfombras, en fin, todo, absolutamente todo lo que se podía encontrar en los mejores grandes almacenes de Francia (joyas de oro finamente labradas, ropas de todas las hechuras y colores, zapatos, alfombras de todo tipo, artesanos trabajando, indiferentes ante la gente que pasaba).

Uno de los vendedores quiso saber si les interesaban las antigüedades: por la forma de mirar a su alrededor, era como si llevaran escrito en la frente que eran todos turistas.

—¿Cuántas tiendas hay aquí? —le preguntó Jacques al vendedor.

—Tres mil. Dos mezquitas. Varias fuentes, un montón de sitios en los que vais a probar lo mejor de la cocina turca. Pero tengo algunas imágenes religiosas que no vais a encontrar en ningún otro sitio.

Jacques le dio las gracias, le dijo que volvería pronto. El vendedor sabía que era mentira y trató de insistir un poco, pero vio que era inútil y les deseó a todos un buen día.

—¿Sabíais que Mark Twain estuvo aquí? —preguntó Mirthe, para entonces cubierta de sudor y ligeramente asustada por lo que estaba viendo. Si había un incendio, ¿por dónde iban a salir? ¿Dónde estaba la puerta, la minúscula puerta por la que habían entrado? ¿Cómo mantener al grupo unido si cada uno quería parar en un lugar diferente?

—Y ¿qué dijo Mark Twain?

—Dijo que era imposible describir lo que vio, pero que había sido una experiencia mucho más fuerte y más importante que la ciudad. Habló de los colores, de la enorme variedad de colores, de alfombras, de gente charlando, del aparente caos en el que todo parecía seguir un orden que no podía explicar. «Si quiero comprar zapatos», escribió, «no tengo que recorrer las tiendas por la calle, comparando precios y modelos, sino simplemente buscar el pasillo en el que están los fabricantes de zapatos, todos seguidos uno tras otro, sin la menor competencia ni enfados; todo depende del que mejor sabe vender».

No quiso comentar que el bazar ya había sufrido cuatro incendios y un terremoto (no sabía cuánta gente había muerto porque el folleto del hotel sólo decía aquello, evitando hablar del número de muertos).

Karla vio que los ojos de Marie estaban fijos en el techo, en las vigas y bóvedas curvadas, y que sonreía como si sólo pudiese decir «qué maravilla, qué maravilla».

Avanzaban a un kilómetro por hora. Donde se paraba uno, se paraban todos. Karla ahora necesitaba intimidad.

—Si seguimos así, no vamos a llegar ni a la esquina del siguiente pasillo. ¿Por qué no nos separamos y volvemos a encontrarnos en el hotel? Lamentablemente, repito, lamentablemente, mañana nos vamos de aquí y tenemos que aprovechar todo lo que podamos.

La idea fue recibida con entusiasmo, y Jacques se acercó a su hija para ir con ella, pero Karla se lo impidió.

—No puedo quedarme aquí sola. Déjanos descubrir juntas este mundo extraterrestre.

Jacques vio que su hija ni lo miraba, solamente decía «¡qué maravilla!», mirando al techo. ¿Les habrían ofrecido hachís cuando entraron y habría aceptado? Ya era lo suficientemente adulta para cuidar de sí misma; la dejó con Karla, aquella chica que siempre iba por delante de su tiempo y siempre trataba de demostrar que tenía más experiencia y que era más culta que los demás. Aunque, durante esos dos días en Estambul, había suavizado un poco —sólo un poco— su comportamiento.

Siguió adelante y se perdió en la multitud. Karla agarró a Marie por el brazo.

—Vamos a salir de aquí inmediatamente.

—Pero todo es bonito. Mira los colores: ¡qué maravilla!

Karla no le estaba preguntando, le estaba dando una orden, y la arrastró dócilmente hacia la salida.

¿La salida?

¿Dónde estaba la salida? «¡Qué maravilla!» Estaba cada vez más embelesada por lo que veía y completamente pasiva, mientras Karla preguntaba a varias personas y recibía diferentes respuestas respecto a la salida más próxima. Empezó a ponerse nerviosa, aquello ya era de por sí un viaje tan poderoso como el del LSD y, sumando las dos cosas, no sabía hasta dónde podía llegar Marie.

Recuperó su comportamiento más agresivo, más dominante; iba de un lado a otro pero no conseguía encontrar la puerta por la que habían entrado. No importaba si volvían por el mismo camino o no, pero cada segundo ahora era valioso: el aire era pesado, la gente sudaba, nadie se fijaba en nada salvo en lo que estaba comprando, vendiendo o regateando.

Al final, se le ocurrió una idea. En lugar de seguir buscando, debía caminar en línea recta, en una sola dirección, porque tarde o temprano encontraría la pared que separaba el mayor templo de consumo que conocía del mundo exterior. Trazó una línea recta rogando a Dios —¿Dios?— que fuese la más corta. Mientras seguían la dirección elegida, se vio interrumpida gran infinidad de veces por gente que quería venderle su producto, pero los empujaba sin ceremonia alguna y sin considerar la posibilidad de que también podían empujarla.

Por el camino encontró a un chico joven de bigote incipiente, que seguramente acababa de entrar, porque parecía que buscaba algo. Decidió utilizar todos sus

encantos, su poder de seducción, su capacidad de convencimiento, y le pidió que la acompañase hasta la salida porque su hermana tenía una crisis de delirios.

El chico miró a la hermana y vio que realmente no estaba allí, sino en un lugar lejano. Trató de charlar un poco, decirle que un tío suyo que trabajaba allí podría ayudarla, pero Karla le imploró que no, que ya conocía los síntomas, sólo necesitaba un poco de aire puro, nada más.

Sin estar demasiado convencido, sabiendo que iba a perder de vista para siempre a dos chicas tan interesantes, las acompañó hasta una de las salidas, que quedaba a menos de veinte metros del lugar en el que estaban.

En el momento en que puso un pie fuera del bazar, Marie decidió solemnemente abandonar sus sueños de revolución. Jamás volvería a decir que era comunista, que luchaba para liberar a los trabajadores oprimidos por los patrones.

Sí, había adoptado el modo hippie de vestirse porque, de vez en cuando, era bueno ir a la moda. Sí, entendió que su padre sintiese cierta preocupación por ello y se pusiera a investigar febrilmente qué significaba aquello. Sí, se dirigían a Nepal, pero no para meditar en cuevas ni visitar templos; su objetivo era ponerse en contacto con los maoístas que preparaban un gran levantamiento contra lo que veían como una monarquía desfasada y tiránica, gobernada por un rey indiferente al sufrimiento de su pueblo.

Había conseguido el contacto en la universidad a través de un maoísta exiliado, que viajó a Francia con el objetivo de llamar la atención sobre unas cuantas decenas de guerrilleros que estaban siendo masacrados.

Ahora todo aquello ya no le importaba. Caminaba con la holandesa por una calle absolutamente común, sin atractivo alguno, pero todo parecía tener un significado superior, que iba más allá de las paredes desconchadas y de la gente que pasaba cabizbaja, sin apenas mirar.

—¿Notan algo?

—No notan nada, aparte de la sonrisa luminosa de tu cara. No es una droga inventada para llamar la atención.

Marie, sin embargo, notaba algo: su compañera estaba nerviosa. No necesitaba que le dijese nada, ni podía atribuirse al tono de su voz, sino a la «vibración» que emanaba de ella. Siempre había detestado la palabra *vibración*, no creía en esas cosas, pero ahora veía que era verdad.

—¿Por qué nos hemos ido de aquel templo en el que estábamos?

Karla la miró de manera extraña.

—Sé que no estábamos en ningún templo, sólo estoy usando una imagen. Sé mi nombre, el tuyo, la ciudad por la que caminamos, nuestro destino final: Estambul, sólo que todo parece diferente, como si...

Buscó las palabras durante algunos segundos.

—... como si hubiese atravesado una puerta dejando todo el mundo conocido atrás, incluida la ansiedad, las depresiones, las dudas. La vida parece más sencilla y al mismo tiempo más rica, más alegre. Soy libre.

Karla se relajó un poco.

—Veo colores que nunca he visto, el cielo parece estar vivo, las nubes dibujan cosas que todavía no puedo comprender, pero estoy segura de que dibujan mensajes para mí, para guiarme de ahora en adelante.

»Estoy en paz conmigo misma y no observo el mundo desde fuera: yo soy el mundo. Tengo la sabiduría de todos los que vivieron antes que yo y dejaron algo marcado en mis genes. Soy mis sueños.

Pasaron por delante de un café, un café igual que los cientos de cafés que había en aquella zona. Marie seguía murmurando «¡qué maravilla!», y Karla le pidió que parase, porque iban a entrar en un sitio relativamente prohibido, sólo frecuentado por hombres.

—Saben que somos turistas y espero que no hagan nada, ni que nos echen. Pero, por favor, compórtate.

Fue exactamente eso lo que pasó. Entraron, eligieron una mesa en una esquina, todos las miraron sorprendidos, tardaron algún tiempo en darse cuenta de que ninguna conocía las costumbres de la tierra y siguieron con sus conversaciones. Karla pidió té de menta con mucho azúcar (la leyenda decía que el azúcar ayudaba a disminuir la alucinación).

Pero Marie estaba completamente alucinada. Hablaba de auras luminosas que envolvían a la gente, decía que era capaz de manipular el tiempo y que hacía algunos minutos había hablado con el alma de un cristiano muerto allí en una batalla, en aquel mismo lugar en el que estaba el café. El cristiano estaba en la paz total, en el paraíso, y se alegraba de poder estar otra vez en contacto con alguien en la Tierra. Le iba a pedir que le diese un recado a su madre, pero cuando se dio cuenta de que habían pasado siglos desde su muerte —información proporcionada por Marie—, desistió de la idea y le dio las gracias, desapareciendo inmediatamente después.

Bebió el té como si fuera la primera vez en su vida que lo tomaba. Quería mostrar con gestos y suspiros lo bueno que estaba, pero Karla volvió a pedirle que se controlase; sintió de nuevo la «vibración» que envolvía a su compañera, cuya aura presentaba varios agujeros luminosos. ¿Sería aquello una señal negativa? No. Parecía que aquellos agujeros eran antiguas heridas que estaban cicatrizando rápidamente. Trató de tranquilizarla; podía hacerlo, mantener una conversación sobre cualquier cosa y seguir en pleno trance.

—¿Estás enamorada del brasileño?

Karla no contestó, uno de sus agujeros luminosos parecía disminuir algo de tamaño, y cambió de tema.

—¿Quién inventó esto? Y ¿por qué no lo distribuyen gratuitamente a todo el que busca un nexos con el mundo invisible, tan necesario para cambiar nuestra percepción

del mundo?

Karla comentó que el LSD se había descubierto por casualidad, en el lugar más inesperado del mundo: en Suiza.

—¿En Suiza, cuyos únicos productos conocidos son los bancos, los relojes, las vacas y el chocolate?

—Y los laboratorios —añadió Karla.

Originalmente, se usaba para curar cierta enfermedad que no recordaba en ese momento. Hasta que su sintetizador —o inventor, llamémoslo así— decidió, años después, probar un poco del producto que les proporcionaba millones a compañías farmacéuticas en todo el mundo. Ingirió una cantidad minúscula y, mientras iba hacia su casa en bicicleta —estaban en plena guerra, e incluso en la neutral Suiza de los chocolates, los relojes y las vacas, había racionamiento de gasolina—, notó que lo veía todo diferente.

El estado de ánimo de Marie estaba cambiando. Karla tenía que seguir hablando.

—Bueno, pues ese suizo..., te preguntarás cómo puedo conocer toda esta historia pero, en realidad, salió recientemente un gran artículo en una revista que suelo leer en la biblioteca, ese científico suizo notó que ya no era capaz de montar en la bicicleta... Le pidió a uno de sus ayudantes que lo acompañase hasta su casa, después pensó que tal vez era mejor no ir a casa, sino a un hospital, porque debía de estar sufriendo un infarto. Pero, de repente, según sus propias palabras, o algo parecido, porque no lo recuerdo exactamente: «Empecé a ver colores que nunca había visto, formas en las que jamás me había fijado y que se mantenían incluso después de cerrar los ojos. Era como si estuviese ante un gran caleidoscopio, que se abría y se cerraba en círculos y espirales, explotando en fuentes de colores, fluyendo como si fuesen ríos de alegría».

»¿Me estás prestando atención?

—Más o menos. No sé si realmente estoy siguiendo la conversación, contiene mucha información: Suiza, bicicleta, guerra, caleidoscopio..., ¿no podrías simplificar más?

Bandera roja. Karla pidió más té.

—Haz un esfuerzo. Mírame y escucha lo que te estoy contando. Concéntrate. Esa sensación de malestar se te va a pasar enseguida. Tengo que confesarte una cosa: sólo te he dado la mitad de la dosis que solía tomar yo cuando usaba el LSD.

Aquello, aparentemente, alivió a Marie. El camarero les llevó el té que Karla pidió. Obligó a su compañera a tomarlo, pagó la cuenta y volvieron a salir al aire frío.

—¿Y el suizo?

Tranquilizaba saber que recordaba dónde habían parado. También se preguntaba si podría comprar algún calmante potente en el caso de que la situación se agravase, que las puertas del infierno sustituyesen a las puertas del cielo.

—La droga que has tomado se vendió abierta y libremente en las farmacias de Estados Unidos durante más de quince años, y ya sabes lo estrictos que son con esas cosas. Llegó a ser portada de la revista *Time* por sus beneficios en ciertos tratamientos

psiquiátricos y para el alcoholismo. Al final, la prohibieron porque daba resultados inesperados de vez en cuando.

—¿Como cuáles?

—Podemos hablar de eso después. Ahora, procura apartar de tu mente la puerta del infierno y abre la puerta del cielo. Aprovecha. No tengas miedo, estoy a tu lado y sé de lo que estoy hablando. Ese estado en el que estás te durará otras dos horas, como máximo.

—Voy a cerrar la puerta del infierno, voy a abrir la puerta del cielo —dijo Marie—. Pero sé que, aunque pueda controlar el miedo, tú no puedes controlar el tuyo. Veo tu aura. Te leo el pensamiento.

—Tienes razón. Pero entonces también deberías estar leyendo que no corres el menor riesgo de morir por culpa de esto, a no ser que decidas subir a lo alto de un edificio para ver si, al fin, eres capaz de volar.

—Entiendo. Además, creo que el efecto ya se está yendo.

Y, sabiendo que no podía morir por eso y que la chica que estaba a su lado nunca la llevaría a lo alto de un edificio, su corazón dejó de latir fuerte y decidió disfrutar de aquellas dos horas que faltaban.

Todos sus sentidos —tacto, vista, oído, olfato, gusto— se convirtieron en uno solo, como si pudiese experimentarlo todo al mismo tiempo. Las luces empezaban a perder su intensidad, pero aun así la gente seguía enseñando sus auras. Ella sabía quién sufría, quién era feliz, quién se iba a morir pronto.

Todo era novedad. No sólo porque estaba en Estambul, sino también porque estaba con una Marie que no conocía, mucho más intensa y mucho más antigua que aquella con la que se había acostumbrado a convivir durante todos esos años.

Las nubes en el cielo estaban cada vez más cargadas, anunciando un posible temporal, y sus formas iban perdiendo poco a poco el significado que antes era tan claro. Pero sabía que las nubes tienen un código propio para hablar con los humanos y, si miraba mucho al cielo en los próximos días, podía llegar a aprender qué querían decir.

Pensaba si debía contarle, o no, a su padre por qué había decidido ir a Nepal, pero sería una tontería no seguir adelante si ya habían llegado tan lejos. Descubrirían cosas que más tarde, con las limitaciones de la edad de ambos, serían más difíciles.

¿Cómo se conocía tan poco? Algunas de sus experiencias desagradables de la infancia regresaron, pero ya no parecían tan desagradables, eran sólo experiencias. Ella les había dado importancia durante todo aquel tiempo..., ¿por qué?

En fin, no necesitaba contestar, sentía que esas cosas se estaban arreglando solas. De vez en cuando, al ver lo que creía que eran espíritus a su alrededor, la puerta del infierno pasaba por delante de ella, pero estaba decidida a no volver a abrirla.

En aquel momento disfrutaba de un mundo sin preguntas y sin respuestas, sin dudas ni certezas; disfrutaba el mundo siendo parte indivisible de él. Disfrutaba un mundo sin tiempo, donde pasado y futuro eran sólo el momento presente, nada más.

Su espíritu a veces se mostraba muy viejo, otras veces parecía un niño, aprovechando las novedades, mirando los dedos de la mano y dándose cuenta de que están separados y que se mueven, viendo a la chica que estaba a su lado contenta al saber que ya estaba más tranquila, su luz había vuelto, realmente estaba enamorada (la pregunta que le había hecho antes no tenía sentido en absoluto, siempre sabemos cuándo estamos enamorados).

Cuando llegaron a la puerta del hotel, después de casi dos horas andando, sabía que la holandesa había decidido vagar por la ciudad esperando a que le pasase el efecto antes de encontrarse con los demás. Marie oyó el primer trueno. Sabía que era Dios, que hablaba con ella, diciéndole que tenía que volver al mundo, aún les quedaba mucho trabajo por hacer juntos. Debía ayudar más a su padre, que soñaba con ser escritor, pero nunca había escrito ni una palabra sobre un papel que no formase parte de una presentación, un estudio, un artículo.

Tenía que ayudar a su padre igual que él la había ayudado; eso era lo que le había pedido, él aún debería vivir mucho. Llegaría un hermoso día en que ella se casaría, algo en lo que nunca había pensado, lo consideraba el último paso de su vida sin restricciones y sin límites.

Algún día ella iba a casarse y su padre tenía que ser feliz con su propia vida, haciendo lo que le gustaba. Quería mucho a su madre y no la culpaba por el divorcio, pero deseaba sinceramente que su padre conociese a alguien para compartir los pasos que todos damos en esta sagrada tierra.

Ahora entendía por qué habían prohibido aquella droga; el mundo no funcionaría con ella. La gente sólo estaría en contacto consigo misma, como si fuesen mil millones de monjes meditando al mismo tiempo en sus cuevas interiores, indiferentes a la agonía o la gloria de los demás. Los coches dejarían de funcionar. Los aviones dejarían de despegar. No habría siembras ni cosechas, sólo deslumbramiento y éxtasis. Y, en poco tiempo, la humanidad sería barrida de la Tierra por algo que, en principio, era un viento purificador, pero que finalmente se convertiría en un viento de aniquilación colectiva.

Estaba en el mundo, pertenecía a él, tenía que cumplir la orden que Dios le había dado con su voz de trueno: trabajar, ayudar a su padre, luchar contra lo que creía equivocado, involucrarse en las batallas diarias como todos los demás.

Ésa era su misión. Y la iba a llevar hasta el final. Había sido su primer y último viaje con LSD, y estaba contenta de que se hubiese acabado.

Aquella noche, el grupo de siempre se reunió y decidieron celebrar el último día en Estambul en un restaurante que tuviese bebidas alcohólicas, en el que pudiesen comer, emborracharse juntos y compartir de nuevo las experiencias del día. A Rahul y a Michael, los conductores, también los invitaron. Dijeron que iba contra el protocolo de la compañía, pero pronto aceptaron, sin tener que insistir demasiado.

—No me pidáis que nos quedemos otro día más, no puedo hacerlo o pierdo mi puesto de trabajo.

No le iban a pedir nada. Aún quedaba mucha Turquía por delante, sobre todo Anatolia, del que todos decían que era un lugar magnífico. En realidad, sentían nostalgia del paisaje siempre en constante transformación.

Paulo ya había vuelto de su sitio misterioso, estaba vestido, sabía que al día siguiente se iban. Se disculpó y les explicó que le gustaría cenar a solas con Karla.

Todos lo entendieron y celebraron de manera discreta aquella «amistad».

A dos mujeres les brillaban los ojos. A Marie y a Karla. Nadie preguntó por qué y ninguna de ellas dio la más mínima explicación.

—¿Cómo te ha ido el día?

También habían elegido un lugar en el que se pudiese beber y ambos habían terminado ya el primer vaso de vino.

Paulo sugirió que, antes de contestar, pidiesen la comida. Karla estuvo de acuerdo. Ahora que por fin se había convertido en una verdadera mujer, capaz de amar con todas sus fuerzas y sin necesidad de usar ninguna droga para ello, el vino era sólo una celebración.

Ya sabía lo que le esperaba. Ya sabía de qué iban a hablar. Lo sabía desde que hicieron aquel amor maravilloso la víspera; en el momento sintió ganas de llorar, pero aceptó su destino como si ya todo estuviese escrito. Todo lo que siempre había querido en la vida era un corazón ardiente, y el hombre que en aquel momento estaba dentro de ella se lo había dado. La víspera, cuando ella por fin le confesó su amor, los ojos no le brillaron como ella esperaba que pasase.

No era ingenua, sin embargo, había conseguido lo que más quería en la vida. No estaba perdida en el desierto, sino que corría como las aguas del Bósforo hacia un océano gigante al que van a dar todos los ríos, y nunca olvidaría Estambul, ni al brasileño flacucho ni sus conversaciones con él, que no siempre podía seguir. Había logrado un milagro, pero no necesitaba saberlo, o tal vez la culpa lo hiciese cambiar de idea.

Pidieron otra botella de vino. Entonces empezó a hablar él.

—El hombre sin nombre estaba en el Centro Cultural cuando he llegado. Lo he saludado, pero no me ha devuelto el saludo, sus ojos estaban fijos en algún lugar, en una especie de trance. Me he arrodillado en el suelo, he tratado de vaciar la cabeza y meditar, entrar en contacto con las almas que allí bailaron, cantaron y celebraron la vida. Sabía que en algún momento él iba a salir de aquel estado y he esperado; en realidad, no «he esperado» en el sentido literal del término, sino que me he entregado al momento presente, sin esperar absolutamente nada.

»Los altavoces han llamado a la ciudad a la oración, el hombre ha salido de su estado de trance y ha realizado uno de los cinco rituales del día. Entonces se ha dado cuenta de que yo estaba allí. Me he preguntado por qué había vuelto.

»Le he explicado que me había pasado la noche pensando en nuestro encuentro y que me gustaría entregarme en cuerpo y alma al sufismo. Me apetecía contarle que, por primera vez en mi vida, había hecho el amor, porque cuando estábamos en la cama, cuando estaba dentro de ti, fue como si realmente estuviese saliendo de mí. No había experimentado eso antes. Pero he pensado que no era oportuno y no le he dicho nada.

»—Lee los poetas —ha sido la respuesta del hombre sin nombre—. Con eso es suficiente.

»Para mí no era suficiente, necesitaba disciplina, rigor, un sitio para servir a Dios de modo que pudiese estar más cerca del mundo. Antes de ir allí por primera vez, me

fascinaban los derviches que bailaban y entraban en una especie de trance. Ahora necesitaba que mi alma bailase conmigo.

»¿Debía esperar mil y un días a que eso sucediese? Perfecto, esperaría. Hasta aquel momento ya había vivido lo suficiente, tal vez el doble de lo que mis compañeros de clase habían vivido. Podía dedicar tres años de mi vida a, eventualmente, intentar entrar en el trance perfecto de los derviches danzantes.

»—Amigo mío, un sufí es una persona que está en el momento presente. Decir “mañana” no forma parte de nuestro vocabulario.

»Sí, ya lo sabía. La gran duda era si estaría obligado a convertirme al islam para avanzar en el aprendizaje.

»—No. Sólo tienes que prometer una cosa: rendirte al camino de Dios. Ver su rostro cada vez que bebas un vaso de agua. Oír Su Voz cada vez que pases junto a un mendigo en la calle. Es lo que predicán todas las religiones y es la única promesa que debes hacer, ninguna más.

»—Aún no soy lo suficientemente disciplinado, pero con su ayuda podré llegar a donde el cielo se une con la Tierra, en el corazón del hombre.

»El viejo sin nombre ha dicho que en eso me podía ayudar, si dejaba atrás toda mi vida y obedecía a todo lo que me mandase hacer. Aprender a pedir limosna cuando se me acabase el dinero, ayunar cuando fuese el momento, servir a los leprosos, lavar las heridas de los enfermos. Pasar días sin hacer absolutamente nada, sólo mirando hacia un punto fijo y repitiendo sin cesar el mismo mantra, la misma frase, la misma palabra.

»—Vende tu sabiduría y compra un espacio en tu alma que será llenado por lo absoluto. Porque la sabiduría de los hombres y mujeres es locura ante Dios.

»En ese momento he dudado de si sería capaz; tal vez me estaba poniendo a prueba con la obediencia absoluta. Pero no he notado ninguna duda en su voz, sabía que hablaba en serio. También sabía que mi cuerpo había entrado en aquella sala verde a medio caer, con sus vidrieras rotas y en un día especialmente oscuro, porque se acercaba una tempestad, mi alma seguía fuera, esperando a ver adónde iba todo aquello. Esperando el día en que, por una simple coincidencia, entrase allí y viese a gente girando sobre sí misma, pero todo sería un ballet bien estructurado y nada más. No era eso lo que estaba buscando.

»Y sabía que, si no aceptaba las condiciones que me estaba dando en aquel momento, la próxima vez aquella puerta estaría cerrada para mí, aunque pudiese seguir entrando y saliendo, como había pasado la primera vez.

»El hombre estaba leyendo mi alma, viendo mis contradicciones y dudas, y en ningún momento se ha mostrado más flexible; era todo o nada. Ha dicho que tenía que seguir meditando, pero le he pedido que me contestase por lo menos a otras tres preguntas.

»—¿Me acepta como discípulo?

»—Acepto tu corazón como discípulo, porque no puedo negarme; en caso contrario, mi vida no tendrá ninguna utilidad. Tengo dos formas de demostrarle mi amor a Dios: la primera es adorarlo día y noche, en la soledad de esta sala, pero eso no tendría la menor utilidad para mí ni para Él. La segunda es cantar, bailar y mostrar Su Rostro a todos a través de mi alegría.

»—¿Me acepta como discípulo? —le he preguntado por segunda vez.

»—Un pájaro no puede volar sólo con un ala. Un maestro sufí no es nada si no puede transmitirle su experiencia a alguien.

»—¿Me acepta como discípulo? —le he preguntado por tercera y última vez.

»—Si mañana cruzas esa puerta como has hecho estos dos días, te acepto como discípulo. Pero estoy casi seguro de que te vas a arrepentir.

Karla volvió a llenar los vasos y brindó con Paulo.

—Mi viaje termina aquí —repitió él, dudando que ella entendiese lo que acababa de decirle—. No se me ha perdido nada en Nepal.

Y se preparó para el llanto, la furia, la desesperación, los chantajes emocionales, todo lo que iba a decir ahora la mujer que había dicho «te quiero» la noche anterior.

Pero ella sonreía.

—Nunca creí que sería capaz de amar a alguien como a ti —contestó Karla después de vaciar los vasos y volver a llenarlos—. Mi corazón estaba cerrado y eso no tiene nada que ver con los psicólogos, ni con la falta de sustancias químicas, ni cosas así. Es algo que nunca seré capaz de explicar, pero, de repente, no sé precisar el momento exacto, mi corazón se abrió. Te querré el resto de mi vida. Cuando esté en Nepal, te amaré. Cuando vuelva a Ámsterdam, te amaré. Cuando por fin me enamore de otra persona, te seguiré amando, aunque sea de manera distinta de hoy.

»Dios (que no sé si existe, pero espero que esté aquí a nuestro lado, escuchando mis palabras), te pido que nunca más permitas que me sienta satisfecha con mi propia compañía. Que no tema necesitar a alguien y que no tenga miedo a sufrir, porque no existe peor sufrimiento que la sala gris y oscura en la que el dolor no puede entrar.

»Y que ese amor del que tantos hablaban, tantos compartían, tantos sufrían, que este amor me conduzca a aquella que era desconocida y ahora se está revelando. Como dijo el poeta una vez, que me lleve hasta la tierra donde no hay ni sol, ni luna, ni estrellas, ni tierra, ni el sabor a vino en mi boca, sólo el Otro, aquel que encontraré porque tú abriste el camino.

»Y que pueda caminar sin necesidad de usar los pies, ver sin tener que mirar, volar sin que me salgan alas.

Paulo estaba sorprendido y contento al mismo tiempo. Ambos estaban entrando en un lugar desconocido, con sus terrores y con sus maravillas. Allí, en Estambul, un lugar

en el que podrían haber visitado un montón de sitios que les habían sugerido, pero eligieron visitar sus propias almas, y no había nada mejor y más reconfortante que eso.

Se levantó, rodeó la mesa y la besó, sabiendo que aquello iba en contra de las costumbres locales, que los clientes podían ofenderse; aun así, la besó con amor y sin lujuria, con ganas y sin culpa, porque sabía que era el último beso que se daban.

No quería destruir la magia del momento, pero tenía que preguntar igualmente.

—¿Te lo esperabas? ¿Estabas preparada?

Karla no contestó, se limitó a sonreír, y él permanecería siempre sin saber la respuesta. Y eso era el verdadero amor, una pregunta sin respuesta.

La acompañó hasta la puerta del autobús. Ya había avisado al conductor de que se quedaría allí, aprendiendo lo que tenía que aprender. Por un breve instante sintió ganas de repetir la famosa frase de *Casablanca*: «Siempre nos quedará París». Pero sabía que era una tontería y tenía que darse prisa para volver a la sala verde y al maestro sin nombre.

La gente del autobús fingía que no veía nada. Nadie se despidió de él, porque nadie —aparte del conductor— sabía que aquél era el punto final de su viaje.

Karla lo abrazó sin decir nada, pero podía sentir su amor como algo casi físico, una luz que surgía cada vez con más intensidad, como si estuviese saliendo el sol por la mañana e iluminase primero las montañas, después las ciudades, después las llanuras, después el mar.

La puerta se cerró y el autobús partió. Aún pudo oír una voz desde dentro que decía: «¡Eh, el brasileño todavía no ha subido!». Pero el autobús ya estaba lejos.

Algún día volvería a encontrarse con Karla para saber cómo le había ido el resto del viaje.

Epílogo

En febrero de 2005, siendo un autor conocido en todo el mundo, Paulo fue a dar una gran conferencia a Ámsterdam. La mañana de aquel día, uno de los principales programas de televisión de Holanda lo entrevistó en la antigua habitación, ahora convertida en un hotel caro para no fumadores y un pequeño pero bien considerado restaurante de lujo.

Nunca más volvió a saber de Karla. La guía *Europe on five dollars a day* se había convertido en *Europe on thirty dollars a day*^[2]. El Paradiso estaba cerrado (reabrió algunos años más tarde, y siguió siendo un sitio para conciertos), el Dam estaba desierto, sólo era una plaza con aquel misterioso obelisco en el medio, cuyo objeto nunca supo, y le gustaría seguir sin saberlo.

Sintió la tentación de caminar por las calles por las que habían pasado para ir hasta el restaurante en el que se comía gratuitamente, pero siempre lo acompañaba alguien: la persona que organizaba la conferencia. Pensó que era mejor volver ya al hotel y prepararse para lo que iba a decir aquella noche.

Tenía la leve esperanza de que Karla, sabiendo que estaba en la ciudad, fuese a verlo. Supuso que no se había quedado mucho tiempo en Nepal, igual que él había abandonado la idea de convertirse en sufí, aunque llegó a aguantar durante casi un año y aprendió cosas que lo acompañaron el resto de su vida.

Durante la conferencia, contó parte de la historia de la que trata este libro. En un determinado momento, no pudo controlarse y preguntó:

—¿Karla, estás aquí?

Nadie levantó la mano. Puede que estuviese, puede ser que ni se hubiese enterado de su presencia en la ciudad o puede ser que estuviese, pero no quisiera volver al pasado.

Mejor así.

Ginebra, 3 de febrero de 2018

Todos los personajes del libro son reales, pero, excepto a dos, les he cambiado el nombre debido a la absoluta imposibilidad de localizarlos (sólo conocía su nombre de pila).

Aproveché el episodio de la cárcel en Ponta Grossa (en 1968) y le añadí detalles de otras dos estancias en la cárcel en las que fui recluido durante la dictadura militar (en mayo de 1974, cuando componía letras de canciones).

Quiero darle las gracias a mi editor, Matinas Suzuki Jr., a mi agente y amiga, Monica Antunes, y a mi mujer, la artista plástica Christina Oiticica (que diseñó el mapa de toda la ruta del Magic Bus). Cuando escribo un libro, me encierro y apenas hablo con nadie, no me gusta hablar de lo que estoy haciendo; Christina finge que no lo sabe, y yo finjo que creo que realmente no lo sabe.



Notas

[1] «Europa por cinco dólares al día.» (*N. de la t.*) <<

[2] «Europa por treinta dólares al día.» (*N. de la t.*) <<